

CI

C. FEUILLET

LOS
AMORES
DE FELIPE

PQ2242

A48



1020026417



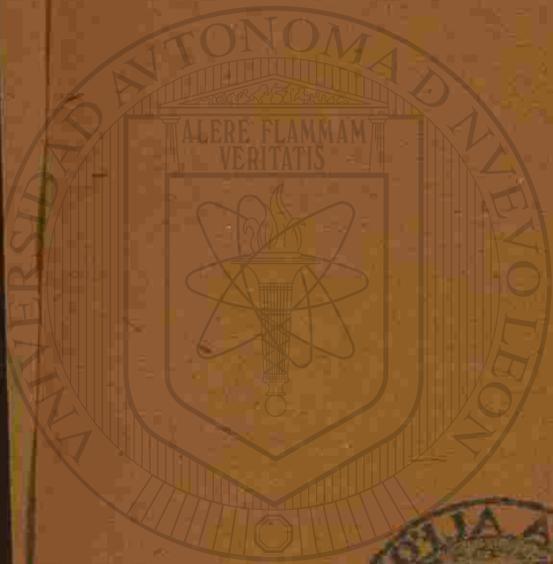
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

125



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LOS AMORES DE FELIPE

Núm. Cles.	N
Núm. Autor	15326
Núm. Adg.	78569
Procedencia	- 8 - (R)
Precio	
Fecha	
Clasificación	509
Catalogo	

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

LITERATURA

- Arambillet.** — *Agnes* (narración del día): un tomo, 1 peseta.
- Barbey d'Aurevilly.** — *Lo que no muere*: un tomo, 2,50.
- Belot.** — *Loca de amor*: un tomo, 2,50.
- Belot.** — *La Culebra* (continuación de *Loca de Amor*): un tomo, 2,50.
- Belot.** — *Las Corbatas blancas*: un tomo, 2,50.
- Belot.** — *La Exploración del secreto* (continuación de *Las Corbatas blancas*): un tomo, 2,50.
- Bouvier.** — *Las Borgoñas del día*: dos tomos, 5.
- Cañizo.** — *Justicia y Providencia*: un tomo, 2,50.
- Cubas.** — *El Angel del presidio*: un tomo, 1,50.
- Cubas.** — *El Panal de miel*: un tomo, 2,50.
- Cubas.** — *La Mortaja de limasna*: un tomo, 1,50.
- Cuentos escogidos de varios autores**: un tomo, 2,50.
- Delpit.** — *Las representaciones de la vida*: un tomo, 2,50.
- Dickens.** — *Días penosos*: un tomo, 2,50.
- Eça de Queiroz.** — *El Primo Basilio*: dos tomos, 5.
- Kámond.** — *La Leñadora*: un tomo, 2,50.
- Enault.** — *Gabriela de Célestano*: un tomo, 2,50.
- Ennery.** — *El Príncipe de Moria*: un tomo, 2,50.
- Feuillel.** — *La Muerta*: 2.ª edición: un tomo, 3.
- Feuillel.** — *Los amores de Felipe*: un tomo, 3.
- Fortant.** — *La Virgen de Balem*: un tomo, 2,50.
- Galería de desgraciados**, por varios escritores y escritoras: un tomo, 1.
- Gautier.** — *Fortunio y La Muerta enamorada*: un tomo, 2,50.
- Gautier.** — *Noceles cortas*: un tomo, 2,50.
- Houssaye.** — *La Comedianta*: un tomo, 2,50.
- Julio Simon.** — *Dios, Patria y Libertad*: un tomo, 5 pesetas.
- La Cerda.** — *El gran problema*: un tomo, 2,50.
- La Cerda.** — *La Tela de Araña*: un tomo, 1.
- Mahallu.** — *La Bella Horchatera*: dos tomos, 5.
- Obnet.** — *El Gran Margal*: 2.ª edición: un tomo, 3.
- Obnet.** — *Las Señoras de Croix-Mor*: un tomo, 3.
- Obnet.** — *Lise Fleuron*: un tomo, 2,50.
- Ortega Muntilla.** — *Orgia de hambrunas*: un tomo, 2,50.
- Ossorio y Bernard.** — *Cuadros de género trazados á pluma*: un tomo, 2.
- Ossorio y Bernard.** — *Romances de cirujo*: un tomo, 1.
- Ossorio y Bernard.** — *Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*: un tomo, 2.
- Rivière.** — *El Combate de la vida*: tres tomos, 7,50.
- Soles Eguilaz.** — *En el quinto cielo*: un tomo, 2,50.
- Truoba.** — *El Gabán y la Chaqueta*: dos tomos, 5.
- Uthach.** — *El Suplicio de un padre ó confesión de un sacerdote*: 2.ª edición: un tomo, 2,50.
- Vascenno.** — *Saverio Malo*: un tomo, 2,50.
- X***.** — *Al lado de la dicha*: un tomo, 2,50.
- Zaccane.** — *Los Dramas de la Bolsa*: un tomo, 2,50.
- Zola.** — *Germinal*: 2.ª edición: dos tomos, 6.
- Zola.** — *Su Excelencia Eugenio Rougon*: dos tomos, 5.
- Zola.** — *El vientre de París*: dos tomos, 5.

Los pedidos al Administrador de El Cosmos Editorial (Montera, 21, Madrid) acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

LOS AMORES DE FELIPE

POR

OCTAVIO FEUILLET

(DE LA ACADEMIA FRANCESA)

Versión castellana de

MIGUEL BALÁ

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID
EL COSMOS EDITORIAL
Montera, núm. 21

1888

28569



UNIVERSIDAD DE NUEVA LEON
BIBLIOTECA DE NUESTRO TIEMPO
"ALFONSO" 1913

3010

843
5

PQ2292
A48



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1888.—Imprenta de A. Pérez: Plor Baja, 22.

LOS AMORES DE FELIPE

I.

En uno de los cantones más frondosos de la fértil Normandía, situado en el centro de la provincia de Perche, se ve elevarse, al extremo de una larga avenida de álamos, un edificio que parece datar de tiempo de Enrique IV, y que llaman en el país el castillo de La Roche-Ermel. Es un sencillito pabellón, defendido en los ángulos por dos torrecillas agudas: en uno de los lados del patio hay una capillita de época

843
5

PQ2292
A48



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1888.—Imprenta de A. Pérez: Plaz Baja, 22.

LOS AMORES DE FELIPE

I.

En uno de los cantones más frondosos de la fértil Normandía, situado en el centro de la provincia de Perche, se ve elevarse, al extremo de una larga avenida de álamos, un edificio que parece datar de tiempo de Enrique IV, y que llaman en el país el castillo de La Roche-Ermel. Es un sencillito pabellón, defendido en los ángulos por dos torrecillas agudas: en uno de los lados del patio hay una capillita de época

anterior, y en el otro está la mansión señorial.

La familia de La Roche-Ermel es una de las más antiguas del país, pero no de las más ricas. El conde Leopoldo, que representaba hacia mediados del siglo la rama principal, era el mayor de los tres hermanos, y la parte de herencia que tocó á cada uno no llegaba á doce mil francos de renta. Esto era muy poco para mantener el castillo y vivir con dignidad, de manera que aquella antigua residencia patrimonial estaba condenada á pasar á manos extrañas; pero esta profanación se evitó por medio de un tratado generoso, de que ya se ha dado ejemplo en algunas familias nobles. El hermano y la hermana del Conde le hicieron donación de sus bienes, renunciando ambos á todo su porvenir é interés per-

sonal, y confundiendo su ser en el de su hermano mayor, en el del jefe de su familia. Estos dos grandes corazones no dieron ninguna importancia á aquella acción, pareciéndoles la cosa más natural del mundo, y su hermano aceptó de igual manera, pues él hubiera hecho lo mismo.

Los La Roche-Ermel eran muy queridos en la comarca, y se trataban con todo el mundo, siguiendo con gusto la costumbres del siglo, aunque guardando la reserva que correspondía á su nombre. Por otra parte, pertenecían á una de esas razas que imponen respeto por sus cualidades morales, y hasta por las físicas, que parecían hereditarias en ella. El conde Leopoldo era un hombre de elevada estatura, y cuya fisonomía expresaba tranquilidad y energía; sus modales eran distinguidísi-

mos, y usaba siempre con todos de una política y cortesía exquisitas.

Mientras que el Conde se entregaba á sus asuntos mecánicos, y hacía coronar á sus discípulos en los concursos agrícolas de la región, su hermano Carlos Antonio, á quien llamaban el *Caballero*, cuidaba del jardín, de la biblioteca, de la bodega y del barómetro. Tenía grandes aficiones botánicas, y pasaba horas enteras estudiando las hierbas de la avenida. Era, además, músico apasionado, y aunque su timidez le impedía lucir sus trabajos en público, no era extraño oír, ya avanzada la noche, los dulces sonidos de una flauta, que salían de la torrecilla que él habitaba.

La hermana, Angélica-Paula, presidía discretamente las obras de caridad, que tenían ancha plaza en las tra-

dicionales costumbres de la familia. Además, ordenaba la ropa blanca, se ocupaba de los detalles de la casa, y confeccionaba los platos de dulce. En los intervalos de estas ocupaciones domésticas cuidaba de las flores y de los pájaros, tarareando antiguas romanzas, en las que siempre se trataba de atrevidos pastores y de pastoras inflexibles. Su favorita, la que más repetía, era la siguiente:

«¡Lucas enamorado, reprime tus ardores!
Imita á mi rebaño cuando en el soto entró:
Que allí los altos olmos, las brisas y las flores,
La onda pura, y la sombra de mágicos verdores,
«¡Reprime tus ardores!», te dicen, como yo.»

Entre estas personas tan honradas nació, hacia el año 185...., Juana de La Roche-Ermel, la cual, preciso es confesarlo, fué acogida al principio con bastante frialdad.

Gracias al generoso desinterés de sus hermanos, el conde Leopoldo había podido casarse con una joven y rica vecina, que había sido la pasión de su juventud; pero de quien la desigualdad de fortuna parecía haberle separado para siempre.

Esta unión, dichosa bajo todos puntos de vista, había sido largo tiempo estéril, hasta que una indisposición de la Condesa hizo por fin concebir esperanzas, que el nacimiento de una hija realizó, aunque imperfectamente. Dos ó tres años más tarde, el Conde tuvo el dolor de perder á su joven esposa; y como la había amado demasiado para pensar en un segundo matrimonio, se resignó á no dejar heredero varón. Este sentimiento fué dulcificado por una circunstancia particular de familia.

El Conde tenía por vecino y por amigo á un primo hermano suyo, que llevaba el mismo apellido que él, puesto que eran hijos de dos hermanos; pero que la costumbre del país designaba bajo el nombre de Boisvilliers, para distinguirlo de su pariente. Desde las ventanas superiores del castillo de La Roche-Ermel podían verse el ático y el tragaluz que adornaba la fachada del castillo de Boisvilliers, pesada construcción del último siglo. Las dos posesiones se unían por sus avenidas.

Había entre los dos primos un aire de familia tan marcado, que á cierta distancia se tomaba al uno por el otro. La semejanza moral no era menor. Los dos tenían iguales sentimientos y los mismos gustos, ocupándose con asiduidad de los intereses locales, de las mejoras agrícolas y de los moder-

nos adelantos, siendo su diversión favorita la caza, y preocupádoles muy poco la política.

El señor de Boisvilliers tenía un hijo, Felipe, nacido algunos años antes que su prima Juana, y desde que el conde Leopoldo perdió toda esperanza de tener un heredero directo, su sueño dorado fué unir un día á su hija con Felipe de Boisvilliers, que debía ser á su muerte el mayor de los de La Roche-Ermel.

¿Dejó el conde Leopoldo adivinar aquel secreto de su corazón? ¿Fué esta unión, tan natural y tan conveniente, una combinación de las dos familias? De cualquier manera que sea, el futuro matrimonio de los dos niños fué desde entonces cosa convenida, tanto en La Roche-Ermel como en Boisvilliers: al principio se entretenían

misteriosamente con alusiones y con sonrisas; más adelante le decían á Felipe, cuando hablaban de Juana, «vuestra mujercita», y á Juana, cuando hablaban de Felipe, «vuestro marido». Las mujeres, y en particular la excelente Angélica-Paula, se entretenían con este juego, que no dejaba, preciso es confesarlo, de interesar vivamente á la señorita Juana, que estaba, tanto como una niña puede estarlo, enamorada de su primo. Se entretenían en esconder á Felipe detrás de una cortina ó debajo de una mesa, y en seguida introducían á Juana, que ignoraba su presencia, pero la adivinaba al momento, y dirigiéndose sin vacilar al escondite donde estaba su primo, le descubría, ruborizándose. Entonces se reían todos alegremente, excepto Felipe, muchacho altivo y tí-

mido, á quien todas estas cosas parecían verdaderamente insoportables. Había heredado de su madre, que ya había muerto, una sensibilidad nerviosa un poco exaltada, y las bromas de su familia y de las criadas, hablándole de sus amores y de su matrimonio, acababan por exasperarle, y su pretendida prometida, causa inocente de todas aquellas bromas, iba siendo poco á poco para él objeto de una extrema antipatía.

Estas impresiones le siguieron al liceo de *Luis el Grande*, donde entró á los quince años, y se revelaron con más fuerza cuando empezaron las vacaciones. Su regreso al país natal estaba amargado al pensar que encontraría allí á su fatal prima, sonriente y ruborizada. Su aversión hacia ella había acabado por extenderse á los

lugares donde respiraba y á las personas que la rodeaban, y, á no dudarlo, si Felipe hubiera dispuesto del rayo, el castillo de La Roche-Ermel hubiera sido borrado de la tierra con todas sus dependencias, comprendiendo al primogénito, al caballero Carlos Antonio y su flauta, á la tía Angélica, á la pobre Juana y á todos los criados.

Si semejantes disposiciones por parte del joven Boisvilliers hubieran sido sospechadas por las dos familias, de seguro hubieran producido una gran consternación; pero la respetuosa deferencia de Felipe hacia su padre y sus costumbres hereditarias de perfecta cortesía, no dejaban escapar ningún sintoma de sus secretos sentimientos. Es cierto que habían notado alguna frialdad y embarazo en las conversaciones con su prima, pero se explicaba

perfectamente aquella actitud por la timidez y la torpeza naturales á su edad.

Entre tanto, los años pasaban, y la señorita Juana crecía, creciendo al mismo tiempo su pura afección por su ingrato primo. De este cariño se había aprovechado hábilmente su familia, para guiarla en su educación. «¡Si os viese vuestro primo, señorita!» Esta había sido una frase mágica, de que toda la familia conoció bien pronto el poder, y ante la cual se apaciguaban de repente las cóleras y las rebeliones de la niña, pues se hacía cargo al momento de que podía disgustar á su primo, y esto originar la ruptura de aquel matrimonio, lejano aún, pero que ya había llegado á ser el dulce pensamiento de aquel tierno corazón. Era natural, en efecto, que Felipe de Boisvilliers, siendo, como

ella sabía muy bien, un modelo de todas las perfecciones morales, no se casara nunca con una niña de mal carácter, que no obedecía en todo lo que la mandaban.

El mismo proceder fué empleado siempre con igual eficacia para hacerla adelantar en sus estudios. Felipe de Boisvilliers había alcanzado brillantes triunfos en su colegio, y era evidente que había de ser en el porvenir un hombre notable, probablemente hasta un gran hombre: ¿podía su mujer ignorar las reglas de los participios? Esto no era admisible, y Juana convenía en ello.

Más tarde, la niña fué puesta en el colegio de las señoras de la Visitación, que era muy conocido, y estaba situado en la villa de A...., cabeza de partido del departamento. Al entregar á

su sobrina á sus cuidados, la señorita Angélica las confió en secreto los proyectos de la familia para el porvenir de Juana; el culto que la niña profesaba á su primo, y el modo de utilizar aquel sentimiento para perfeccionar su carácter y su educación.

Armadas con tan preciosos informes, aquellas señoras acabaron inocentemente de inflamar la imaginación de la niña, no cesando de presentarla á Felipe Boisvilliers como un modelo, como un novio ideal, al cual debía agradar en todas sus acciones, y del que no podría hacerse digna más que con una aplicación sin igual y méritos excepcionales.

La señorita Juana estaba muy bien dispuesta para ver á su primo bajo las fases que se le presentaban, y pensaba constantemente en aquel día feliz y

casi sagrado en que había de unirse á él. Le había rodeado con toda la poesía vaga y deliciosa que se agita en el alma de una joven, y aparecía á sus ojos como cercado por una aureola. Preciso es confesar que la persona de Felipe de Boisvilliers se prestaba muy bien á esta apoteosis. Las enérgicas cualidades de su raza estaban atemperadas en él por la mezcla de la sangre maternal, más dulce y delicada. Era un muchacho alto, elegante y sencillo, de rostro grave, y con ojos de fuego, que denunciaban un ardor apasionado, que dominaba la costumbre y la dignidad. Sus triunfos de colegio, sus versos hechos con facilidad, y la prosa ingeniosa y agradable de sus cartas, daban testimonio, por lo menos, de una inteligencia buena, pero que Juana calificaba de superior. Has-

ta la reserva que Felipe guardaba con ella la imponía y la encantaba, y cuando se dignaba alguna vez aparecer en el locutorio del convento, se presentaba ante él temblando, y al mismo tiempo feliz y confusa al verse visitada por aquel Dios.

Aquel Dios, entre tanto, estudiaba el derecho en París con una dulce negligencia, que no dejaba de estar turbada por algunos temores. Una vez que terminase sus estudios, debía volver á Boisvilliers, para vivir allí con su padre, y cada día se aproximaba más el momento en que no tendría más remedio que explicar sus intenciones respecto á su prima. No ignoraba que su matrimonio con ella era cosa convenida entre las dos familias; pues aunque sin tratar abiertamente aquel asunto delante de él, le habían hecho muchas

veces alusiones que no le permitían olvidarlo; pero, desgraciadamente para la joven, conservaba siempre la antipatía que había sentido por ella siendo niña, y sacaba de cada una de sus visitas al convento impresiones difíciles de conciliar con el deseo de su familia. Encontraba á Juana fea y desagradable, á pesar de sus hermosos ojos azules, de sus magníficos cabellos negros y de sus blanquísimos dientes; además, era bajita, y estaba siempre tímida y cortada; en fin, estaba vestida sin gusto, y hasta con mucho descuido. Este detalle lastimoso no era, en verdad, culpa suya. En el colegio tenían el axioma de que sólo la belleza moral debía ser cultivada por las jóvenes discípulas, y estaba mandado que la más pequeña señal de coquetería fuera severamente castigada. Así, pues, los espejos esta-

ban suprimidos, y Juana, á quien sorprendieron alguna vez arreglando sus hermosos cabellos delante de una vidriera, fué particularmente reprendida en este punto.

— ¡La belleza moral, señorita, la belleza moral! (le repetían las dignas hermanas.) Esa debe ser vuestra única preocupación y cuidado, como será también, á no dudar, el único cuidado y preocupación de un espíritu tan elevado como el de vuestro primo.

— ¡Pero, madre mía (respondía Juana), mi primo no puede ver mi belleza moral en el locutorio!

— ¡Oh! No lo dudéis, señorita; la ve, ó, mejor dicho, la adivina en vuestro mismo desprecio por las vanidades exteriores.

Juana se dejaba persuadir, por más que era ella la que tenía razón. Su

primo, cuando iba al locutorio, no veía su belleza moral, sino sus cabellos en desorden, sus uñas demasiado recortadas, y sus botinas mal hechas y sin ninguna coquetería; y como él no tenía la suficiente belleza moral para apreciar el lado simbólico y superior de todas aquellas cosas, resultaba que, no sólo no veía una belleza, sino que tampoco veía la otra.

Á esta prevención arraigada y persistente contra su prima, venían á reunirse además sentimientos nuevos que se habían despertado con la edad, y que redoblaban su alejamiento hacia ella y hacia el porvenir que le destinaban. Sus triunfos escolares, sus ensayos poéticos, admirados por sus camaradas, le habían ilusionado de tal manera, que no estaba lejos de participar de la exagerada opinión en que Juana

le tenía. Sin mirar todavía algún objeto determinado, soñaba vagamente con la ambición y la gloria, y entreveía, además, en la deslumbradora esfera del mundo parisién, amores novelescos, llenos de episodios. Se estremecía al solo pensamiento de vivir sepultado en el fondo de una provincia, en el estrecho recinto de la casa paterna, teniendo facultades dignas para figurar y hacerse conocer en las grandes capitales, y pasiones dignas también de grandes aventuras.

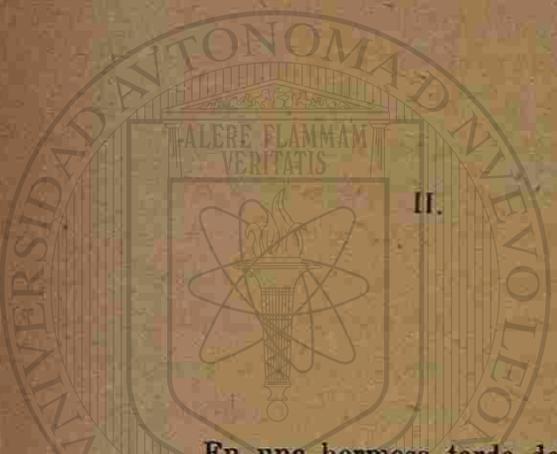
Lo que había de delicado era hacer comprender á su padre todo esto.

El señor de Boisvilliers de La Roche-Ermel era un padre tierno, pero de ningún modo romántico: su frente severa, sus ojos grises y enérgicos, sus labios irónicos y burlones, no pre-disponían á las expansiones; así es

que Felipe retardó cuanto pudo una confianza que evidentemente debía causar al anciano gentil hombre la más desagradable sorpresa; pero por fin terminó su carrera de abogado, y como desde aquel momento no tenía ya ningún pretexto para prolongar su estancia en París, comprendió que la hora de la explicación había sonado, y partió para Normandía, armándose de todo su valor.

Cuando llegó, tanto en Boisvilliers como en la Roche-Ermel, le recibieron con fiestas y alegrías, que le hicieron vacilar en su resolución.

Le parecía demasiado cruel causar una pena á aquellos nobles corazones, y su contrariedad y tristeza fueron notados por su padre desde el día siguiente de su llegada.



En una hermosa tarde del mes de Agosto se paseaban Felipe y el señor de Boisvilliers por una de las alamedas del jardín, plantada de espesos castaños, que seguían la orilla de un profundo y apacible estanque, que parecía dormir bajo las anchas hojas de la hermosa planta llamada nenúfar, de que se hallaba rodeado; una barca vieja y medio llena de agua estaba amarrada al pie de una escalera rústica.

El padre fumaba silenciosamente un cigarro; el hijo miraba con melancolía la barca vieja retenida á su amarra por una cadena enmohecida, trayendo esto á su memoria su situación, y recordándole aquella cadena, la cadena con que á él querían sujetarle en aquel rincón olvidado del mundo.

—Hijo mío (dijo bruscamente el señor de Boisvilliers): ¿no fumáis?

—No, padre mío.

—Hacéis bien. Habéis sido más cuerdo que yo, que me dejé seducir por el tabaco....

Y añadió distraídamente:

—¿Conque ya os tenemos hecho un abogado?

—Sí, padre mío.

—Yo lo deseaba, porque ahora, gracias á vuestros conocimientos en derecho, no seréis, como yo, explotado

por las gentes de la curia, y podréis administrar vos mismo vuestra fortuna, que ha de ser un día considerable.

—Deseo, padre mío, que no llegue nunca ese día.

—Os lo agradezco; pero lo que quería deciros es que ahora desearía que me ayudáseis á llevar la carga: yo voy envejeciendo ya, y me fatigo, hijo mío.

El señor de Boisvilliers guardó silencio un instante, y luego continuó:

—¿Sabéis que los dominios de Boisvilliers y La Roche-Ermel reunidos darán unos noventa mil francos de renta?

—¿Asciende á tanto?

—Sí, hijo mío.

Hubo unos momentos de pausa, despues de los cuales el señor de Boisvilliers dijo:

—Hace poco fui á ver á vuestra prima Juana al convento, y me han dicho aquellas señoras que están contentísimas de ella; que es una joven de gran entendimiento, y está perfectamente educada. Es, además, una profesora en música.

—Sí, ya sé que toca muy bien el piano, padre mío.

—¿Y sabéis también que su educación está terminada, y que volverá á su casa definitivamente el 15 de este mes?

—Nuestro primo La Roche-Ermel me lo ha dicho.

El señor de Boisvilliers detuvo de repente su paseo, y arrojó el cigarro.

—Felipe (dijo, fijando con insistencia su mirada en el pálido rostro del joven); no podéis ignorar que desde hace mucho tiempo hemos formado

proyectos, y nuestros deseos son que se realice vuestra unión con Juana....
¿Debo comprender que vuestras miras son diferentes de las nuestras?

—Padre mío (dijo Felipe, con tono respetuoso pero seguro): no puedo casarme con mi prima..., porque no la amo.

—¡Que no la amáis! —repitió el señor de Boisvilliers.

Miró todavía á su hijo con asombro; las arrugas marcadas entre sus dos cejas se acentuaron profundamente, y una ligera convulsión hizo temblar sus labios.

Á dos pasos de allí, junto al estanque, había un banco, en el que el señor de Boisvilliers fué á sentarse, y apoyando su frente en las dos manos, pareció meditar dolorosamente.

—¡Pobre niña! —murmuró.

Después levantó la cabeza, y miró á su hijo, que estaba de pie delante de él.

—Después de la declaración que acabáis de hacerme (dijo, con voz breve y dura), debéis comprender que vuestra estancia en Boisvilliers es de todo punto imposible, al menos por algún tiempo.

—Si lo creéis así, padre mío, obedeceré.

—¡Qué bien! ¿Verdad? Me he adelantado á vuestros deseos; habéis tomado el gusto á París, y pretendéis pasar allí vuestra juventud, pasando la mejor época de vuestra vida en la ociosidad.

—¡En la ociosidad no, padre mío! Y, si me permitís que os hable con entera franqueza....

—¡Oh! No deseo otra cosa.

—Pues bien : aquí , en una provincia , en el campo , es donde yo viviría en la ociosidad.... ; Perdonad , padre mío !.... Es cierto que tengo ante mis ojos vuestro ejemplo y el de nuestro primo , y sé muy bien lo dignamente que está ocupada la existencia de ambos.... ; pero yo no tengo ni vuestros gustos ni vuestras aptitudes.... Decíais que yo deseaba vivir en París ; es verdad , padre mío ; y , creedlo , no busco allí solamente las distracciones y los placeres de la juventud ; busco la noble actividad que se respira en aquel aire , las generosas ambiciones que hace nacer en el corazón , y la fiebre de gloria que sube al cerebro . Amo el poder de la vida intelectual , que parece añadirse á nuestra inteligencia propia , redoblando su fuerza.... Aquí , padre mío , mi inteligencia no tendría objeto ni

aplicación ; dejaría á los colonos y renteros cuidados que , no siéndome gratos , no tendrían ningún interés para mí ; el fastidio y la pereza me invadirían , y , ¿quién sabe? : tal vez acabaría por degradarme . No teniendo las virtudes de los antiguos nobles que pasaban su vida haciendo la dicha de sus colonos , tendría acaso sus extravagancias y sus vicios . Emplearía el tiempo , como tantos otros , en pasear á mis perros , en consultar el barómetro , en embotellar el vino.... y en beberlo.... Pues bien : os lo confieso , padre mío ; este género de existencia , sin felicidad para mí ni provecho para nadie , me causa horror.... Y mi desgraciada prima , que ha sido siempre á mis ojos el símbolo de semejante vida , se me ha ido haciendo odiosa poco á poco , sin poderlo remediar . Ella ha sido la que

ha pronunciado desde la cuna el fallo de mi destino; ella, la que ha dicho: «Vivirás aquí, y no en otra parte... ¡Estarás encerrado toda tu vida en este círculo fatal, y estarás conmigo!... ¡No tendrás otro amor que el mío, ni otra esposa que yo!... ¡Mis gustos serán los tuyos, mi habitación será la tuya, y hasta nuestra tumba será la misma!...» ¡Ah, padre mío! Tal vez la hubiera amado si me hubiesen dejado escogerla! ¡Tal vez hubiera amado también las ocupaciones y la vida del campo, si no me hubiesen sido impuestas para siempre!... Padre mío: perdonadme si os he ofendido; pero he preferido revelaros mi pensamiento y descubrir os sinceramente mi corazón....

—Habéis hecho bien,—dijo el señor de Boisvilliers.

Y respirando con fuerza, reflexionó un momento, y dijo con voz dulce y velada:

—Yo también, hijo mío, os digo á mi vez: ¡Perdonadme!

—¡Padre mío!

—Sí, porque podéis creer que he dispuesto con ligereza de vuestro porvenir, como si vuestro porvenir me hubiera pertenecido. Podéis creer, y creéis sin ninguna duda, que un móvil egoísta me había hecho confiscar, por decirlo así, vuestra vida en provecho mío, fijándola, por adelantado, cerca de mí.... Cierto, no pude ser insensible á la esperanza de ver un día, después de tantos años de soledad, reanimarse y volverse á llenar mi vieja casa....; si, esperaba que Dios había de evitarme la gran amargura de los viejos, ¡la casa vacía!... Además,

amaba ya á esa niña como si fuera mi hija.

— ¡Padre mío!— volvió á murmurar el joven, cuyos ojos estaban arrasados en lágrimas.

—Hice mal, perdonadme,—replicó el padre.

Y continuó con acento firme:

—Lo que he querido deciros, hijo mío, es que no he pensado solamente en mis ventajas personales al trazar el plan de existencia que hoy rehusáis. Había creído prepararos al mismo tiempo una vida dichosa, útil y honrada. Á través de las formas corteses de vuestro lenguaje, he visto claramente que nos consideraréis al conde de La Roche-Ermel y á mí como dos seres inútiles en este mundo.... No me interrumpáis.... No soy de vuestro parecer: somos dos antiguos nobles, como vos

decís, y vivimos sin gloria, pero no sin felicidad.

—Trabajamos para la multiplicación del pan y de la carne, y damos á la caballería francesa sólidas remontas.... Esto ya es algo; pero no es todo, hijo mío; es necesario, en los tiempos por que atravesamos, que las gentes como nosotros vivan en su país natal, ciudad ó aldea, y allí se hagan respetar; pues, aparte de los servicios prácticos que puedan prestar á su alrededor, hay en su presencia sola, en la superioridad de sus conocimientos, en la dignidad de su vida, en los grandes recuerdos de su nombre...., hay, he dicho, una escuela, un ejemplo y una autoridad. Son como esos viejos campanarios que se ven de cuando en cuando en el campo, y que hacen reflexionar al transeunte en su camino

y al arriero en su carreta, y que, á pesar suyo, traen al pensamiento de los que no son buenos, altos sentimientos y respetuosas ideas. ¡No, hijo mío, no somos inútiles!... ¡No me digáis nada, Felipe, ni una palabra!... Creo comprenderos, pero jamás arrancaré á vuestra sensibilidad un sacrificio que sentiríais mañana, ni me aprovecharé de un instante de enternecimiento. Seguid la vía que habéis escogido, que si la seguís como un hombre honrado, yo me consolaré.... Veamos: ¿qué pensáis hacer?

—Padre mío, mi intención, si lo aprobábais, era seguir mis estudios de derecho hasta el doctorado, y entrar luego en el Consejo de Estado.

—¡Pues sea!... Y ahora, Felipe, tenemos una resolución penosa que tomar. Una vez que no debéis quedaros

aquí, es conveniente, es necesario que partáis lo más pronto posible. Partiréis mañana temprano, y para evitarnos á los dos emociones inútiles, deseo que no nos veamos en el momento de vuestra partida.

El señor de Boisvilliers se levantó bruscamente, y enderezando su elevada estatura, echó á andar con paso firme, haciendo seña á su hijo de que le siguiera.

Después de un largo silencio, dijo:

—Tal vez pasarán años sin que podáis decorosamente volver á Boisvilliers.... Vuestra presencia aquí sería un continuo sufrimiento para esa pobre niña.... Yo iré á veros á París de cuando en cuando.

—Gracias, padre mío.

Entretanto, la noche se hacía poco á poco, obscureciendo el jardín. La

débil claridad de la luna iluminaba vagamente á través de las espesas hojas de los castaños, y plateaba entre las hierbas la inmóvil superficie del estanque.

Era aquella una escena de paz y de melancolía profundas.

—Felipe (replicó el señor de Boisvilliers); os parecéis á vuestra madre, que era también un poco romántica; pero al mismo tiempo una santa: no lo olvidéis.

—No lo olvidaré, padre mío.

Transcurrió un cuarto de hora sin que se cambiase una sola palabra entre el padre y el hijo, cuyos pasos, haciendo rechinar la arena del jardín, era lo único que turbaba el silencio de aquella soledad.

De pronto el señor de Boisvilliers se detuvo.

—Vamos, hijo mío (dijo, tendiéndole la mano); tengo necesidad de reposo, y me retiro.... ¡Adiós!

—¡Padre mío! (dijo Felipe con voz ahogada). Padre mío, ¿me perdonáis?

El anciano le atrajo hacia sí con violencia.

—¡Abrázame!—le dijo.

Y estrechó convulsivamente sobre su pecho al joven, que sollozaba.....

Al día siguiente, Felipe de Boisvilliers se alejaba del castillo paternal, arrastrado por dos vigorosos caballos, que debían conducirlo en veinte minutos á la estación próxima.

¡Dichosa juventud! Dejaba tras sí los cuidados, el abandono y el duelo, y sin embargo marchaba alegremente á través de los frondosos y húme-

98569

dos bosques y de la aurora naciente.

Algunas horas más tarde, su padre, con el rostro pálido y los ojos ojerosos por una noche de insomnio, se dirigía con fatigoso paso hacia el castillo de La Roche-Ermel.

Al aproximarse, apercibió hacia el medio del camino al conde Leopoldo, que se dirigía á su encuentro.

—¿Está todavía en la cama el joven parisién?—gritó con tono jovial.

El señor de Boisvilliers continuó avanzando sin responder, y cuando estuvo á dos pasos de su primo, le dijo con acento triste y grave:

—Amigo mío, Felipe ha vuelto á París.

—¡Cómo que ha vuelto á París! (dijo el Conde, turbándose.) Lo decís con un tono, que parece que ha ocurrido algo grave.

—Algo muy grave,—replicó el señor de Boisvilliers, acentuando aquellas palabras.

Y tomando la mano del Conde, le dijo:

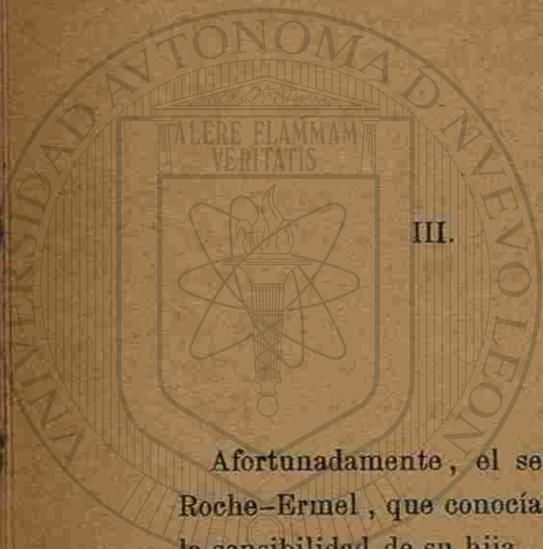
—Amigo mío, voy á causaros un gran pesar; el sueño de toda nuestra vida ha sido destruído en un momento.... Mi hijo...., mi hijo no es digno de la alianza que me habíais prometido para él.

El conde Leopoldo miró con asombro al señor de Boisvilliers.

—¿Ha rehusado?—dijo.

Y como no recibiese respuesta, dejó escapar una especie de gemido, y sus brazos cayeron inertes, quedando con los ojos fijos en el vacío. Después dijo con amargura:

—¡Pobre hija mía!



Afortunadamente, el señor de La Roche-Ermel, que conocía muy bien la sensibilidad de su hija, no conocía todo su valor; así es que cuando Juana volvió, después de algunos días, á la casa paterna, no pareció tan abatida como era de esperar por la decepción que allí la aguardaba. Verdad es que no pudo apreciarla en toda su extensión, porque su familia, no juzgando razonable ni prudente explicarse con claridad

con ella sobre asunto tan delicado y penoso, no la puso al corriente de lo que había sucedido. Se la dejó adivinar poco á poco la verdad. Notó Juana al momento algunos cambios en las costumbres siempre iguales de su familia: la flauta de su tío dejó de hacer oír sus dulces y armoniosas notas en el silencio de la noche, y su tía Angélica había dejado también de entretenerse con su romanza de *Lucas enamorado*, etc., que tarareaba antes mientras regaba las flores. Pero aún notó Juana indicios más significativos: la tristeza de su padre y la del señor de Boisvilliers, la ausencia inexplicable de Felipe, la reserva absoluta que observaban en todo lo que se relacionaba con su primo, y, por fin, algunas palabras que había oído á los criados, acabaron por ponerla al corriente de todo.

Tal vez, ya anteriormente, su tacto femenino, al ser ya una mujercita, le había advertido que los sentimientos de su primo respondían mal á los que ella le había consagrado.

Sea como quiera, lo cierto es que Juana llegó á persuadirse de que había sido abandonada por el prometido de su infancia; pero su dolor, sin quejas ni lágrimas, al menos en la apariencia, no se notó más que en una especie de gravedad melancólica, que se extendió sobre su rostro como un velo, quedando impresa en él. Poseía un alma tierna, pero demasiado orgullosa para mostrar su herida.

La joven ayudaba á su tía, tomando parte en la dirección de la casa, y ponía en esto un cuidado y actividad incesantes, sin duda para olvidar durante el día las penas y desfalleci-

mientos de la noche. Sólo una vez hizo una alusión directa á su amargo desengaño.

Tenía costumbre de ir todas las semanas á hacer una visita matinal al señor de Boisvilliers, y muchas veces se quedaba á almorzar con él; en seguida recorrían juntos las muchas habitaciones de aquella antigua morada; que los criados, desanimados y tristes como su amo, arreglaban entonces con mucho descuido. Juana se reía de aquel desorden, y abría los cajones, arreglaba los muebles, frotaba los espejos, dando por un momento aspecto de vida y alegría á aquel triste caserón.

Como el anciano la mostrase un día su gratitud, conmovido por aquellas atenciones, Juana le miró profundamente, y le dijo:

—¿No es muy natural que os cuide

y trate de alegraros, siendo la causa de que vuestro hijo os haya abandonado?

El señor de Boisvilliers recibió en su mano temblorosa la mano que la joven le tendía, posando sus labios en ella respetuosamente.....

Por aquella misma época, un rumor singular acerca de Felipe de Boisvilliers corria por todas las cercanías.

El lector recordará que el joven, antes de partir, había informado á su padre de sus proyectos, de los cuales seguía hablándole siempre en sus cartas. Felipe se proponía entrar en el Consejo de Estado, después de haber obtenido el grado de doctor en derecho.

El señor de Boisvilliers no ignoraba que el doctorado exigía una labo-

riosa preparación; así es que suponía á su hijo embebido en los más serios estudios de jurisprudencia, cuando un amigo suyo tuvo la oficiosidad de manifestarle que un periódico muy bien informado de cosas de teatro, anunciaba la próxima representación de un drama en cinco actos, firmado por Felipe de Boisvilliers, y titulado *Fredgunda*.

Esta noticia preocupó profundamente al grave anciano, y más le hubiese preocupado, á conocer las circunstancias accesorias de aquel hecho extraordinario, tales como vamos á exponerlas á nuestros lectores.

Felipe de Boisvilliers creía tener, con ó sin razón, vocación de poeta, y después de su salida del colegio, siempre siguiendo con aprovechamiento el curso del derecho para obedecer á su

padre, había encontrado medio de enriquecer secretamente la literatura francesa con un gran número de producciones, inéditas hasta entonces, pero que no deseaban otra cosa que cesar de serlo. Su actividad, sus sueños de gloria y su avidez de emociones, le habían inclinado hacia aquel lado.

Había temido, y con razón, enfadar á su padre si le confesaba sus verdaderas intenciones, y haciéndose mil ilusiones, pensaba que debía de guardar el misterio hasta el día en que los triunfos vinieran á justificarle, llevando su nombre glorioso hasta los pueblos más escondidos de Francia.

Entre todos los géneros literarios, la literatura dramática atraía particularmente á Felipe, tal vez porque se presentaba á su imaginación bajo la forma plástica de una célebre actriz,

cuya fotografía se veía en su gabinete. Se llamaba ésta Mary Górald, y aún se recuerda la claridad con que iluminó esta estrella uno de los primeros teatros de París, antes que la Rusia la arrebatase á nuestro fanatismo.

La fascinación que produce la actriz es una magia tan conocida, que no hace falta explicarla, sobre todo á los parisienses, de quien constituye la principal religión; pero aun á los parisienses mismos les gustará saber que su pasión por las mujeres del teatro no deja de tener disculpa, y que á este culto culpable está unida una fuerte dosis de poesía.

En primer lugar, la actriz les representa una clase de mujer que difícilmente encuentran en el mundo, y jamás en su hogar; una mujer que parece exenta de todas las enferme-

dades y vulgaridades terrestres; una mujer á quien nunca falta nada, ni un diente, ni un cabello, ni un brillante en los dedos, ni una flor en el seno. Parece una rosa que sale sin defectos, fresca y espléndida, de manos de la naturaleza. No la veis más que un instante, pero durante ese instante la veis perfecta, y cuando ya no la tenéis ante vuestros ojos, os deja la impresión de algo luminoso y más que humano. Si la seguís á su cuarto, aún está llena, impregnada en su papel, aún es la reina, el hada, la diosa que marcha sobre nubes de oro, blanca y extraña bajo su colorete, sus labios de escarlata y sus ojos desmesurados y brillantes; es una criatura, en fin, emigrada de un mundo ideal.

Generalmente, se figuran que la actriz lleva en su vida privada esta es-

pecie de fantasía poética de que los prestigios de la escena la han revestido, y esto no es del todo una ilusión, pues la actriz, unas veces más y otras menos, está siempre impregnada de los papeles que representa; jamás se despoja de ellos completamente, y cuando entra en su casa, tanto sus sentimientos como su lenguaje, conservan algo de escénico y teatral.

Felipe de Boisvilliers había, pues, consagrado una adoración apasionada á la señorita Mary Gérald, y preciso es decir que el amor del estudiante por la actriz no carecía ni de honradez ni de pureza. Los románticos son delicados, y no suelen aficionarse á los amores vulgares que generalmente tiene la primera juventud. Felipe los miraba con desprecio. Sus sueños eran más elevados.

El joven admiraba la mirada profunda y la frente inspirada de la brillante artista, creyendo leer en ella aquellos poemas llenos de infinita melancolía y pasión que embargaban su alma, y estos sueños no le dejaban que pensara más que en ella. Hizo entonces todas las locuras que caracterizan á los enamorados de actrices y de reinas.

Después de haber aplaudido furiosamente á Mary Gérald en el teatro, la esperaba á la puerta particular de las artistas, y la veía dejarse caer en el asiento de su coche; retirándose dichoso con haber sentido el roce de su vestido, y pasando la noche en escribirle cartas elocuentísimas, en verso y prosa, que nunca enviaba.

Llegar hasta ella, tocar su mano, embriagarse con su palabra, con su mirada y con su aliento; ser su amigo

tierno, ese fué su único pensamiento. Pero ¿y el medio? No queriendo admitir ninguno cuya suposición pudiese herir á su ídolo, resolvió por fin componer una obra dramática, en la que Mary Gérald tuviese un papel digno de su belleza y talento, creyéndose, sin demasiada presunción, capaz de emprender aquella difícilísima empresa, pues hacía tiempo se preparaba para ella con sus estudios favoritos y su asiduidad al teatro. Había hecho ya varios ensayos en este género de literatura, que no le parecieron buenos; pero en los cuales, algunos entendidos en estos asuntos, habían encontrado partes de verdadero mérito, en que se adivinaba el genio y el gusto que podría llegar á adquirir su autor. Después de largas meditaciones, eligió y desarrolló, en una forma

completamente nueva, un argumento recomendado ya por sí mismo, por haber sido elegido por un gran poeta. Era este argumento el de *Fredegunda*, que Alfredo de Musset había empezado á escribir con el título de *La Servidora del Rey*. El papel de *Fredegunda*, desarrollado por Felipe con especial cuidado, era en efecto perfectamente apropiado á las facultades trágicas que distinguían á Mary Gérald.

Felipe acababa de terminar su obra al mismo tiempo que su carrera de derecho, cuando hizo á Boisvilliers el corto y triste viaje cuyos incidentes hemos contado ya. Había llevado á *Fredegunda* en su maleta, con objeto de leérsela á su padre, y obtener sus aplausos; pero estas ideas entusiastas desaparecieron bajo la fría atmósfera de la provincia, y el joven se contentó con leer

y releer su obra, sin atreverse á dársela á conocer á su padre.

Á su regreso á París, la sometió á la opinión de algunos amigos, que le predijeron los mismos éxitos que á de Augier y Posard. Recitó también varios fragmentos en algunas reuniones, y obtuvo igual triunfo. Bajo estos favorables auspicios se decidió á dar un paso atrevido, y escribió á Mary Gérald, rogándola tuviese la bondad de oír la lectura de su obra, teniendo gran cuidado de evitar toda alusión á los sentimientos que le había inspirado.

La actriz, interesada tal vez por la aristocrática firma de la carta «Boisvilliers de La Roche-Ermel», respondió dos palabras en una tarjeta, diciéndole que le esperaba al día siguiente á las cinco de la tarde.

Esta respuesta sumió á Felipe en

una especie de loca alegría, á la que luego sucedieron grandes temores. Una realización tan fácil y tan pronta de sus sueños le asustaba. ¿No sería juguete de alguna horrible pesadilla? Al día siguiente, á pesar de todas estas vacilaciones, á las cinco de la tarde entraba, llevando su manuscrito en la mano, en la casa de la calle de Tronchet, en que Mary Gérald habitaba el segundo piso.

Al preguntar al portero, creyó ver en su fisonomía algo de misterioso é irónico. Subió las escaleras con el corazón palpitante. Al detenerse ante la puerta de la célebre artista, su agitación se hizo intensísima: por fin llamó.

Un olor de cocina, de buena cocina, que notó al abrirse la puerta, le pareció extraño en aquella mansión sagrada, y, sin embargo, aquel olor le

confortó. Fué recibido por una doncella jovencita, cuyo lindo rostro, desdeñoso é impasible, atestiguaba una experiencia mucho mayor de la que correspondía á su edad: miró fríamente la carta que Felipe la presentó, é introduciéndole sin hablar ni una palabra en una especie de antecámara, entró con la carta en la habitación inmediata. Felipe oía desde allí el murmullo de varias voces masculinas; después una explosión súbita de risas atronadoras, á la que sucedió el silencio: á poco la impasible doncella apareció, y teniendo la puerta del salón abierta ante el joven poeta, le dejó comprender que podía entrar cuando quisiese.

El salón de Mary Gérald, aunque de pequeñas dimensiones, respondía bastante bien á la idea que Felipe

se había formado de aquel santuario.

La tenue claridad que esparcía una lámpara análoga á las de las iglesias, las colgaduras oscuras, los magníficos espejos, las grandes plantas exóticas, un olor penetrante de flores y una forma blanca recostada en un diván, era todo lo que Felipe había imaginado; pero lo que no había entrado en su programa, era aquel grupo de tres ó cuatro caballeros de diferentes edades que figuraban en el cuadro que se presentaba á su vista, haciéndole perder todo su encanto y poesía.

Sin embargo, la presencia de aquellos testigos inoportunos le fué útil: sus risas equívocas sonaban aún en sus oídos, haciéndole recobrar la perdida energía y que se presentase bajo aquella impresión un poco pálido, un

poco confuso con su manuscrito, pero, no obstante, con aquel aire de príncipe que había conquistado el corazón de la pobre Juana.

Menos sensible en apariencia, Mary Gérald arrojó sobre el joven una mirada de suprema indiferencia, y saludando apenas con un signo de cabeza, como si se hubiese tratado de alguno de los dependientes que la llevaban telas para que escogiera, le invitó á sentarse, y siguió hablando con aquellos señores.

Felipe notó con sorpresa, á pesar de su turbación, que la joven era alegre y bromista, que usaba un lenguaje brusco y familiar, pareciendo á veces una niña mimada, excéntrica y zalamera. Notó también que, mientras hablaba, dirigía á menudo hacia él sus ojos profundos, entre asombrados y curiosos.

Pronto Mary Gérald dejó languidecer la conversación, y su rostro tomó la expresión del fastidio.

Los tres ó cuatro señores de diferentes edades, que eran todos de aire distinguidísimo, se levantaron entonces, y besándola sucesivamente la mano, se retiraron al mismo tiempo.

La joven se había levantado para acompañar á aquellos personajes hasta la puerta del salón; después se volvió hacia Felipe, y rechazando con el talón la larga cola de su bata, le dijo:

—Caballero, creo que no he comprendido bien vuestro deseo, ó que os habéis equivocado. No soy yo quien recibe las obras, sino mi director.

—Ya lo sé, señorita; pero antes he querido saber si vuestro papel os agradaba, porque de otro modo renunciaría á poner en escena mi obra.

—¡Bah! ¿Por qué? (dijo Mary, con un ligero movimiento de hombros: y volviéndose á sentar bruscamente, añadió): Pero tengo que advertiros que en nuestro teatro no se representan obras en verso, y tendréis que dirigiros al Francés ó al Odeón.

—Perdonad, señorita; pero en vuestro teatro se han representado muchas veces obras en verso.

—¡Oh! En otro tiempo, sí; pero hace ya mucho. Sentaos, pues.... ¿Y se trata de vuestra primera obra?

—Sí, señorita.

—Entonces.... ¿hasta ahora no sois conocido más que de vuestra familia?

—Solamente.

Mary le miró con maliciosa ironía, é inclinándose, dijo:

—No he tratado de ofenderos. ¿Habéis traído vuestra obra?

—Sí; aquí está, señorita.

—Veámosla.

Y cogiendo el manuscrito, le hojeó, leyendo aquí y allá algunas líneas con curiosidad.

—Está bien, caballero; me gusta. Hacedme el favor de leer...., porque esto es un poco largo.... ¿Veréis bastante con la luz de esta lámpara?.... No, no veréis; aproximad la mesa mientras bajo la luz.

Y levantándose vivamente, bajó la suspensión hasta que la lámpara casi tocó con la mesa. Después se dejó caer en el diván, y, recostándose, dijo:

—Vamos.... ¿Hacéis favor de leer?

Animado como debía de estarlo por aquellos preliminares, Felipe comenzó la lectura de su drama. Los que hayan conocido semejantes martirios, le tendrán una compasión fraternal.

Había llegado á la mitad del tercer acto, sin haber obtenido de su auditorio el menor signo de aprobación, ni aun de atención siquiera, ni una palabra, ni un gesto, ni un suspiro. Inmóvil, muda, en la actitud de un mármol sobre una tumba, la joven actriz levantaba apenas y á raros intervalos sus largas y oscuras pestañas para lanzar sobre el lector una rápida mirada, y después volvía á caer en su languidez.

Hubo un momento en que Felipe la creyó completamente dormida, y entonces sintió pasar por sus venas el frío de la desesperación, el frío de la muerte.

De pronto Mary Gérald se enderezó, y, levantándose del diván, fué á sentarse enfrente de Felipe, y apoyando un codo sobre la mesa, posó sobre la mano

su hermosa y trágica cabeza: así, inclinada hacia el joven, con los ojos fijos y húmedos por la emoción, le escuchó ávidamente.

Sofiar que se cae en el horror de la nada, y despertarse de repente en todo el esplendor de la vida, de la gloria y de la juventud: tal fué en aquel instante divino la sensación del poeta.

Mientras acababa su lectura, Mary Gérald no se movió, escuchándole atentamente y teniendo la sien apoyada sobre una mano, cuyos dedos se internaban en sus negros y espesos cabellos.

Cuando Felipe cerró el manuscrito, vió que dos lágrimas se deslizaban por las mejillas de la joven, quien, levantándose, dió la vuelta á la mesa, y vino á detenerse delante del dichoso poeta.

—Caballero (le dijo con voz baja y

un poco ronca, apoyando las dos manos sobre sus hombros). ¡Sois un poeta!

Felipe estaba demasiado conmovido para responderla; pero, cogiéndola el pañuelo con el cual había enjugado sus lágrimas, le besó.

—Guardadle, si queréis, — dijo la joven.

Ya no usaba el acento libre y varonil que tenía cuando Felipe había entrado; su voz había vuelto á recobrar su gracia femenina y aquellas inflexiones dulces y armoniosas que eran en escena una de sus más poderosas seducciones.

—¡Dios mío! (murmuró como hablándose á sí misma.) ¡Qué feliz he sido!.... ¡Cuán delicioso es estar bajo el encanto de admirar, de amar, de tener fe en algo!....

Y echando su cabeza hacia atrás,

fijó en el joven sus ojos, á un tiempo sonrientes y llenos de lágrimas.

—¿No es cierto, Felipe?—le dijo.

Felipe iba probablemente á responderla que era de su parecer; pero esta escena tan agradable, y que aún podía haber llegado á serlo más, fué bruscamente interrumpida por la satánica doncellita, que apareció en el dintel de la puerta.

—Señora (dijo); el señor Conde está ahí.

—Pues que entre,—dijo Mary Gérald.

—Desea (dijo la imperturbable muchacha) hablar á la señora en particular.

—¿En particular? No hace falta; hacédle pasar.

—Un hombre como de cincuenta años, alto y de aspecto distinguido, se

presentó en el saloncito, mostrando toda su dentadura en una abierta sonrisa, y posando una mano sobre su corazón, se inclinó casi hasta tocar el suelo.

—Perdonad, querida mía (dijo): os traía la respuesta de San Petersburgo.

—¡Ah! Y bien, ¿qué?

—Os ofrecen cuarenta mil francos y un beneficio.

—Son buenas proposiciones (dijo Mary Gérald); pero ya sabéis que debo cuarenta mil francos á Lafosse.

El Conde volvió á inclinarse hasta tocar la alfombra, y mostró de nuevo sus magníficos dientes.

—Eso no sería (dijo) una dificultad difícil de vencer.

—¿Podéis vencerla vos? (replicó la joven, con tono burlón y altanero.) Además (prosiguió), he cambiado de idea,

porque este señor acaba de leerme una obra, en la que tengo un papel que me ha entusiasmado.

—¡Ah!—dijo el Conde.

Y poniendo la mano sobre su corazón, saludó profundamente al joven, haciéndole también el honor de enseñarle los dientes.

Felipe le devolvió su reverencia con gravedad, y enrollando el manuscrito de *Fredegunda*, se apresuró á despedirse.

—Pero, caballero (dijo la actriz), necesito que me dejéis vuestra obra, porque yo misma quiero recomendarla á Lafosse.... ¿Le conocéis?

—¿Lafosse?

—Sí, mi director.

—No, no le conozco.... ¿Qué clase de hombre es?

—Lafosse no es un hombre.... Es

un saltimbanqui....; pero precisamente porque es un saltimbanqui y no sabe ortografía, le gustará mucho representar una obra en verso, para darse aires literarios.... Conque hasta otro día, caballero.

—¡Señorita! Creed que estoy verdaderamente confundido....

—¿Con mis bondades?... No valen la pena....; hasta la vista.

Felipe llegó á su casa trastornado de emoción. Durante la noche se despertó varias veces para cubrir de besos un pañuelito perfumado que había puesto bajo su almohada. En los intervalos tenía sueños extraños; los unos de una dulzura celeste, y los otros menos poéticos.

Tan pronto Mary Gérald se le aparecía grave y silenciosa como una musa, con los ojos llenos de pasión y

de entusiasmo, inclinándose hacia él y murmurando con su voz encantadora: «¿No es cierto, Felipe?» Después le pedía de repente ochenta mil francos, lo que le ponía en un gran compromiso; entonces, por una horrosa metamorfosis, la joven tomaba la apariencia de un oso polar, que enseñaba sus afilados dientes y saludaba poniendo una pata sobre su corazón.

Estos agitados sueños resumían fielmente las impresiones que Felipe había recogido en aquella primera entrevista, que le había hecho transportarse bruscamente de la tierra al cielo y del cielo á la tierra, dejándole deslumbrado, nervioso, atormentado por los celos que tenía de la Rusia y del mundo entero.

Después que pasó dos ó tres días en una gran impaciencia (durante los

cuales Felipe ni siquiera se acordó del doctorado), recibió una atenta carta del director Lafosse, que, dicho sea de paso, no era un saltimbanqui más que en el vocabulario familiar de Mary Gérald.

El señor Lafosse había leído *Fredegunda*, y le había gustado; así es que rogaba al señor de Boisvilliers que fuese al día siguiente al teatro para arreglar allí con él la distribución de los papeles, si es que pensaba que aquella obra notable se pusiera inmediatamente en escena.

Como, en general, se exagera mucho la dificultad que encuentran los jóvenes autores para hacerse acoger en los teatros de París, Felipe creyó que un éxito tan pronto y tan decisivo era un favor excepcional de la suerte; favor que, sin duda, debía en parte al

valor de su obra; pero que también debía probablemente á la influencia tutelar de Mary Gérald, y, por fin, á la circunstancia de encontrarse el director Lafosse sin nada nuevo que anunciar en los carteles para concluir la temporada de invierno.

Lo cierto es que una semana más tarde Felipe asistía á los primeros ensayos de *Fredegunda*, y sus versos, modulados por los armoniosos labios de Mary Gérald, resonaban en su oído como una música del cielo.

Ya las crónicas de los periódicos anunciaban ruidosamente el acontecimiento del *debut* de un poeta dramático, ocupando con su nombre la curiosidad parisién.

Felipe gustaba las primeras dulzuras de la gloria, y al mismo tiempo conocía el sentimiento de inquietud,

de espanto y de pudor alarmado que causa á un alma delicada el gran día de la publicidad; pero, á través de sus emociones literarias, su amor por Mary Gérald era cada vez el más grande de sus tormentos y la más punzante de sus angustias. La veía todos los días en el teatro y algunas veces en su casa, y su amor por ella aumentaba cada día, aunque había momentos en que creía odiarla, al ver que no era tal como él la hubiera deseado, la pura sacerdotisa del arte que él había soñado, guardando, en su vida de teatro, una dignidad heroica, volviendo á su casa como á un claustro, y allí inspirándose en aquella soledad sagrada, que no debía turbar ningún profano (á excepción tal vez de un joven poeta).

Felipe se desesperaba al ver sus maneras bohemias con sus compañe-

ros de teatro, su disipación mundana y las galanterías familiares que toleraba, los ramos que la arrojaban á la escena, los amigos que tenía y los amantes que la suponían; pero lo que había de más terrible es que no la amaba menos por esto.... ¡Ay, al contrario!

La actitud de la actriz, por su parte, era la más á propósito desgraciadamente para redoblar aún su pasión, y también sus sufrimientos. Sea por casualidad, sea con intento, el caso es que se portaba con él de una manera excesivamente caprichosa y desigual.

Durante los ensayos, cuando no estaba en escena, bajaba algunas veces á la obscura sala donde el joven autor estaba sentado y solo; entonces oía el roce de su vestido cuando se deslizaba

por entre las butacas de orquesta, y entreveía en aquella semiobscuridad su blanco rostro. Mary murmuraba á su oído algunas palabras con gracia y coquetería, y casi.... con ternura.

—¿No tenéis frío ahí sólo?.... Os vais á helar.... ¿Queréis mi abrigo?.... Vamos, ¿estáis contento de mí?.... Sí.... ¿verdad? Entonces, ¿por qué estáis triste? ¿Por qué tenéis ese aire que parece que estáis meditando un suicidio?.... ¡Singular personaje!

Luego se retiraba discretamente, yendo á las tablas á recobrar su papel de joven reina.

Todo esto había sido delicioso; pero un instante después la encontraba tan distraída y tan indiferente, que su corazón, pronto á ensancharse, se volvía á oprimir en seguida.

Muchas veces, durante varios días,

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MEXICO
 DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO
 "ALVARO REYES"
 1266, 1625 MONTEBERRY, MEXICO

la joven parecía no conocerle, y mientras tanto la veía prodigar sus gracias á la necia turba de sus cortesanos. El orgullo de Felipe se indignaba, y entonces tomaba la enérgica resolución de sofocar aquella pasión fatal...., lo cual nunca conseguía.

Mary Gérald estaba en aquellos días muy preocupada con una representación que tenía que dar para su beneficio, y que debía ser un acontecimiento parisién. Iba á hacer el papel de *La Dama de las Camelias*, que aunque no pertenecía al repertorio de su teatro, en honor á ella habían autorizado al director Lafosse para representarla una vez como un extraordinario.

La noche de su beneficio alcanzó un éxito ruidoso. Después del último acto, Felipe de Boisvilliers corrió á su cuarto para felicitarla; pero le encon-

tró tan lleno de admiradores delirantes, que su entusiasmo personal se paralizó, y se retiró furioso á ocultarse detrás de un biombo, donde Mary Gérald pareció no apercibirle. Ya iba á retirarse con la muerte en el alma, cuando oyó la voz de la joven, que le llamaba.

—Amigo mío, quedaos; tengo que hablaros.

Al oír estas palabras, los que allí había se retiraron, y Felipe se encontró muy pronto frente á frente de la triunfante estrella, que, mirándole fijamente, con los ojos brillantes aún por la fiebre de la gloria, le dijo bruscamente:

—¿He estado bien? ¿Os he gustado?

—¡Oh, admirable! ¡Os traía mis lágrimas calientes aún....; pero todas esas gentes me las han helado!

— ¡Todas esas gentes me las han helado! (repitió Mary, imitando su acento con complacencia.) ¿Y qué queríais que hiciera? ¿Queríais que cogiera un palo para arrojarlos de aquí?... ¡Oh, os comprendo perfectamente....; comprendo vuestro carácter!.... En fin, ya estamos solos. Estáis contento, ¿no es verdad? ¿Es esto lo que deseábais? Y después de todo, ¿qué ventaja encontraréis en ello?

— ¡Ah! (murmuró el joven en voz baja y emocionada.) ¡Tengo tantas cosas que deciros!

— ¿Conque muchas cosas?... Pues bien, no las digáis, amigo mío: creedme, os lo aconsejo.

Y la joven empezó á quitarse los adornos delante de un espejo, mientras seguía hablando.

— Sois un joven distinguido, un hijo

de familia muy bien educado por personas dignísimas....; esto se conoce á primera vista.... Os casaréis con una mujercita á quien améis, y que sea tan honrada como vos, porque vos sois muy honrado; lo sé.... Pues bien: después de esto, ¿qué tenéis que decirme á mí?... Cosas insensatas.... No; escuchadme, Felipe; voy á deciros lo que haremos mañana; venid á buscarme á mi casa al mediodía, y luego iremos juntos al cementerio de Mont-Parnasse.

— ¡Al cementerio de Mont-Parnasse!

— repitió Felipe con asombro.

Pero Mary Gérald estaba muy seria, y mientras quitaba unas flores de su cabeza, añadió con acento sincero y conmovido:

— Tengo allí á mi madre, amigo mío, y voy todos los meses á visitarla;

y tendría un verdadero placer en que me acompañaseis mañana.

Felipe la dió las gracias por una muestra de confianza tan particular, que le conmovió hasta el fondo de su corazón, como se hubiera conmovido á su edad y en su lugar el lector que sonríe.

—Y ahora (replicó la joven), tengo que desnudarme. Conque, dadme un apretón de manos, y marchaos.

IV.

Al día siguiente, á la hora de la cita, Felipe de Boisvilliers estaba en casa de la joven actriz, á quien ya encontró dispuesta para salir. El traje negro con que se había vestido, adecuado al caso, hacía resaltar la elegante distinción de su belleza. Tenía un aire de dicha, de candidez y de recogimiento, que parecía una joven patricia que se dispone á cumplir un gran acto de devoción.

y tendría un verdadero placer en que me acompañaseis mañana.

Felipe la dió las gracias por una muestra de confianza tan particular, que le conmovió hasta el fondo de su corazón, como se hubiera conmovido á su edad y en su lugar el lector que sonrío.

—Y ahora (replicó la joven), tengo que desnudarme. Conque, dadme un apretón de manos, y marchaos.

IV.

Al día siguiente, á la hora de la cita, Felipe de Boisvilliers estaba en casa de la joven actriz, á quien ya encontró dispuesta para salir. El traje negro con que se había vestido, adecuado al caso, hacía resaltar la elegante distinción de su belleza. Tenía un aire de dicha, de candidez y de recogimiento, que parecía una joven patricia que se dispone á cumplir un gran acto de devoción.

Hay mucha distancia desde la calle de Tronchet al cementerio de Mont-Parnasse, y el joven se deleitaba con el pensamiento de estar un largo rato en compañía de su ídolo, cuando oyó que la actriz pedía un coche de cuatro asientos. ¡Llevaba consigo á la dichosa doncellita!

Cuando Felipe, consternado, vió que la terrible muchacha tomaba asiento enfrente de él, creyó apereibir en sus labios una sonrisa de demonio.

¿Por qué llevaba la joven á su doncella? Esto no lo supo nunca. Las mujeres tienen malicias sutiles y profundas, de que guardan siempre el secreto.

En presencia de aquel testigo inoportuno, la conversación fué naturalmente lánguida, versando casi toda sobre la representación de la vispera. Así es que, después de semejante aburri-

miento, Felipe distinguió con alegría los cipreses y cruces que anunciaban el término de su paseo.

Mary Gérald dijo á su doncella que esperase en el coche, y saltando con ligereza á la acera que rodeaba las tapias del cementerio, se detuvo delante de una de esas tiendas en que venden coronas de siempre-vivas, flores simbólicas y objetos fúnebres.

—Había pensado (dijo la actriz con aire triste) traerla los ramos que me echaron ayer en el teatro; pero no, no se debe mezclar lo alegre y lo triste.... Violetas y alhelies, esto conviene más con la modestia y sencillez que tenía mi madre.... Eso es.... Compradme violetas y alhelies, Felipe, y pagadlas de vuestro dinero.... ¿Oís? Quiero que sean de vuestro dinero....., y, además, esta corona de hojas con pen-

samientos dentro; así, ¡muchas gracias!

La joven se pasó la corona por un brazo, y seguida de Felipe, que iba cargado de ramos de flores, entró en el cementerio, y después de atravesar la avenida principal, se internó en un espeso laberinto de tumbas, y recorrió con ligero paso los estrechos senderos, sin perder ni un instante la gracia incomparable de sus movimientos.

Por fin se detuvo delante de un monumento muy modesto, que se componía de una cruz de piedra y una lápida rodeada de musgo, y todo cercado por una barandilla que servía para apoyarse.

—Aquí es,—dijo la joven muy bajo.

Y quitando la corona marchita que había colgada en uno de los brazos de

la cruz, puso en su lugar la otra que traía; después se volvió hacia Felipe para tomar las flores que éste la tenía, y dijo con emoción:

—Tal vez no os parecerá muy buena la sepultura de mi madre; pero es todo lo que he podido ir haciendo...., y con gran trabajo; y, sin embargo, ¡la amo tanto!....

La joven sembró con un movimiento gracioso las violetas y los alhelíes sobre el pequeño cerco de musgo, y arrodillándose en el suelo con una actitud á la vez sincera y un poco teatral, posó sobre la barandilla su frente cubierta por sus dos manos, y pareció meditar ó rezar. Después de algunos minutos se levantó, y recogiendo de la tumba uno de los ramitos de violetas, le colocó en su seno. Entonces hizo á Felipe una seña con la cabeza, y emprendió

su marcha, deslizándose al través de las tumbas y monumentos.

Cuando llegaron hasta el coche que les había llevado, Mary pareció vacilar un momento, y, consultando su reloj, miró al cielo, y se dirigió de pronto á su doncella.

—Elena (la dijo), haceos conducir á la calle de Tronchet, que yo vuelvo á pie.

Después interrogó á Felipe con la mirada, y le dijo:

—¿Os parece bien?

Debió leer en los ojos de su joven compañero que le parecía perfectamente, porque se colgó de su brazo con abandono, y se encaminaron juntos hacia París, siguiendo los boulevards exteriores.

Mary estaba alegre como un pájaro, y se detenía delante de los solares,

delante de las largas filas de árboles y de las entradas de los pequeños restaurants del barrio, diciendo que se moría por vivir en el campo. Á propósito de esto le preguntó á Felipe por su país natal y su familia, escuchando con afectuoso interés la descripción que él la hacía de los viejos castillos perdidos entre los árboles y de sus habitantes, entre los cuales omitió cuidadosamente nombrar á su prima Juana.

Por primera vez hablaba con confianza á la célebre artista, y por primera vez se mostraba á ella con todas las ventajas de su espíritu brillante y generoso, realizadas por la elegancia viril de su persona y por la aureola de su naciente gloria.

La joven le miraba con sorpresa, y se iba quedando cada vez más silenciosa.

Por fin llegaron al boulevard de los

Inválidos. Entre muchos grandes edificios de aspecto monástico que se suceden á derecha é izquierda, se ve (ó por lo menos se veía entonces) un pequeño pabellón, en el centro de un jardín cercado por una verja y por una espesa cortina de lilas, en toda la parte que da al boulevard. Este pabellón tenía su entrada en una de las calles laterales, y era una construcción del gusto italiano en miniatura, sólo con dos pisos y una terraza rodeada de su balaustrada de piedra.

Mary Gérald se detuvo allí bruscamente, y se aproximó á la verja.

— ¡Qué precioso es esto! (dijo). ¡Es un nido!....

Y aplicando su rostro contra la verja, dirigió una mirada á través de las lilas, cuyas hojas empezaba ya á desplegar el sol de Abril.

Al mismo tiempo la puerta vidriera del pabellón se abrió, y dos personas bajaron lentamente las gradas de la escalera; eran, según toda apariencia, los dueños del local: un caballero joven y una señora muy joven, ambos de aspecto distinguido y en elegante traje de mañana.

El joven, creyéndose muy al abrigo de ojos indiscretos, pasó un brazo alrededor de la cintura de su compañera, y se paseó con ella durante algunos minutos por delante del pabellón, hablando y sonriendo con una especie de tierna gravedad; ella le escuchaba meneando dulcemente su fina y rubia cabeza, haciendo con los labios lindas muecas de niña mimada. ¡Era una viñeta inglesa! ¡El amor bajo su forma más delicada, más graciosa y más casta!

Ya habían desaparecido tras un ángulo del pabellón, y todavía Mary Gérald continuaba con la frente apoyada en la verja. Cuando se volvió, Felipe vió que lloraba.

— ¡Dios mío! ¿Qué tenéis?—la dijo.

— Nada....; pero al ver tanta felicidad.... ¿Os habéis fijado? Son dos jóvenes recién casados, sin duda alguna.... Al pronto creí que eran hermanos....; pero no, me había engañado.... Esta escena me ha hecho pensar en vos.... Creía veros con vuestra amada mujercita.... ¡Es un cuadro hecho para vos!

— ¡Os ruego que no me volváis á hablar nunca de mi matrimonio!—exclamó Felipe, con un movimiento de mal humor, que hizo reír á la joven.

— ¡Oh, Dios mío! (dijo.) ¡No riñamos por eso!

Y enjugando sus lágrimas, se puso alegremente en marcha, apoyándose más fuertemente en el brazo de Felipe, é imitando á pesar suyo, mientras hablaba, por su instinto de actriz, el dulce balanceo de cabeza que había visto en la jovencita del pabellón.

Habían vuelto á su conversación jovial, ardiente y expansiva, confiándose, como dos escolares que se encuentran en vacaciones, sus gustos, sus simpatías y sus entusiasmos sobre todas las cosas de este mundo.

Cuando Felipe la dejó en la calle Real, delante de la puerta de casa de su modista, la dijo:

— ¡Habéis notado que hemos hablado de todo...., excepto de amor?

— Sí (contestó la joven): le hemos olvidado. ¡Es lástima!

Y entró en el portal rápidamente.

Entonces Felipe sintió una pena horrible. Aquella encantadora, radiante y bien amada mujer desaparecía. Volvía á entrar en el torbellino, y París la recobraba. Es cierto que volvería á encontrarla; pero nunca tal como acababa de verla y de perderla; jamás tan cerca de su corazón, tan dedicada á él solo, tan completa, tan únicamente suya.

Todo había acabado para él; volvía á caer en el vacío, en la noche, en la nada. Estaba como esos pastores de la fábula, favorecidos un momento por una intimidad divina, á la que no pueden sobrevivir.

Exaltada hasta este punto su pasión, estaba bien dispuesto para hacer la primera locura que la ocasión le presentase, y en semejantes casos las ocasiones no faltan nunca.

Al día siguiente por la mañana, nuestro joven tuvo la idea de volver á emprender sólo el paseo que el día anterior había dado con Mary Gérald, volviendo al cementerio de Mont-Parnasse, y recorriendo toda la línea del boulevard, mientras recordaba con delicia las impresiones de la víspera.

Cuando llegó delante del pabellón del boulevard de los Inválidos, fué sorprendido al ver colgado de la verja un cartel, que decía lo siguiente:

Pabellón amueblado.

Se alquila.

Después de haber echado una mirada de curiosidad y llena de recuerdos al interior del jardín, iba á pasar, cuando una idea repentina le detuvo, haciendo subir la sangre á su rostro.

Vaciló, reflexionó algunos instantes, y finalmente se encogió de hombros, y se dirigió hacia la calle lateral, en la cual estaba la puerta de entrada del pabellón. Un portero de buen aspecto fumaba al sol delante de la puerta.

—¿Se alquila el pabellón?—preguntó Felipe.

—Sí, señor.

—Pero me parece que hace poco estaba ocupado... por un matrimonio joven...; creo.

—Sí, señor. Son los dueños... Un inglés y su mujer...; y les gustaba mucho vivir aquí...; pero la señora está un poco delicada, y se han ido á pasar un año á Italia.

—¿Entonces se alquilará por un año?

—Por un año, desde luego; pero tal vez pueda prolongarse el contrato, según las circunstancias.

—¿Puedo verle?

—Sí, señor.

El pabellón sólo contenía cinco ó seis piezas, todas de pequeñas dimensiones; pero amuebladas lujosamente y con un gusto exquisito.

Cuando hubieron acabado de visitarle, Felipe se informó, no sin enrojecer ligeramente, del precio que pedían.

—Diez y ocho mil francos (dijo el portero), pagados por adelantado, ó, por lo menos, lo correspondiente á los tres primeros meses.

Felipe recibía de su padre una pensión anual de siete á ocho mil francos; y aunque no estaba muy fuerte en aritmética, calculó, sin embargo, fácilmente que un alquiler de diez y ocho mil francos superaba á todos sus recursos.

En vista de esto, quiso reflexionar, y el portero tuvo la bondad de autorizarle para que reflexionara en el jardinito.

¡Ah! ¡no podía haber en el mundo lugar peor escogido para semejantes reflexiones!

Felipe veía aún sobre la finísima arena de las alamedas las huellas de los enamorados de la víspera. Recordaba la dulce escena del idilio que había llenado de lágrimas los bellos ojos de Mary Gérald. ¡Cómo resistir á la tentación de realizar el sueño que la había hecho llorar de envidia, de dar á la que amaba aquella sorpresa y alegría, de encerrarse con ella en medio de París en aquel retiro encantador, de trabajar allí á su lado, de confundir ambos en aquella hermosa soledad, en el seno de aquel ramo de

flores, sus amores, sus estudios y sus talentos!

Por fin, subyugado por tales pensamientos, se decidió á alquilar el pabellón; pero como aún no estaba completamente loco, y era siempre un hombre honrado, no acabó de decidirse hasta que estuvo bien persuadido de que tenía un medio asegurado para pagar el *terrible* alquiler de diez y ocho mil francos.

Felipe sabía que una obra que gusta en el teatro da al autor considerables beneficios; y como todo le hacía esperar un gran triunfo para la suya, y aun en el caso de que obtuviese sólo un éxito mediano, pensaba que le daría lo bastante para hacer frente á las obligaciones que contraía, tomó su partido, y pasó en seguida á la ejecución con aquella alegría que se expe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO
 BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES
 "PLAZA DE REVOLUCION"
 CARRERA 1025 MONTERREY, MEXICO

rimenta en la edad de la fuerza y el vigor al echarse en brazos de una aventura peligrosa, y, sobre todo, en la que el amor está en juego.

Se dirigió en compañía del portero á casa de un notario de la calle de la Universidad, donde firmó el contrato de arrendamiento, después de previas explicaciones y de verificar el anticipo pedido.

El joven resolvió no asistir aquella mañana al ensayo, y consagrar á su instalación el resto del día. No tenía que trasladar de la habitación amueblada que había ocupado hasta entonces, más que un ligero mobiliario de su uso particular, que, con la ayuda de su criado, fué operación de un momento. Estos detalles le ocuparon, sin embargo, hasta la noche, y cuando, por fin, hubo tomado plena posesión de su

pequeño palacio, encontrándose en él, dueño y soberano, su fiebre desapareció, y mientras tomaba el fresco en su jardinito, tristes pensamientos comenzaron á atravesar por su imaginación como una bandada de pájaros fúnebres.

¿Qué sucedería si por casualidad la señorita Mary Gérald no participaba de su entusiasmo por la clase de vida que él acababa de organizar bajo un pie tan oneroso? ¿Y si rehusaba su concurso, si le dejaba solo en aquel rincón del edén? ¿Si le acogía con desprecio, con indignación? ¿Si se burlaba de aquel proyecto que había llevado á cabo con tanta ligereza?... Porque, después de todo, ¿sobre qué basaba aquel hermoso edificio que él había edificado con tanto trabajo? Sobre algunas palabras escapadas al más inconstante de los

seres—á una mujer—y á la más inconstante de las mujeres—¡á una cómica!

¿Cómo, por otra parte, y en qué términos podría hacerla conocer sus proyectos, dirigirla una proposición tan atrevida?... ¡No se atrevería nunca!

En resumen: antes de la noche, Felipe había sacado en conclusión, que había cometido un acto de pura demencia, del cual no tendría más remedio que llegar á arrepentirse.

Con estas reflexiones se durmió tarde, y cuando despertó al día siguiente, los pájaros cantaban entre las lilas del jardinito, y el sol sonreía sobre la verde alfombra de musgo; el alegre París madrugador, se movía ya en los largos y limpios boulevards.

Todo esto era capaz de animar á cualquiera, como animó á Felipe, que, volviendo á recobrar su alegría juve-

nil, almorzó con apetito, y después se fué al ensayo.

Mary Gérald llegó al teatro casi al mismo tiempo, y en cuanto le percibió entre bastidores, se dirigió hacia él.

—¿Por qué no habéis venido ayer? (le preguntó bruscamente.) ¿Habéis estado enfermo?

—No (contestó Felipe); pero estuve ocupado con mi mudanza.

—¡Ah! (dijo la joven con distracción.) ¿No vivís ya en la calle de Beaume?

—No. Supe ayer que el pabellón del boulevard de los Inválidos se alquilaba, y... le alquilé.

—¿Cómo! (dijo Mary Gérald abriendo sus grandes y asombrados ojos.) ¡Eso no es posible!... ¡Qué idea!... ¿Y para qué?

—Porque me gusta todo lo que os place.

Mary Gérald, que tenía nobleza de sentimientos, y se había formado, por su franca conversación de la víspera, una idea bastante exacta de la situación de la fortuna del joven, tuvo un movimiento de violenta contrariedad. Sus cejas se fruncieron, y mirándole frente á frente, le dijo:

—¡Estáis loco!.... ¡Os aseguro que estáis completamente loco!

Aquel día la joven actriz no ensayó bien, y recitó su papel con aire de distracción y de fastidio.

Cuando terminó el ensayo, volvió á decir á Felipe, mientras se ponía el abrigo:

—Habéis hecho una verdadera locura....; pero, en fin, eso no le importa á nadie más que á vos.

—Perdonad (dijo Felipe con energía); no os pido nada. He querido tener el gusto de vivir allí algún tiempo, y me parece que es un capricho que no tiene nada de ofensivo para vos.

—Hasta la vista,—dijo la joven secamente.

Y partió.

Aquella noche representaba. Felipe comió sin gana en un restaurant del boulevard; después paseó su fastidio durante dos horas entre la Magdalena y la Bastilla, y acabó por entrar en el teatro.

Mary Gérald había salido de escena, y Felipe fué á llamar á la puerta de su cuarto.

—¿Quién está ahí?

—Yo, Boisvilliers.

—¡Ah! No estoy visible, amigo mío; no estoy visible. ¿Qué hay? ¿Qué queráis?

—¡Oh! Nada.... Sólo quería daros las buenas noches.

— Pues bien : ¡buenas noches!—
gritó la joven á través de la puerta.

Y añadió con su armoniosa risa.

—¡Buenas noches, caballero del pabellón!

Felipe llegó á su hotel, atravesando los dilatados y desiertos barrios que de él le separaban. Su criado, que hablando con el conserje se había ya hecho su amigo, le recibió alegremente.

— Señor (le dijo) : habéis tenido una idea buenísima al veniros aquí.... ¡Esto es un verdadero paraíso! ¡Esto es magnífico!

— Me alegro que os guste tanto,—
dijo Felipe.

Apenas llegó á su cuarto, se arrojó sobre un diván, con el cuerpo abatido

y el alma y el corazón torturados, sintiendo á la vez, con toda la fuerza, con todo el ardor de su edad, las angustias de los desengaños, de las humillaciones, de las inquietudes, y, más aún que esto, los terribles sufrimientos que causan los desdenes de una criatura adorada.

Era muy tarde, cerca de las dos de la mañana, cuando el ruido de una discusión en voz baja que parecía tener lugar en la escalera, le sacó de estos dolorosos recuerdos; después que se apagó el murmullo de las voces, creyó oír un ligero ruido como de pasos sobre la alfombra. La puerta se abrió: Felipe se puso en pie, y distinguió confusamente, á pesar de su turbación, la fantástica sombra de una mujer. Un segundo después, y antes que hubiera podido reconocerla, Mary

Gérald estaba arrodillada ante él, con los ojos levantados y las manos juntas, diciéndole con la sonrisa en los labios:

— ¡Aquí estoy!

Mary Gérald no era una de esas mujeres cuya posesión había. Hermosa, elegantísima, era, no sólo por esto, sino por su profesión, por su talento, codiciada, envidiada lo suficiente para tener siempre el corazón de un amante ilusionado, inquieto, intranquilo. Aunque amara, aunque se hubiera entregado por completo á una pasión, á un capricho, no dejaba de ser la comediante, el ser idolatrado, festejado cada

V. UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO CASTRO"
Apto. 1825 MONTERREY, N.L.

Gérald estaba arrodillada ante él, con los ojos levantados y las manos juntas, diciéndole con la sonrisa en los labios:

— ¡Aquí estoy!

Mary Gérald no era una de esas mujeres cuya posesión había. Hermosa, elegantísima, era, no sólo por esto, sino por su profesión, por su talento, codiciada, envidiada lo suficiente para tener siempre el corazón de un amante ilusionado, inquieto, intranquilo. Aunque amara, aunque se hubiera entregado por completo á una pasión, á un capricho, no dejaba de ser la comediante, el ser idolatrado, festejado cada

V. UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍ"
Apto. 1625 MONTERREY, N. L.

vez más por el público, y á quien una pléyade de adoradores cosmopolitas, cada día distintos, seguía siempre que cruzaba el boulevard de los Inválidos, acompañándola como un enjambre de hormigas que desaloja su vivienda. Había, pues, para Felipe rivalidades, sombras, inquietudes, que animaban su pasión y la hacían cada vez mayor.

Mary Gérald, por su parte, bañaba con delicia su corazón fatigado en la fuente fresca y relativamente pura de aquellos amores nacientes. Había tomado en serio aquel idilio encantador, y desempeñaba en él su papel con tanta sinceridad como Felipe; así es que quince días después les encontramos juntos, soñando eternizar este poético episodio de su vida.

Acababan de almorzar y se paseaban en el jardín: hacía una mañana

magnífica, y todo les sonreía, hasta la primavera, que merecía aquel año su antigua reputación, tan á menudo usurpada. Mary Gérald, arrancando de cuando en cuando tallos verdes que mordía con sus menudos y hermosísimos dientes, comunicaba á Felipe sus planes para el porvenir con unos ademanes tan dulces, tan tiernos, que, siendo hechos por aquella bellísima artista, constituían la más encantadora de las coqueterías.

—¿Me juráis que no escribiréis más que para mí?

—Os lo juro.

—¿Siempre? ¿Aun cuando lleguéis á ser un hombre conocidísimo?

—Siempre; aunque llegue á ser el mejor de los autores.

—¿Y cuando envejezca me olvidaréis?

—¡Nunca, jamás!

—¿Por nadie?

—¡Por nadie!

—¿Y entonces querréis retiraros conmigo al campo?

—Aunque sea ahora mismo, si así lo deseáis.

—No....; pero oid al oído un secreto, amor mío.... ¡Os amo!

En el momento en que Mary Gérald murmuraba al oído de Felipe estas ternezas, la criada se presentó repentinamente ante ellos muy emocionada.

—Señor (dijo sofocadamente): está ahí vuestro padre.

—¿Mi padre?—dijo Felipe, palideciendo.

Este incidente, fácil de prever, y que debía haber presentado, recordando algunas frases de las últimas cartas de su padre, le aterró, sin embargo, como

una catástrofe inmensa. Mary Gérald, por el contrario, agradablemente sorprendida, enmudeció, recordando la escena análoga de la *Dama de las Camelias*, imaginándose ser la protagonista. Creyó también que sería á ella á quien el señor de Boisvilliers deseaba hablar.

—No, señora (dijo la criada); es por el señor por quien ha preguntado.

En el mismo instante, el señor de Boisvilliers apareció, dejando ver su gran estatura en la puerta del salón, y avanzó con paso mesurado hacia una ventana abierta sobre el jardín, al cual miró. Mary Gérald se inclinó ligeramente, y él la devolvió el saludo con una grave cortesía, marchando luego hacia el centro del salón.

Felipe entraba en aquel momento, y, cerrando la puerta, se dirigió á abra-

zar á su padre, cuando éste le detuvo con un gesto:

—Perdonad (le dijo); pero ¿en casa de quién estoy?

—Padre mío, estáis en mi casa.

—¿Habéis, pues, por lo que veo, heredado á alguien sin que yo lo sepa?

—replicó el señor de Boisvilliers.

—Os comprendo, padre mío; pero sólo he alquilado esta casa por un año, y estoy seguro de poder pagar su alquiler con los rendimientos que me produzca mi drama, que creo no es ya un secreto para vos: se va á representar muy pronto.

—¿Y si vuestra obra no gusta?

—Padre mío, todos los que la han oído están persuadidos de que gustará.

—Felipe, contraer una deuda que no se tiene la absoluta seguridad de poder pagar, es deshonorarse: ¿lo oís bien?

¡Mancháis nuestro nombre! ¡Es una dicha que vuestra madre haya muerto! ¡Adiós!

Y el rígido y recto anciano salió rápidamente del salón, y luego del hotel.

Mary Gérald, que observaba atentamente, le vió á través de la verja salir del jardín, subir al carruaje que le había llevado, y comprendió, por sus ademanes, que la escena que acababa de pasar debía haber sido tan penosa como corta. Se apresuró á reunirse con Felipe, á quien encontró sollozando y con la cabeza entre las manos.

—¿Qué ha pasado? No seáis tan niño....; creí que teníais más valor,— le dijo.

—¡Valor! (replicó Felipe sollozando aún.) ¿Y qué valor queréis que tenga contra estas cosas? ¡Mi padre me ha dicho cosas horribles!

—¿Qué os ha dicho? Vamos; decídmelo, amigo mío.

—¿Podréis creer que ha supuesto que vivía aquí á vuestra costa?... ¡Mi padre juzgarme capaz de tal infamia...; mi mismo padre!

Y tuvo un nuevo acceso de dolor.

Mary se arrojó á sus pies, tomó sus manos, besándolas apasionadamente, y deslizando en su oído mil y mil ternezas, logró á los pocos instantes calmar su dolor; y aun le hizo sonreír, diciendo:

—Eso no vale nada.... Tened un poco de paciencia, que falta os hace; dentro de quince días se habrá representado vuestra obra, y os aseguro que entusiasmará á todo el mundo, y nuestro mismo padre vendrá de su pueblo exclusivamente para verla, y llorará de alegría abrazándome...., ya lo veréis.

—¡Oh, sí, tenéis razón! (respondió Felipe, acabando de sacudir su tristeza.) Estas son pruebas comunes á la vida de todos los poetas y artistas. Sin estas contrariedades, ¡sería tan hermosa!

Á los pocos instantes se fueron juntos al teatro, adonde les llamaba la hora del ensayo.

Aquel día Felipe escuchó su obra con más atención y recogimiento que nunca; porque comprendió bien los grandes intereses que estaban unidos al destino de *Fredegunda*. La estimación y el cariño de su padre, la opinión de sus amigos y la de las gentes cuyos círculos frecuentaba, su buena reputación, su honor, tal vez su amor, ¿no estaban ligados con aquella terrible batalla que iba á librar al cabo de algunos días? Felipe no estaba en

aquella disposición de espíritu en condiciones para juzgar su obra; los versos llegaban á sus oídos como vagos murmullos, sin cadencia ni sonoridad. Le parecía que resonaban en aquella sala tenebrosa y vacía como las letanías de los muertos.

Cuando contó estas siniestras impresiones á Mary Gérald:

—Dejadme (le dijo); vuestra obra es magnífica, y vos también. Lo que falta es el público.

Estas palabras le tranquilizaron; pero lo que le tranquilizó aún más, fué la agitación cada vez mayor que se notaba en París, á medida que el día de la primera representación de *Fredegunda* se acercaba. Esto le parecía un presagio feliz. Los periódicos excitaban cada vez más la curiosidad pública respecto á esto, haciendo bio-

grafías del joven autor, y citando las partes más interesantes de su obra. Describieron las principales decoraciones, y detallaban los trajes y los peinados de Mary Gérald; alababan al director Lafosse por haber descubierto un joven que tan buenas disposiciones tenía, y por su generosidad al proporcionarle todos los recursos para representar fastuosamente su primera obra.

Aturdido, en vanecido con todas aquellas demostraciones que le enaltecían, preocupado con las correcciones de última hora y con las entrevistas para que la generalidad de la prensa le fuera propicia; molesto por el sinnúmero de peticiones de billetes con que le asediaban, Felipe no tardó mucho en no poder reflexionar y en abandonarse por completo á la fiebre, al placer de aquella aventura.

La misma Mary Gérald era víctima de esa febril agitación que se apodera de los artistas dramáticos en vísperas de sus grandes batallas. Tan pronto se encontraba animada y presentía una gran victoria, desbordándose su alegría, como repentinamente, y sin motivo alguno, sentía abatimientos terribles.

—¿Sabéis una cosa? (dijo Mary un día á Felipe.) Hay momentos en que nuestra pieza me parece completamente estúpida.

En medio de todas esas emociones preliminares, llegó por fin el día solemne.

No había habido ensayo general, pues Mary Gérald había querido reservar para la representación todo el esplendor de sus lindísimos trajes.

Por la mañana Felipe había ido á

casa del fondista Brébant á encargarse de la cena con que pensaba obsequiar á la terminación del espectáculo á los artistas que iban á interpretar su obra. Fué luego á la calle de Castiglione á elegir ramos para las actrices, y, estando satisfecho por haber cumplido á su gusto sus deberes de hombre galante, pasó el resto del día paseando por el jardín, mientras que Mary Gérald tenía con su costurera una última y suprema entrevista.

Un poco antes de las ocho, se dirigió al teatro, vestido de frac y corbata blanca, tan pálido como puede estarlo un ser vivo. Subió al escenario, adonde el gas iluminaba los jardines de una ciudad merovingia, siendo saludado por los semblantes alegres de los empleados del teatro y de los encargados de ayudar á vestir á los

La misma Mary Gérald era víctima de esa febril agitación que se apodera de los artistas dramáticos en vísperas de sus grandes batallas. Tan pronto se encontraba animada y presentía una gran victoria, desbordándose su alegría, como repentinamente, y sin motivo alguno, sentía abatimientos terribles.

—¿Sabéis una cosa? (dijo Mary un día á Felipe.) Hay momentos en que nuestra pieza me parece completamente estúpida.

En medio de todas esas emociones preliminares, llegó por fin el día solemne.

No había habido ensayo general, pues Mary Gérald había querido reservar para la representación todo el esplendor de sus lindísimos trajes.

Por la mañana Felipe había ido á

casa del fondista Bréban á encargarse de la cena con que pensaba obsequiar á la terminación del espectáculo á los artistas que iban á interpretar su obra. Fué luego á la calle de Castiglione á elegir ramos para las actrices, y, estando satisfecho por haber cumplido á su gusto sus deberes de hombre galante, pasó el resto del día paseando por el jardín, mientras que Mary Gérald tenía con su costurera una última y suprema entrevista.

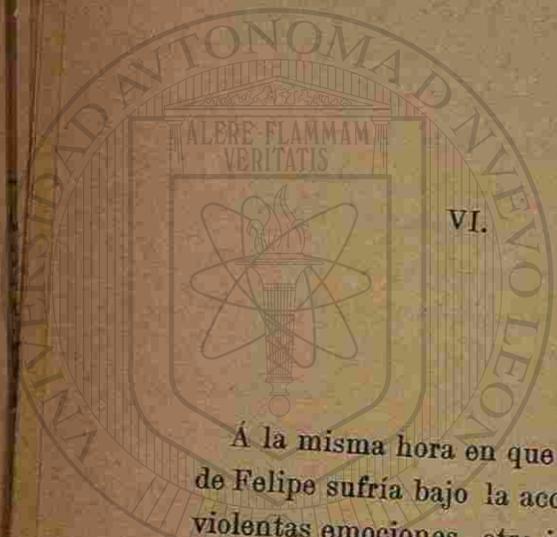
Un poco antes de las ocho, se dirigió al teatro, vestido de frac y corbata blanca, tan pálido como puede estarlo un ser vivo. Subió al escenario, adonde el gas iluminaba los jardines de una ciudad merovingia, siendo saludado por los semblantes alegres de los empleados del teatro y de los encargados de ayudar á vestir á los

artistas. Oyó á través del telón, corrido aún, crecer el murmullo producido por el público que iba colocándose en sus sitios respectivos, y aquel murmullo le llegó hasta el alma. Mary Gérald apareció por fin, deslumbradora de hermosura y entusiasmo, luciendo su flotante traje real, del que su doncella sostenía la purpúrea cola. Tendió su mano á Felipe, y sonrió alegremente; después hizo una señal al director para que mandara levantar el telón.

El director había reservado un palco para él y Felipe. Acababa éste de ocuparle y sentarse, cuando se oyeron los tres golpes reglamentarios. Repentinamente cesaron todos los murmullos, y el telón se alzó lentamente.

Es éste un minuto terrible. Desde aquel instante vuestra obra, vuestro

nombre, vuestra misma personalidad, no os pertenecen; pertenecen á aquella muchedumbre indiferente y burlesca que ocupa el teatro. No es posible retractarse; la fuga es imposible; estáis dentro del laminador, y tenéis forzosamente que pasar por él. Que notáis en vuestra obra, por una lucidez repentina, alguna falta, algún detalle ridículo; pues no podéis corregirlo: que echáis de menos la santa paz y la digna obscuridad de la vida de familia; pues es tarde, y nadie del mundo puede impedir que os juzguen inmediata y bulliciosamente: tenéis que sufrir el fallo, la risa ó el entusiasmo de aquella multitud temible, que es aquel día todo París, y al siguiente toda la Francia.



Á la misma hora en que el corazón de Felipe sufría bajo la acción de tan violentas emociones, otro joven corazón, á cien leguas de distancia, padecía iguales torturas. Era este corazón el de Juana de La Roche-Ermel. Á pesar del silencio absoluto que se había guardado por su familia del estreno literario y dramático de su primo, Juana se había enterado, por las indiscreciones más ó menos maliciosas de

sus vecinos, y porque, interesándola todo lo que á su primo se refería, encontró medios de hacer que la dejaran periódicos, en los que se decía la hora y día en que el estreno había de tener lugar. Así es que sabía que su primo, del que jamás hablaba, pero á quien aún rendía un culto secreto, debía librar su primera batalla aquella noche. Estaba muy poco al corriente de las cosas del teatro; pero su viva imaginación la había hecho adivinar claramente la importancia y los peligros de aquella primera prueba. Por un sentimiento que dejaba por completo comprender su bondad, Juana deseaba para su primo un brillante éxito, á pesar de comprender que aquel triunfo no haría más que halagar y arraigar en Felipe aquellos deseos y ambiciones que le habían alejado de ella. Esta ge-

nerosa niña pasó todo el día, aun en medio de sus ocupaciones, con una ansiedad grandísima, que trató y consiguió ocultar. Por la noche su ansiedad se hizo aún mayor: necesitaba alguien á quien contar sus penas. Seguida de un antiguo criado, y bajo el pretexto de hacer una obra de caridad, atravesó, bajo el fulgor de las estrellas, la tranquila y apacible avenida que conducía del castillo al pueblecito de La Roche-Ermei. Había, á la entrada de dicho pueblecito, una capilla rodeada de rústicas y verdes tumbas. Juana entró en ella, y, arrodillándose en la obscuridad, pidió la pobre niña, con las lágrimas en los ojos, con toda su alma, por él y contra ella misma.

.....

 Volvamos á París. El director Lafos-

se se había reunido con Felipe en el palco, y, silenciosos y reconcentrando toda su atención, observaban los menores movimientos, las más pequeñas impresiones que se notaban en el teatro, con esa excitación nerviosa que toma la vista, el oído, los sentidos todos en semejantes ocasiones. El primer acto de *Fredegunda* fué escuchado sin entusiasmo, pero también sin hostilidad; y cuando Felipe preguntó á Lafosse con la mirada, después de bajar el telón, éste le respondió:

—El público está frío; pero no se ha portado mal para ser el primer acto.

Durante el segundo hubo un incidente desagradable: la claque, después de un monólogo de Chilperico, prorrumpió en aplausos, que fueron sofocados enérgicamente.

—El público está hostil,—dijo el director Lafosse.

Después salió del palco, al que no volvió.

En el acto siguiente, el público llegó á estar verdaderamente descontento: el murmullo de las conversaciones empezó á dejarse oír al mismo tiempo que la voz de los actores; en los intervalos en que reinaba silencio, era interrumpido por los bostezos de los descontentos. Felipe creía sentir el frío de un sudario que le envolvía poco á poco. Resolvió dar una vuelta por el teatro, para ver si encontraba allí un poco de confianza y de valor; pero no encontró más que semblantes inquietos, abatidos y hasta hostiles: los actores trataban de evitarle: los encargados de variar las decoraciones, los empleados, sonreían burlonamente á su paso. Va-

riando de pensamiento, no esperó á ver á Mary Gérald, y volvió á sepultarse en su fúnebre palco.

Los dos últimos actos fueron una verdadera derrota. Un drama merovingio, cuando no es sublime, está muy cerca de caer en lo grotesco. Llegó un momento en que Chilperico no podía abrir la boca, decir una frase, sin provocar ruidosas risas en el auditorio. *Fredogunda* no era, según la opinión del público, una obra sin valor literario; era peor, una pieza mal hecha, recargada de escenas y trozos líricos desprovistos de acción y de interés. El papel de Mary Gérald, hecho con un cuidado excesivo, era interminable, y hacía del drama casi un monólogo de cinco actos. En resumen: era una obra pesadísima, y sucumbía, además, bajo el peso de una reputación prematura:

se había hablado mucho de ella, se la había puesto por las nubes, y el mal humor del público fué proporcional á su decepción.

Cuando dijeron el nombre del autor, en medio de un horrible tumulto, mezcla de risas y silbidos, Felipe de Boisvilliers dejó su paleo y se dirigió al escenario: como un hombre cuya casa se quema y que corre precipitadamente á salvar lo que más quiere de ella, de igual manera Felipe, loco, delirante, subió las escaleras que conducían al cuarto destinado á Mary Gérald.

Desde la extremidad del corredor, que estaba lleno de gentes con tristes rostros, oyó gritar á Mary:

—¡Nadie! ¡A nadie del mundo quiero ver!

—¿Ni á mí?—dijo Felipe, presentándose.

—¡Ah! ¿Sois vos? (contestó Mary.)
¡Si lo deseáis!...

Luego, colocándose delante de un espejo y quitándose nerviosamente sus alhajas, sus pulseras, su diadema, y arrojándolas sobre un diván:

—Nos hemos equivocado,—dijo con áspera y violenta voz.

—¿No creéis que podrá repetirse la obra?—preguntó tímidamente el joven.

—Jamás; en toda la vida.

Hubo una pequeña pausa, al cabo de la cual Felipe dijo:

—¿Sabéis que debemos cenar todos reunidos?

—¡Cenar!.... No tengo ganas.

—¿De suerte que no pensáis venir?

—¡No, de ninguna manera! No tengo hambre.... ¡Dejadme, os lo ruego!

—Adiós, pues; hasta la vista.

—Adiós.

El joven salió del cuarto de Mary Gérald, y fué dando las gracias uno á uno á todos los intérpretes de su drama, y diciéndoles que los esperaba á cenar, á pesar del fracaso sufrido. Luego se dirigió á casa del fondista Bréban.

Como era de esperar, el principio de la cena, después de aquella derrota, fué embarazoso y triste. Sin embargo, esta tristeza, aumentada con la ausencia de Mary Gérald, fué desapareciendo por grados bajo la excitación producida por una buena comida, por el pimiento de los cangrejos á la bordalesa, por los vapores del champagne, y sobre todo por la galante cortesía de Felipe, que, repuesto de su primer estupor, se disponía á olvidar su de-

erota comiendo con gran apetito. El público había estado exigente para la obra; era necesario despreciarle, no hacerle caso, olvidando su fallo. Un actorcillo, que había hecho el papel de uno de los asesinos confidentes de *Fredegunda*, y que era un cómico de la legua, propuso y ejecutó una serie de gruñidos imitando al público, que, según él, estaba compuesto de todos sus acreedores. Las actrices aplaudieron golpeando sobre los vasos.

El cómico que había hecho el papel de Chilperico, que era lo que se llama todo un buen mozo, tomó entonces la palabra, y majestuosamente:

—Caballero (dijo, dirigiéndose á Felipe): tengo bastante experiencia, y puedo deciros ahora, y ya os lo hubiera dicho hace algún tiempo, si hubiera tenido el honor de conoceros más....,

y podéis creer que lo deploro amargamente....

—Adelante. Vamos, acaba, acaba,—gritó el actorcillo.

—Pues bien, caballero (continuó Chilperico); he aquí lo que voy á decir: hay tres cosas en vuestra obra....

—Hay cuatro,—añadió el actorcillo.

—Digo (continuó el gran actor) que en vuestra obra hay tres cosas....

—Cuatro, cinco, diez, veinte. Hay en ella un mundo de cosas (vociferó el de las interrupciones). Las cinco partes del mundo...., la rosa de los vientos, la....

Y levantándose, en el colmo de la exaltación, subió sobre su silla, y elevando un vaso:

—Señoras y caballeros (dijo: después se interrumpió, imitando el ruido de los silbidos): ¡chis!.... La obra....

¡chis!.... que hemos tenido.... ¡chis! el honor de representar.... ¡chis! ¡chis!, es del señor ¡chis! Boisvilliers de La Roche-Ermel.... ¡chis! ¡chis! ¡chis!....

Después de lo cual cayó sobre su silla, ebrio de alegría.

Esta necia bufonada, en que Felipe tuvo que tomar el partido de reir, coronó la fiesta.

Eran ya cerca de las tres de la mañana cuando el joven llegó al boulevard de los Inválidos en un coche de punto. Durante el camino, y en medio del desorden espantoso de su espíritu, una preocupación dominaba á todas las otras. ¿Encontraría en su casa á Mary Gérald?

Cuando entró, sus primeras palabras fueron:

—¿Está la señora?

—No, señor (respondió el portero): la señora no ha vuelto.

No podía creer en aquel cruel abandono. Quiso persuadirse á sí mismo de que algún incidente imprevisto la habría retenido, de que estaría algo mala, y habría permanecido en el teatro. En su tristura, se aferraba con obstinación desesperada á aquel corazón idolatrado, á aquella mano adorada, á la mujer encantadora, que era la única que podía sostenerle, animarle en medio de sus desventuras. Paseó largo tiempo por su habitación, deteniéndose á cada instante, escuchando, prestando atención hasta á los más pequeños ruidos.

Llegó el día: hasta entonces había sabido mostrarse sereno en medio de todas las decepciones, de todas las agonias de aquella noche; pero entonces, cuando el inhumano día apareció,

haciendo huir como vanos fantasmas sus últimas y adoradas ilusiones; cuando comprendió que su amor le había abandonado, que había naufragado como todo, desfalleció. Se escapó de su pecho un sollozo desgarrador, y vertió á mares las lágrimas más amargas de su vida.

Cuando pudo darse cuenta de su situación, los recuerdos fueron para él un suplicio. El desastre era tan grande, que con él, no sólo perdía á su amor, sino que también se creaba tantas dolorosas mortificaciones, tantas miserias é inquietudes de todas clases, que el pensamiento de no resistir á tales penas, á tales decepciones, cruzó como una sombra siniestra por su imaginación. Pero el suicidio, que nosotros creemos no es ni un acto de cobardía ni de valor, lo es, en nuestro

concepto, de debilidad; es la idea moral que sucumbe ante una lucha superior á ella, cuando las contrariedades, los dolores son muy grandes con relación á sus fuerzas y á su energía. Aunque Felipe estaba muy abatido, no lo estaba tanto que no tuviera valor para sentirse superior á la prueba que sufría, y para no olvidar el horror que su educación y sus principios de familia le habían inspirado al suicidio.

Quiso examinar en primer término su situación económica, pues su honor estaba comprometido desde el momento en que su obra no le producía ningún beneficio. Vió que el alquiler del hotelito, los muebles que para él había necesitado, los ramos, la cena y algunos otros accesorios, constituían un pasivo bastante considerable. En vista de esto, escribió

aquel mismo día á su padre en estos términos:

«Padre mío: Mi obra ha sido silbada; la mujer con quien vivía me ha abandonado, y debo veinte mil francos. Acepto resignado mis sufrimientos, que son grandes, en expiación de los que os he causado. Voy á cambiar de domicilio, renuncio á la literatura, y os ruego que seáis lo suficientemente bueno para que paguéis mis deudas.

»Os abrazo, padre mío, con el más cariñoso respeto.»

Fué él mismo á llevar esta carta al correo, y tuvo la curiosidad, al pasar por delante de los carteles, de ver si anunciaban la segunda representación de *Fredegunda*. Decían que había sido

suspendida por una indisposición de Mary Gérald.

Al día siguiente, recorriendo los periódicos, donde recogió más de un desengaño, supo que la joven actriz había satisfecho su deuda al director del teatro, y había partido para San Petersburgo, donde la llamaba una brillante contrata.

Al otro día, en compensación, recibió de su padre una carta, en la que le remitía una letra de veinticinco mil francos; pero en la cual ni siquiera firmaba, esperando, sin duda, antes de devolver á su hijo su confianza y amistad, á que hubiese adquirido méritos por medio de una reforma radical de su vida.

El joven le dió las gracias en algunas sentidas palabras, prometiéndole de todo corazón que se enmendaría.

Pero aunque libre de uno de sus más graves cuidados, Felipe permaneció largo tiempo aún herido por su doble desengaño, yendo á refugiarse á Saint-Germain, donde vivió una parte del verano, no pudiendo sacudir su tristeza, difiriendo de día en día el volver á continuar sus relaciones y estudios.

Corría el año de nuestra fatal guerra. En cuanto estalló, Felipe sintió que su alma despertaba á la actividad y al trabajo.

Hacia fin de Julio, el señor de Boisvilliers se informó de la resolución de su hijo por el siguiente billete:

«Padre mío: Acabo de sentar plaza en el segundo regimiento de zuavos por todo el tiempo que dure la guerra, y espero que aprobaréis mi conducta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 4147733
 1983

»Mañana, en Chalons, me reuniré á mi cuerpo.

»Ya os escribiré siempre que pueda.»

Desde aquel día, cinco meses mortales transcurrieron sin que el padre y el hijo recibieran ni una sola noticia el uno del otro.

VII.

El hambre ha rendido á Paris. La paz se ha firmado.

En la sala baja de una granja aislada, situada á algunas leguas del Mans, un joven está tendido en el lecho, cerca de una ventana. Se agita con el insomnio de una ardiente fiebre, y en cuanto cierra los ojos, extrañas visiones le importunan. Escenas tumultuosas de combates, violencias sanguinarias, á las cuales se mezclan de

»Mañana, en Chalons, me reuniré á mi cuerpo.

»Ya os escribiré siempre que pueda.»

Desde aquel día, cinco meses mortales transcurrieron sin que el padre y el hijo recibieran ni una sola noticia el uno del otro.

VII.

El hambre ha rendido á Paris. La paz se ha firmado.

En la sala baja de una granja aislada, situada á algunas leguas del Mans, un joven está tendido en el lecho, cerca de una ventana. Se agita con el insomnio de una ardiente fiebre, y en cuanto cierra los ojos, extrañas visiones le importunan. Escenas tumultuosas de combates, violencias sanguinarias, á las cuales se mezclan de

pronto fiestas de teatro, luces, mujeres, ruidos de aplausos y de silbidos. El joven pasa por su frente la mano que puede levantar, y mira al campo á través de los pequeños vidrios de la ventana.

Es de noche: se ve una inmensa explanada cubierta de nieve, destacando encima de ella las negras ruinas de algunos edificios destruidos; reina un silencio mortal, interrumpido á intervalos por los roncos ladridos de los perros que han perdido su albergue. ¡Este es el cuadro que presenta la tierra desolada de la patria!

¡Pobre Felipe! ¡Todo es sombrío á su alrededor! ¿Ha muerto su padre en aquel horrible desastre?... Si viviese, ¿cómo le habría abandonado tanto tiempo? ¿Cómo no había corrido á abrazar á su hijo, que tan valerosamente

se había batido? Sí, Felipe sabía que se había portado bien, que había expiado las primeras faltas de su juventud. ¿Por qué, pues, su padre le dejaba allí, solo, herido, y tal vez moribundo? ¿Por qué no venía? ¡Oh! ¡si él viesese; si llegase de un momento á otro!...

Ya viene, ya está cerca.... ha recibido la última carta de su hijo.... ¡Ay! La última solamente; pues, á través de aquellos tiempos de desorden, el recibir noticias era difícilísimo. Sin embargo, esta última carta no se perdió, aunque llegó quince días después de escrita. Por ella supo el señor de Boisvilliers que Felipe vivía, y que estaba en el ejército de Chanzy en el momento que éste iniciaba su retirada sobre el Mans.... ¡Cuántos combates después!.... ¡Cuántas muertes!....

El señor de Boisvilliers partió en seguida hacia el Mans, y tuvo la fortuna de encontrar á algunos compañeros de su hijo, que le dijeron que Felipe había quedado herido en medio del campo, á algunas leguas de allí. El anciano se puso entonces á recorrer la ruta seguida por el ejército, interrogando á las ambulancias noche y día, sin descansar un minuto, cuáles eran los puntos en que estaban situados los hospitales de sangre. En un pueblecillo, llamado Livry, supo que un joven oficial, herido en uno de los últimos combates, había sido recogido muy cerca de allí, y llevado á una granja, donde el médico del pueblo le había prestado sus auxilios; pero no pudieron decirle cuál era el nombre de aquel joven.

El alba iluminaba con su débil cla-

ridad la inmensa llanura cubierta de nieve. Una sombra cruzó súbitamente la ventana del cuarto ocupado por Felipe, cuyos ojos se dilataron desmesuradamente.

—¿No me engañan mis ojos?—murmuró.

La puerta se abrió en aquel momento, y el joven lanzó un grito de inmensa alegría.

—¡No! ¡No me engañaban!.... ¡Es mi padre!

—¡Sí...., querido hijo; yo soy!.... ¡Ven.... abrázame!.... ¡Cómo está tu herida?

—Bien....: no es nada.... un rasguño en el hombro. ¡Ah!; pero al veros me he curado.

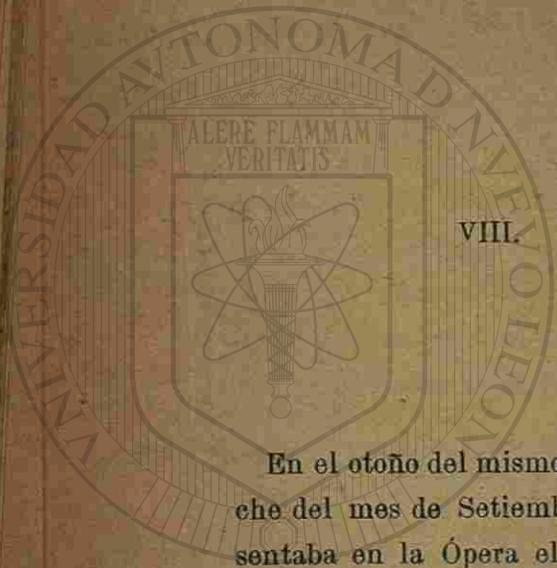
y muy elegante aún, á pesar de sus cuarenta y cinco años, interrumpió de pronto su conversación con la señora de Livernay, y dirigió sus gemelos con extraordinario interés á una de las butacas de orquesta.

—¡Pardiez! (exclamó.) Es mi valiente amigo.

Y al mismo tiempo se levantó con precipitación, y, cogiendo su sombrero, salió del palco.

—¿Por qué se va tan de prisa?—dijo la señora de Livernay á la señora de Talyas.

La joven y rubia Marquesa hizo con la mano y con la cabeza un gesto de suprema indiferencia, como una mujer que ha renunciado desde hace tiempo á penetrar los secretos de su marido. Sin embargo, después de un minuto de reflexión, levantó los ge-



En el otoño del mismo año, una noche del mes de Setiembre, se representaba en la Ópera el *Roberto*. La marquesa de Talyas, que era una joven rubia de extraordinaria hermosura, ocupaba su palco del día de moda, en compañía de su marido, de los señores de Livernay, sus primos, y dos amigos más.

Hacia el final del tercer acto, el señor de Talyas, que era un hombre alto

melos, fijando su objetivo en las primeras butacas de orquesta. Casi en seguida vió al señor de Talyas en animada conversación con un joven, que parecía manifestar viva sorpresa. Después cambiaron un apretón de manos, y el marqués de Talyas volvió á entrar en su palco.

— No me había equivocado (dijo alegremente): ¡es él, mi valiente salvador! ¡Estoy contentísimo con haberle encontrado!.... ¡Siempre tan simpático!.... ¡Le habéis visto, querida mía?

— ¡Pero de quién habláis? — preguntó la Marquesa.

— ¡De quién ha de ser! ¡Del joven del campanario!

— ¡Ah, ya! (dijo la marquesa de Talyas sin ningún entusiasmo.) Pero contad la historia á estas señoras, que,

como no comprenden nada de lo que pasa, os tomarán por un loco.

Todos los que había en el palco insistieron en conocer la historia del joven del campanario, y en el momento en que las almas culpables del *Roberto* salían en silencio de sus tumbas, el marqués de Talyas empezó su relato en estos términos:

— Ya sabéis que durante esta desgraciada guerra yo mandaba los móviles de mi departamento. Después de las jornadas de Orleans, quedó en cuadro mi batallón: yo procuré llenar sus bajas como pude, recogiendo los dispersos de todas las armas que venían á ingresar en nuestras filas, porque mi batallón tenía fama de estar bien organizado, aun en medio de aquel desorden.... Una mañana llegó, entre otros, un joven que había sentado pla-

za en los zuavos al principio de la guerra; su regimiento estaba prisionero en Alemania, y él se había salvado, no sé de qué manera, por Bélgica, viniendo á reunírseos al ejército del Loire.... Era un guapo chico, y me gustó en seguida por su buen aspecto y por su energía. Cuando estaba algo entusiasmado, con sus retorcidos bigotes, su kepis echado hacia atrás y sus ojos de fuego, me hacía pensar en aquellos distinguidos personajes de la corte de los Valois....; no le faltaban más que pendientes en las orejas. Tenía además otra cosa que me hizo quererle: siempre, estuviéramos donde estuviéramos, ya entre nieve, ya entre fuego, acostumbraba á arreglarse cuidadosamente las uñas todas la mañanas.... Esto me recordaba la frase de Darú á Beyle, durante la retirada

de Rusia: «¿Os estáis afeitando? Sois un valiente».

—Durante la retirada hacia el Mans, mi batallón se encontró un día en una posición bastante difícil. Sin entrar en explicaciones estratégicas que incomodarían á estas señoras, y que yo soy, por otra parte, incapaz de recordar, os diré, en dos palabras, que estaba apostado con mi batallón en un pueblo, donde debíamos sostenernos el mayor tiempo posible. Había colocado un grupo de mis hombres en las casas y los jardines, y yo me había atrincherado con el resto detrás de una fuerte barricada en la calle más ancha del pueblo. Enfrente de nosotros, y próximamente á la distancia de un kilómetro, había un bosquecillo, detrás del cual estaban los prusianos haciendo fuego sobre nosotros, y á los cuales

respondíamos como podíamos con nuestros fusiles de chispa y nuestro obús; pero como su ataque era débil y oíamos un fuego nutridísimo á nuestra derecha é izquierda, estábamos, tanto mis soldados como yo, muy inquietos. La campiña que ocupábamos se hallaba situada en bajo, y ocultada por un bosque de hayas que nos impedía ver lo que pasaba en nuestros flancos.... Yo buscaba un observatorio desde el que pudiera dominar algo el terreno. La iglesia del pueblo, en la que se apoyaba uno de los lados de nuestra barricada, estaba entonces en reparación, y se había dejado una escalera apoyada contra el muro. Me serví de ella para subir á una galería con balastrada que rodeaba el campanario á la altura de las campanas. Apenas estuve allí, vi que dos pueblos cercanos, que estaban

á nuestra derecha é izquierda, habían sido tomados, dejándonos completamente aislados: por los dos lados el enemigo venía hacia nosotros, al mismo tiempo que la tropa que teníamos enfrente salía del bosque iniciando su movimiento de avance. Habíamos caído en una red, y no nos quedaba más remedio que huir, si podíamos. Hice la señal convenida; sonó la corneta tocando retirada, y el batallón se replegó, retirándose á paso ligero hacia el bosque situado á nuestra espalda. Á pesar del pánico, mis soldados retiraban valerosamente su obús; pero al arrancarle de la barricada, en medio de aquel barullo, dejaron caer mi escalera á la calle, sin acordarse de que yo no había bajado aún; pues quería permanecer allí hasta el último minuto para tranquilizar á mis soldados.... Y, es claro, cuando fui

á bajar (y os aseguro que ya era tiempo), me encontré sin la escalera.... Llamé, grité....; pero el ruido de la pelea ahogaba mi voz, y mis soldados corrían como alma que lleva el diablo. ¡Estaba abandonado en lo alto del campanario!

—Hubiera querido veros, — dijo la Marquesa.

—Confieso (añadió el Marqués) que me encontraba en una situación muy crítica. Estaba en gran peligro, y lo peor del caso es que, á pesar del peligro en que me hallaba, me encontraba ridículo. Debía tener el aire de un polichinela sobre su escenario.... Afortunadamente, los prusianos no conocían mi situación, pues aunque me veían perfectamente, lo cual comprendí muy bien, creían precisamente por eso que el pueblo estaba aún ocupado....; pues si no habrían dejado de hacer fuego, lo

cual no hicieron, continuándole, por el contrario, más intenso que nunca, con objeto de destruirlo y ocuparlo inmediatamente.... Pensé poner mi pañuelo en la punta del sable para parlamentar. Esto me contrariaba...., pero no tenía más remedio que pensar en ello, cuando de pronto, oí que me llamaban en voz baja.

—» ¡Mi comandante!

»Miré, y reconocí á mi joven personaje del tiempo de los Valois.... Se había apercibido de mi ausencia, y volvía á buscarme.... ¡pero solo!.... ¡Se necesitaba valor!

—» ¡Mi comandante!

—» ¿Qué queréis, amigo mío?

—» No podéis permanecer ahí.

—» ¡Pardiez! ¡No he tenido más remedio que hacerlo! Han tirado la escalera.

»El joven lanzó una exclamación bastante poco parlamentaria.

—»¿Y no podéis bajar por el interior de la iglesia, mi comandante?

—»¡Imposible! ¿A no ser que baje montado en una campana.... Vamos; gracias, hijo mío; salvaos; no esperéis más tiempo.

—»¡Esperad un poco! — me gritó.

»Al mismo tiempo, le vi saltar por encima de la barricada, y disponerse á levantar la escalera.... Levantar una escalera de aquel tamaño, era para un hombre solo, aún en circunstancias ordinarias, un trabajo muy difícil; pero cuando era preciso hacerlo bajo un fuego nutridísimo, os juro que era un hecho heroico.

»Entretanto, los prusianos se presentaban ya á la entrada de la calle, haciendo algunas descargas de me-

tralla contra la abandonada barricada, delante de la cual trabajaba el valiente joven.... Ya no pude contenerme más.

—»¡Huye, huye! (le grité.) ¡Vas á hacerte matar! ¡Vete pronto!.... ¡Me harán prisionero!

—»¡Pero si es que la iglesia está ardiendo, mi comandante!

»Era verdad. Una descarga de los obuses había prendido fuego á la armadura del tejado, que había empezado á arder rápidamente.... Al ver aquello, confieso que tuve miedo, y dejé obrar al joven....; por fin, después de un gran esfuerzo, consiguió levantar la escalera.... No tardé un segundo en bajar.... Estreché al joven en mis brazos, y le hice lanzar un grito.... Tenía un hombro medio deshecho. ¡Pobre joven! Pero era valiente como un león, de suerte que

conseguimos ganar el bosque, animándonos mutuamente.... Al día siguiente, como mi joven salvador estaba mal de su herida, encontré medio de esconderle en casa de unas pobres gentes, que me prometieron cuidarle....

»Pues bien: desde entonces no le había vuelto á ver.... Ignoraba su nombre, no sé si porque él no me lo dijo, ó porque yo le había olvidado.... Quise informarme después en casa de las personas á quienes yo se lo había dejado para que le cuidaran, y no lo sabían tampoco.... De manera que juzgad la sorpresa y el placer que habré experimentado al encontrarle ahora en medio de la Ópera.... Mirad, mirad su tarjeta.»

La Marquesa tomó la tarjeta, y leyó á media voz:

—«Felipe de Boisvilliers de La Roche-Ermel.»

—¡Ay, Dios mío! ¡Cuánto me alegraría verle de cerca!—dijo la señora de Libernay.

—Prima mía, alegraos (dijo el señor de Talyas). ¡Ahí le tenéis!...

Después de semejante prefacio, la entrada de Felipe Boisvilliers en el palco fué, como era natural, un triunfo. Hasta la marquesa de Talyas, que era muy poco expresiva, se levantó ligeramente y le tendió su pequeña mano, elegantemente enguantada hasta el codo.

—Celebro conoceros, —le dijo con una vaga sonrisa.

Felipe se sentó detrás de la Marquesa, y ésta se puso á interrogarle por encima del hombro.

—¿Habéis tardado mucho tiempo en curar de vuestra herida?

—Bastante, señora. He ido con mi padre á pasar tres meses á Cannes, para acabar de restablecerme.

—¿Pero ahora estáis ya bien del todo?

—Completamente bien, señora.

—Según eso, nos veremos á menudo este invierno, ¿verdad?

—¡Señora!....

—Ya sois casi de la familia.... El haber sido hermanos en la batalla, es un vínculo....

—¡Señora!....

—Caballero (dijo á su vez la señora de Libernay, que era una hermosa mujer, morena y de ojos ardientes): también yo soy de la familia, y os ruego que os acordéis de ello mañana por la noche, que nos reuniremos en casa

unos cuantos amigos...., de confianza, por supuesto.... Si estáis ya lo bastante fuerte para bailar...., ó aunque no bailéis...., siempre seréis muy bien recibido.

—Mil gracias, señora.

El entreacto iba á terminar, y el Marqués quiso acompañar á su amigo hasta la butaca. Cuando volvió á entrar en el palco encontró á todos los que allí había, ocupados en comentar las proezas de su joven amigo, á excepción de la Marquesa, quien, como ya hemos dicho, era muy poco expresiva.

Felipe de Boisvilliers, después de su estancia en Cannes, volvió á instalarse en París, donde el drama terrible de los acontecimientos había hecho olvidar su mal suceso literario, y donde se creía, por otra parte, rehabilitado

ya completamente á los ojos de sus amigos por su buena conducta durante la guerra.

Su padre aventuró una tímida tentativa para llevarle con él á Boisvilliers; pero Felipe le preguntó, enrojándose, si su prima Juana estaba ya casada, viéndose precisado el señor de Boisvilliers á contestar que no; por lo cual el joven persistió en su proyecto de volver á París para prepararse allí á los exámenes del Consejo de Estado.

—Os aseguro, hijo mío (dijo el señor de Boisvilliers), que vuestra aversión hacia la pobre Juana es una manía, pues es una muchacha que á todo el mundo le gusta.

Pero esta insinuación no impresionó á Felipe. Su antipatía por su prima, ligándose á sus profundas impresiones de la infancia, cuya fuerza era tan per-

sistente, no había disminuído ni con el tiempo ni con la ausencia.

Esta pequeña escaramuza no alteró en nada la perfecta reconciliación entre el hijo y el padre, quien desde aquel momento no dejó pasar nunca más de tres meses sin ir á ver á Felipe.

Era la segunda vez que desde su estancia en París asistía el joven á una representación de la Ópera, cuando se encontró con su antiguo comandante, y, ¡cosa extraña!, Felipe había ido allí aquella noche atraído por el deseo de volver á ver á la marquesa de Talyas, cuyo nombre ignoraba; pero cuya belleza singular le había llamado la atención el lunes anterior; pues las heridas recibidas, tanto en la guerra como en amor, no habían calmado en nada su ardiente sangre, y el joven y heroico soldado conservaba en

todo su vigor las románticas disposiciones que habían distinguido tan eminentemente al autor de *Fredegunda* y al enamorado de Mary Gérald.

A pesar de su temperamento apasionado, se comprende bien que su admiración por una mujer á quien sólo había visto una vez en el teatro, no podía haber tomado aún el carácter de una pasión seria; sin embargo, entre las sensaciones halagüeñas que Felipe recogió en el palco de la Marquesa, no dejó de experimentar alguna contrariedad al reconocer en aquella hermosa rubia, que tanto le había llamado la atención, la mujer del hombre á quien había salvado la vida, y al cual debía un servicio parecido. Felipe se consoló con la idea de que en adelante sería de la familia, como le había dicho la Marquesa, y, por consi-

guiente, la miraría como á una hermana, y no le desagradaba tener una hermana tan hermosa.

Al día siguiente, por la mañana, Felipe recibió la visita del marqués de Talyas, cuyas francas maneras y generosa cordialidad le llegaron al alma.

Cuando por la noche encontró á la Marquesa en casa de la señora de Libernay, procuró hacerse á la idea de que debía mirarla bajo un punto de vista exclusivamente fraternal; pero la joven no tenía el aire de una hermana, sino el de una ninfa, el de una diosa, el de una Marquesa, el de la amante de un rey, y el de una refinada parisién sobre todo; pero de ninguna manera el de una hermana.

La Marquesa tenía entonces veintiocho años. Sus hombros finos y sonrosados, su pura frente, sus cabellos de un

rubio ligeramente castaño, y su sonrisa casi ingenua, la hacían aparecer de sólo diez y seis. Pero, por un extraño contraste, su mirada, que revelaba malicia, era la de una mujer que tiene mucha experiencia, y había en ella tal expresión de energía, de atrevimiento y de dureza, debida á que sus ojos despedían una claridad azulada y metálica como la del acero, que subyugaba é imponía. Estaba, además, la Marquesa admirablemente formada, y como lo sabía, llevaba siempre, tanto al baile como al teatro, su busto desnudo y un poco inclinado hacia adelante como en ofrenda. Muchas veces parecía negligente, cansada y medio escondida en su palco; pero cuando se levantaba, se veía que todo aquello no era más que apariencia, y que aquella mujer tenía la flexibilidad ondulante

de las razas felinas, así como también su gracia seductora. Montaba á caballo como una artista de un circo, con gran intrepidez, y podía estar todo un día de caza, y bailar en seguida hasta el amanecer del siguiente, sin demostrar la más leve fatiga, sonriente y alegre siempre como un niño que se divierte....; pero la Marquesa no se divertía tan fácilmente.

Felipe valsó con ella algunas veces, preguntándose cuál sería el alma de aquella estatua; pero creemos que antes de llegar á saberlo tendría que preguntárselo más de una vez. Entre tanto, el joven veía perfectamente que no era esta una reina de teatro como aquella que había amado en otro tiempo, sino una reina verdadera, con sangre azul en las venas, y de raza hasta la punta de las uñas.

La marquesa de Talyas hablaba poco, y casi siempre con tono displicente, y algunas veces con acento imperioso y duro. Era á menudo cruel.

Felipe fué á verla al día siguiente, y la Marquesa le presentó á su hijo, que tenía siete ú ocho años. El niño era muy hermoso, y venía acompañado de un aya inglesa.

—Juan (dijo la Marquesa): aquí tienes al señor de Boisvilliers, que ha salvado la vida á tu padre: abrázale.

—¡Oh, ya lo creo!—dijo Juan lanzándose sobre Felipe con los brazos abiertos.

—¿No es verdad que es muy hermoso mi hijo? (replicó la Marquesa, abrazando al niño á su vez.) Pero ¡Dios mío! ¿qué te han puesto en la cabeza, Juanito?... ¡Señorita Mortimer!

El aya se aproximó, ruborizándose.

—¿Qué pomada ponéis á Juan?

—Mi pomada, señora.

—Pues bien, vuestra pomada infecta, señorita (dijo la Marquesa). Mirad, por gusto, señor de Boisvilliers, —añadió, posando su blanca mano llena de brillantes sobre los cabellos de su hijo.

Felipe se inclinó hasta casi tocar la cabeza de Juan.

—Yo no noto eso que decís...., sino que me parece que huele muy bien....

—¡Ya lo creo! Como que estáis oliendo mi mano,—dijo la Marquesa.

Felipe, que no estaba ya en el estado de la inocencia, tuvo al pronto una vaga idea de que aquella mano le había sido presentada con un poco de coquetería; pero al mirar la cándida sonrisa que jugueteaba sobre los labios

de la Marquesa, rechazó este pensamiento malicioso.

El Marqués le hizo quedarse á comer. Por la tarde, la Marquesa, á fin de probarle que realmente era de la familia, le rogó que tuviese una madeja de seda, que ella devanaba, para hacer los flecos de una pantalla de chimenea. Felipe estaba durante este tiempo sentado casi á sus pies, sobre un pequeño taburete, mientras ella le sonreía con su inocencia acostumbrada, lanzándole aquellas miradas duras y frías que formaban tan extraño contraste con su sonrisa.

La Marquesa, en seguida que terminó, se puso al piano, después de haber preguntado á Felipe si era aficionado á la música, rogándole, al decirle que sí, que volviera las hojas; luego, para distraerle y darle confian-

za, hojeó con él algunos álbums de fotografía.

Todas estas graciosas familiaridades eran evidentemente de parte de la Marquesa atenciones insignificantes, que creía deber al amigo de su marido, y que se las prodigaba con gusto siempre que Felipe iba á su casa; pero acompañadas de una especie de condescendencia forzada y de una indiferencia desdeñosa, que parecía contradecirlas; y en esta misma mezcla, sin que la Marquesa lo sospechase, había algo de picante y tentador, que confundía al pobre Felipe.

Hay ocasiones en que el honor está en huir, y nuestro joven tuvo ese difícil valor. Retardó sus visitas á la casa, y rehusó bajo diferentes pretextos dos ó tres invitaciones.

Esta conducta extrañó muchísimo al

Marqués, que hizo á Felipe afectuosos reproches, así como también á su mujer, acusándola de haber mortificado y alejado al joven con su frialdad y altivez.

La señora de Libernay recibía todos los martes, y Felipe, después de no haber asistido á su reunión en dos ó tres semanas, no tuvo más remedio que ir para no llamar la atención. La Marquesa se dignó invitarle ella misma para que bailara: después del vals le condujo á un saloncito separado, y, dejándose caer sobre un diván, le dijo con coquetería:

—Habéis hecho que me riñan.

—¿Cómo, señora?

—Vamos: sentaos aquí; no tengáis miedo.... Me han dicho que he sido muy adusta para vos.

—¡Por Dios, señora!....

—¿Os extraña? Y á mí también; pues yo me figuraba haber estado muy amable.

—Siempre, señora....

—Porque, en fin, ¿supongo que no esperaríais que yo iba á arrojarme á vuestro cuello?

—Señora, nunca he tenido más que motivos de agradecimiento por vuestra amabilidad....

—¡Vamos!.... ¡Callaos!.... Es verdad; es cierto que no he sido muy cariñosa con vos...., y lo he hecho á propósito.

—¡Señora!—murmuró Felipe, cada vez más confundido.

—Sí, porque no os creía tan formal y tan delicado como sois.... Oid; voy á ser franca con vos, señor de Boisvilliers...., demasiado tal vez.... Ya comprenderéis que no he llegado á mi edad

sin haber adquirido cierta experiencia.... ¡Bien triste en muchas ocasiones!... Pues bien: cuando me habéis sido presentado...., después de todo lo que ha pasado entre vos y mi marido...., me he dicho.... «He aquí un joven que por la fuerza de las circunstancias está llamado á venir á mi casa con la más grande intimidad.... Va á hacerme la corte.... Pues bien: hay que evitar esto.... Ha salvado la vida de mi marido....; y esto, no sólo no sería delicado, sino indigno....» ¿No es cierto?

—Señora, os juro....

—«Pues bien, es preciso evitarle la menor tentación de caer en esa falta....; es preciso tener mucho cuidado....» Esto me dije yo, señor de Boisvilliers, porque os creí un joven de corazón ardiente, apasionado, y de costumbres ligeras, como lo son en general;

pero, por el contrario, he visto que sois un joven tranquilo, respetuoso, honrado.... ¡Oh! ¡esto es otra cosa!.... ¡Podéis ser mi amigo!

Entonces la Marquesa extendió lentamente su brazo en su magnífica desnudez, y tendió la mano á Felipe.

—Mi experiencia (prosiguió, con una sonrisa de virgen); mi desgraciada experiencia, señor de Boisvilliers, me ha enseñado á desconfiar mucho de la amistad de los hombres.... ¡Oh, Dios mío! Nada hay más triste que creerse segura bajo esa intimidad fraternal, y ver de pronto á vuestro pretendido amigo cambiar de papel y entrar en campaña.... ¡Esto quita todas las ilusiones de la vida!....: y es lástima, pues si fueran ciertas, nada sería más dulce que esas buenas amistades...., sobre todo, para las muje-

res, que, tanto por instinto como por deber, son incapaces de otro sentimiento.... En cuanto á mí, hace tiempo que había renunciado á ese dulce consuelo.... Pero ahora veo que se presenta una ocasión que parece propia para realizar esta quimera...., si es realizable.... Vuestra amistad con mi marido, y por consiguiente conmigo, es de una naturaleza tan particular...., y, además, vuestro carácter tan excepcionalmente caballeresco, que sois tal vez el único caso á quien podría someterse á una prueba.

Felipe no se había atrevido nunca á pedir lo que la Marquesa acababa de proponerle; pero era lo que más deseaba en el mundo.

Establecidas bajo aquel pie amigable, sus relaciones con la Marquesa acabaron de encantarle, y cesaron de

inquietarle, pues pensaba que si por casualidad un día sus sentimientos llegaban á traspasar la medida prescrita, no podrían nunca ir muy lejos, estando sostenido y calmado por aquella amistad tan apacible, tan franca y tan leal.

Felipe dió las gracias á la Marquesa con emoción, y ambos se separaron grandes amigos. Desde aquel momento el joven creyó poder abandonarse con toda seguridad al encanto de sus relaciones con aquella encantadora mujer.

¡Pobre Felipe! ¡Estaba tan en seguridad para continuar sus propósitos, como segura hubiera estado su vida en el fondo de algún desierto con las garras de un león sobre el pecho!

La verdadera y pura parisién, en su completo desarrollo, es un ser extraor-

dinario. En el extraño torbellino de París, la niña es ya una joven, la joven es una mujer, y la mujer es un monstruo. ¡Un monstruo encantador y terrible! Con frecuencia es un cuerpo casto, pero siempre encierra un alma maliciosa y refinada. En medio del tumultuoso movimiento de París, en los salones, en los teatros, en las exposiciones de toda índole, todos los siglos, todas las civilizaciones pasan bajo sus ojos, iluminando su inteligencia: conoce las costumbres, las pasiones, las virtudes y los vicios, revelados y poetizados por el arte bajo todas sus formas...., y todo esto fermenta á la vez en su cerebro excitado: ella lo ha visto, lo ha adivinado, lo ha codiciado todo, y está al mismo tiempo hastiada y deseosa de sensaciones. Se conduce unas veces bien y otras mal, sin preferir lo

uno á lo otro, porque sueña con algo mejor que el bien, y peor que el mal....; así es, que esta mujer excepcional no está muchas veces separada del vicio más que por un capricho, y del crimen por una ocasión.

Tal era la marquesa de Talyas. Su marido, que era un hombre de honor, había pretendido hacer de ella una especie de matrona romana, y se alababa de haberlo conseguido. Tenía sobre este punto ideas originales, que le gustaba comunicar á sus amigos.

—Nosotros mismos depravamos á nuestras mujeres excitando demasiado vivamente sus pasiones, y no respetándolas bastante.... Ved los romanos...., y no puede decirse que fueran ángeles.... eran como nosotros; pero cuando tenían caprichos, amores poéticos y dramáticos, no mezclaban en ellos á

sus mujeres: tenían para esto hermosas esclavas griegas, á las que de antemano se las había educado para esto; en cuanto á sus esposas, las trataban como á santas, y resultaba que lo eran efectivamente.

En conformidad con estas teorías, el Marqués había observado siempre en su intimidad con su mujer la gravedad de una etiqueta española, guardando sus principales transportes para las esclavas griegas; pero la Marquesa dudaba que fueran buenas aquellas teorías, y aun se cree que no la agradaban absolutamente nada.

¿Había tenido amantes la Marquesa? Lo ignoramos; pero es posible que el mismo refinamiento de su imaginación y el desprecio que sentía por lo que no fuera extraordinario, la hubiesen preservado de todos esos amores

vulgares. Es cierto que se hablaba de dos desgraciados jóvenes á quienes había amado durante veinticuatro horas y á los que había hecho destinar después á consulados lejanos, no pudiéndolos arrojar al Sena; pero esto era un rumor que podía ser atribuido á la murmuración, pues la Marquesa tenía por enemigos á todos los hombres que había desdeñado y á sus envidiosas amigas.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que desde que la casualidad introdujo cerca de ella al joven que los relatos del Marqués le habían presentado hacía mucho tiempo bajo un aspecto tan seductor, tuvo la perversa tentación de hacer perder la cabeza á aquel caballeresco personaje. Esto le pareció al principio muy original y distraído; pero, al encontrar después una reserva

y resistencia que no esperaba, se apasionó locamente, sin dejar por eso de proceder con un frío método, como un buen táctico que sabe unir la ciencia á la inspiración.

En virtud del pacto de amistad que habían firmado, la Marquesa se propuso desde aquel momento dar prueba á Felipe de una absoluta confianza, que consistía en hacerse contar todos sus secretos, y en no decirle ninguno de los suyos.

Así es que pronto conoció toda la vida pasada del joven, sus amores con Mary Gérald, el enfriamiento de las relaciones con su familia, y...., lo que queríamos callar para gloria de nuestro héroe, hasta la historia de su prima Juana. ¡Era, en verdad, una falta grave divertir á aquella hermosa y burlona parisién á expensas de la po-

bre niña, de su aire provinciano y de su desgraciada pasión por su ingrato primo!.... No, esto no estaba bien; ¡pero la Marquesa se ponía tan seductora al escucharle con aquel aire cándido y curioso! Tenía una manera tan adorable de arrancarle sus más íntimas confesiones, diciéndole con sus ojos fijos en él:

—¿Y qué más, y qué más?

¿Qué llegaría á ser con todas estas inocentes confianzas de la buena y leal amistad? Se adivinará fácilmente. Felipe estaba locamente enamorado de su amiga, y sus sentimientos de honor se alarmaban más que nunca. Entonces el joven tuvo una extraña idea, que no dejó de alarmar á la Marquesa, en medio del placer que la causaba al mismo tiempo una situación tan violenta; pensó hacer la corte á la se-

ñora de Libernay, mujer hermosa y apasionada, y que no parecía mal dispuesta hacia él.

— ¡A Dios gracias, no había salvado la vida al señor de Libernay, y por este lado no tenía ningún escrúpulo extraordinario. Es cierto que no amaba á la señora de Libernay; pero, sin embargo, tenía para él ese atractivo singular que nos inspiran los íntimos de las que amamos.... ¡ Vivía cerca de la rosa, y tenía su perfume!.... Había en ella el acento, los giros de la conversación de la Marquesa.... Además, era hermosa, y Felipe se persuadió de que con un poco de constancia aquel entretenimiento sería posible y conveniente.

Empezó, pues, teniendo ya aquel proyecto, á mostrarse muy obsequioso con la señora de Libernay, lo cual no

pareció disgustar ni á ella ni á su marido; pero, en cambio, ¡cosa extraña y que asombró mucho á Felipe!, el Marqués pareció tener un gran disgusto al notar aquellos galanteos. Es verdad que la señora de Libernay era su prima; pero Felipe creía que llevaba demasiado lejos su vigilancia de pariente, y no encontraba justo el enfriamiento notable de las relaciones del Marqués hacia él. Esto le entristeció; pero, firme en su resolución, no abandonó por ello sus proyectos, hasta que un día la Marquesa le dijo:

— Amigo mío, estáis cometiendo una tontería.

— ¿ Por qué?

— Hicisteis una buena acción, y estáis á punto de echarla á perder, y de que no os la agradezcan.

— En verdad que no os comprendo.

—Oid; habéis salvado la vida á un hombre, y no creo que penséis luego en arrebatarle su mujer, ¿no es cierto? Pues bien....; lo que meditáis desde hace algún tiempo es lo mismo...., porque le sería igualmente desagradable.

Esta revelación imprevista, sobre todo siendo hecha por la Marquesa, hizo á Felipe olvidar al momento sus amores artificiales, y que se entregara por completo á su verdadera pasión con alguna experiencia más y algunos escrúpulos menos; porque desde aquel instante la Marquesa, no sólo era la mujer más encantadora, sino que era, además, una desgraciada, á quien sería dulce y casi legítimo consolar.

El Marqués no tardó en notar que el joven había abandonado sus proyectos amorosos respecto á la señora de Li-

bernay. Se lo agradeció, y le colmó nuevamente de amistosas atenciones. Le presentó en los círculos que frecuentaba, y le invitó á pasar quince días en familia en una propiedad llamada La Ruelle, que poseía cerca de Rambouillet, próximamente á una hora de París. La Marquesa tenía mucha aversión al campo; pero por complacer á su marido hacia cada año, durante la temporada de caza, una excursión al castillo de La Ruelle, en donde, según decía, se moría de aburrimiento durante un mes ó seis semanas; pero este año no tenía proyectos de aburrirse.

Los marqueses de Talyas se fueron á La Ruelle á principios de Noviembre, adonde al cabo de algunos días varios amigos, y entre ellos Felipe, se les reunieron. En la intimidad continua de la vida de campo, la Marquesa pudo

continuar con más actividad la cruel idea que había imaginado contra el honor y el corazón del joven Boisvilliers. El Marqués y la mayor parte de sus convidados pasaban casi todo el día cazando; pero Felipe, cuya reciente herida le obligaba á aguardar aún algunas precauciones, no podía tomar más que una parte moderada en aquellas fatigosas excursiones. Permanecía bastante tiempo entre las señoras, indignándose de ver entre ellas á la de Libernay, cuya presencia en el castillo le parecía un odioso ultraje á la Marquesa, que por su parte soportaba aquella injuria con dulce y encantadora resignación; encendiendo continuamente, bajo la disculpa de su pérfida amistad, el fuego en que había envuelto á Felipe, y en que ella misma se había envuelto. Muchas veces, du-

rante sus paseos solitarios por las avenidas del parque, en sus largas conversaciones, ó cuando éstas se interrumpían, al anochecer, en el ángulo de una lujosa habitación, Felipe estuvo muchas veces á punto de arrojar-se á sus pies. No era el honor lo que le detenía; las pasiones, cuando se tiene la desgracia de dejarlas seguir sus impulsos, acaban por esclavizarnos, y pervierten el sentido moral de tal suerte, que poco faltaba á Felipe para creer que era el llamado á vengar á la Marquesa de la traición de su marido. Lo que le detenía era el respeto á la que amaba; era el temor de ofenderla; era la fe inmensa que tenía en su candor, en su inalterable pureza.

El 29 de Noviembre era el cumpleaños de la Marquesa. El Marqués, que, aparte de sus galantes aventuras, era

lo que se dice todo un buen marido, tenía costumbre de celebrar con una pequeña fiesta este día. Invitaba á algunos vecinos, hacía bailar á las gentes del pueblo, y disponía que hubiera fuegos artificiales. Aquella noche, como de costumbre, los fuegos artificiales se habían colocado en un prado del parque, enfrente de las ventanas del salón principal. Todos los invitados del castillo, habiéndose levantado de la mesa y puesto sus paletots y sus pieles, se habían repartido entre el parque y el prado. Los hombres fumaban y las mujeres examinaban curiosamente las diferentes figuras de los fuegos. Cuando los primeros cohetes se elevaron silbando en el negro espacio, la Marquesa, sintiendo frío, entró en el salón, que estaba situado en el piso bajo, diciendo que vería los

fuegos por las ventanas. Y como pasara al mismo tiempo cerca de Felipe:

—Y vos también haríais muy bien en entrar, por causa de vuestra herida,—le dijo en voz baja.

Felipe la siguió al salón, y se puso á su lado en el hueco de una de las ventanas; pero el resplandor de las lámparas que alumbraban el interior del salón impedían ver los fuegos. La Marquesa rogó á Felipe que llevara las lámparas á la pieza inmediata. Obedeció, volviendo luego á colocarse á su lado.

Los fuegos artificiales continuaban, con pequeñas intermitencias, iluminando por intervalos con una luz fantástica el salón, que volvía luego á quedar en tinieblas. Había enfrente de la ventana, en el fondo, un gran espejo, en el que los fuegos se reflejaban

perfectamente. La Marquesa estaba al principio inmóvil y silenciosa; llevaba un magnífico traje de baile, con las espaldas desnudas, y tenía los brazos cruzados sobre el seno. Cada vez que se iluminaba el salón, su delicada figura aparecía destacándose en la obscuridad como la de una diosa. Á los pocos instantes, Felipe apenas la distinguía; la oía solamente respirar, como si tuviera el corazón oprimido. Cuando se voló el ramo, dejando caer á su alrededor una lluvia compuesta de diamantes, de rubíes y de esmeraldas, le pareció un instante bañada de una aureola extraña y como si estuviera rodeada de estrellas: después todo se extinguió.

Transcurrió un minuto, sin que ninguno rompiera el silencio; después Felipe sintió que la Marquesa se volvía hacia él.

—No veo,—le dijo en voz baja.

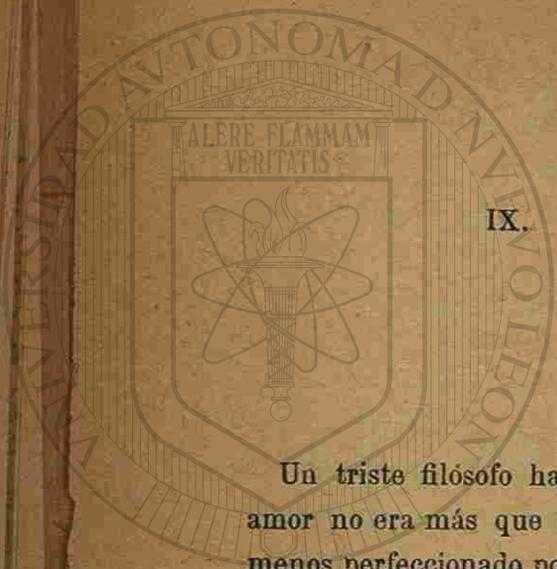
Felipe alargó una mano para guiarla; la Marquesa la tomó, y atrayéndole dulcemente, le cogió también la otra mano.

—¿No creéis que esta es la verdadera amistad?... Decid,—murmuró con voz apasionada, mientras que su aliento inundaba la cara del joven.

Esta fué la última vez que se pronunció entre ellos esta palabra.

de Boisvilliers, algunos meses después de la escena de los fuegos artificiales, estaba aún aturdido, loco y fascinado por su buena fortuna, hasta el punto de no sentir más que el placer del orgullo. Su aventura realizaba en toda su plenitud los sueños de su romántica imaginación. Aquel era el amor tal como el joven le había concebido, el amor poetizado hasta el último grado por la belleza y la distinción extremadas de aquella mujer encantadora, reavivado sin cesar por las dificultades y los obstáculos, embellecido por el misterio y dramatizado por el peligro.

La marquesa de Talyas guardaba en su alma un fondo de pasión que, largo tiempo comprimida, se extendía ahora como la ardiente lava. Amaba con locura á Felipe, y había entre las



IX.
Un triste filósofo ha dicho que el amor no era más que el deseo más ó menos perfeccionado por la literatura. Si esta máxima fuera cierta, resultaría que una pasión satisfecha es una pasión aminorada, y que, por último, llegaría á extinguirse en un tiempo más ó menos remoto. Esto daría que pensar á muchas damas; pero hay sin duda en esta cruel afirmación algo de absoluto. La prueba es que Felipe

maneras altivas y glaciales que usaba con todo el mundo, y el dulce abandono que tenía á los pies de su amante, un contraste lleno de los más liсонjeros halagos.

Teniendo por principio, como la duquesa de Longueville, que los amores sin cartas no son de gente elevada, exigió que Felipe la escribiese todos los días en que no podían verse, y el joven, que escribía bien, se prestaba gustoso á este capricho, sin reflexionar que en cada carta que escribía se jugaba la vida; pero experimentaba alguna satisfacción al obrar así, porque le parecía (sin razón) que arriesgando la vida salvaba el honor.

La Marquesa, que sabía muy bien que su marido no había de andarse en contemplaciones si descubría su infidelidad, recomendó á Felipe la pru-

dencia en sus relaciones con el Marqués, á quien por otra parte el joven no podía tratar con la misma cordialidad de antes, á no ser por un supremo esfuerzo de la voluntad. En cambio la Marquesa hablaba de esto con una naturalidad, que no dejaba de extrañarle un poco; y lo que más repugnaba al joven, era que en sus conversaciones particulares mezclara el nombre de su marido, que él evitaba cuidadosamente pronunciar. Pero las mujeres, sobre este particular, carecen de delicadeza y gusto.

Es de advertir que estas impresiones y estos escrúpulos, en lugar de debilitarse con el tiempo, en Felipe tendían á agrandarse, y á medida que se acostumbraba más á sus amores, se acostumbraba menos á sus remordimientos. También es de notar que su

sensibilidad sobre este punto pareció redoblarle después de un viaje de mes y medio que el Marqués hizo á Inglaterra, y durante el cual la Marquesa y Felipe habían podido verse más á menudo y más despacio. Desde entonces el joven sentía una repugnancia más viva que nunca en estrechar la mano del hombre honrado á quien engañaba.

Por una extraña fatalidad, el Marqués se unía á Felipe cada día más estrechamente, interesándose como un padre en sus estudios y en su carrera. Quería presentarle en sociedad, y como era un hombre de tan alta posición, no le era difícil introducir á Felipe en los salones, teatros y sitios donde se reunía la aristocracia, pensando que esto podría contribuir á hacer agradable la vida de un muchacho.

Todas estas bondades eran muy amargas para Felipe, avergonzando su natural honradez, olvidada tan sólo en un momento de loca pasión.

Un incidente inesperado vino á poner colmo á aquel justo suplicio.

Un día el Marqués había convidado á Felipe á comer con ellos en familia. El joven había observado que, durante la comida, el Marqués, su mujer y Juanito cambiaban señas misteriosas y sonrisas de inteligencia. Á los postres, Juan, á una mirada de su padre, se levantó con precipitación, y abriendo el cajón de una consola, sacó una gran carta, de apariencia oficial, que presentó á Felipe con aire de triunfo. Felipe, sorprendido, la abrió, y encontró en ella un título de la Legión de Honor, con algunas líneas cumplimentándole por su valiente conducta du-

rante la guerra. Al levantar los ojos, vió que el Marqués estaba en pie delante de él y que le tendía los brazos sonriendo. El joven se levantó, y abrazándole, dijo con voz sofocada:

— ¡Oh!.... ¡Gracias, gracias!.... ¡Sólo á vos debo este honor!....

— No, hijo mío (dijo el Marqués); le debéis á vuestros méritos...., y á mi mujer....; pues confieso que yo había tenido la ingratitud de no pensar en ello.... Pero ella me dió la idea...., y, es claro, no he tenido más que contar la historia del campanario...., y todo ha quedado hecho.... Pero, vamos.... ¿estáis contento?... ¡Oh, qué palidez!.... Mira, mira, querida mía.

Felipe se volvió entonces hacia la Marquesa, y la besó la mano, murmurando algunas palabras de reconocimiento.

Juanito, entre tanto, había vuelto á ir al cajón de la consola, y traía un pedazo de cinta encarnada de *moiré*.

— Vamos, caballero; poneos de rodillas ahí (dijo la Marquesa, separando un almohadón que tenía bajo sus pies). ¡Dame esa cinta, Juanito mío!

Y cogiendo la cinta, la pasó por el ojal de la levita de Felipe, arrodillado á sus pies, y la ató fuertemente con sus dos manos.

— ¡Bien! (dijo con su inocente sonrisa.) ¡Ya está armado mi caballero!

Y al mismo tiempo, como sus rostros se aproximasen, los ojos de la Marquesa le inundaron con su ardiente mirada.

Esta escena fué horrible para Felipe. Las mujeres, en cambio, que llevan tan lejos sus vicios como sus virtudes, se encuentran tan bien en la perfidia

como las serpientes en la maleza, revolviéndose en ella con una calma y tranquilidad que el hombre no puede sentir jamás. La superioridad de la Marquesa en el arte del disimulo, que es uno de los privilegios de su sexo, había muchas veces provocado el asombro y hasta la admiración de Felipe; pero en aquel momento no fué ciertamente admiración lo que le inspiró.

El joven celebró en lo íntimo de su alma poder explicar la profunda turbación de que fué presa toda la noche, pretextando el aturdimiento que le causaba una gracia y un honor tan inesperados.

Cuando entró en su casa, tuvo un acceso de verdadera desesperación. Aquella distinción que le concedían, siempre tan deseada y tan lisonjera, sobre todo á su edad, le llegaba por

manos que se la hacían casi odiosa. Se sentía envilecido por una recompensa, bien merecida, sin duda, pero que solicitada para él por el marido de su querida, le avergonzaba. El último velo de que la pasión había cubierto sus ojos cayó, dejándole ver en toda su indignidad su conducta hacia el Marqués.... ¡No era entre todos, aquel hombre el que cuyo reposo y honor debían haberle sido más sagrados?... ¡Habían sido hermanos en el combate, en el peligro, delante de la muerte le había salvado la vida, y había recibido de él igual servicio....! ¡y ahora le deshonraba!.... ¡Oh! Había en todo esto algo que traspasaba la medida ordinaria de las traiciones de este género; algo que violaba la buena fe, la lealtad, el honor en sus más íntimas, en sus más santas delicadezas.... ¡Al fin lo comprendía!.... Pero ¿qué

de La Roche-Ermel, por su próximo matrimonio con un vecino.» Felipe comprendió que estas últimas palabras tenían por objeto quitarle todo escrúpulo y toda vacilación respecto á su viaje, y se entristeció al pensar que su padre hubiera podido creer necesaria aquella precaución.

Se dispuso á partir en el primer tren de la tarde que saliera para Normandía, y no queriendo dejar á París sin haber informado á los Marqueses de los motivos de su brusca partida, corrió á su hotel antes de ir á la estación. Al recibir la noticia la Marquesa, pareció muy extrañada, y hasta inquieta: ¿habría cogido al vuelo algunos signos precursores de enfriamiento? ¿Imaginaba que aquel viaje era la primera tentativa de emancipación? No se sabe; pero lo cierto es que sus preciosas cejas

se fruncieron, y que, mirando á Felipe frente á frente, le dijo que le enseñara la carta de su padre. Felipe enrojeció, y fué á buscar la carta, y con aquel retardo se vió en la necesidad de esperar al tren de la noche para ponerse en camino.

Durante el viaje, su alma se absorbió toda entera en las inquietudes que le causaba la salud de su padre.

Por fin llegó á Boisvilliers en la mañana del día siguiente, y tuvo la dulce sorpresa de encontrar á su padre levantado ya, y no conservando más señales de su enfermedad que un poco de debilidad y de palidez.

El señor de Boisvilliers se disculpó cariñosamente de haber hecho venir á su hijo por tan poca cosa.

—Sin embargo (dijo), no debo arrepentirme, hijo mío, porque se nos

presenta una ocasión muy á propósito para poner fin á todos nuestros disgustillos de familia, puesto que el matrimonio de vuestra prima Juana con vuestro compañero de colegio, el joven Chaville, está concertado, y ya no hay ninguna razón de delicadeza que os aleje de ella ni de nosotros. Gracias al tiempo transcurrido y á las circunstancias actuales, podréis en adelante ver sin ningún reparo á la familia de La Roche-Ermel, y ver también á vuestro padre más á menudo, evitándole muchas incomodidades, pues esos viajes á París empezaban á fatigarme mucho.

Después de haber felicitado á su hijo por el nombramiento de la Legión de Honor y por el buen resultado de sus exámenes (pues Felipe era ya auditor en el Consejo de Estado), el señor de

Boisvilliers le encargó que no retardase su visita á los La Roche-Ermel, pues sería tanto más agradecida cuanto más pronta, y después de la cual, además, quedarían ambos más tranquilos, pues era este, fuerza es decirlo, un paso enojoso, aunque indispensable.

El señor de Boisvilliers sintió vivamente que su estado de debilidad le impidiese acompañar y animar á su hijo en aquel primer encuentro.

Después del almuerzo, Felipe se puso en marcha hacia el castillo de La Roche-Ermel, el que, si bien recuerda el lector, estaba situado á corta distancia de casa de Boisvilliers, uniéndose ambos por sus avenidas.

Por el camino, Felipe no dejó de preocuparse por la acogida que le harían, preguntándose al mismo tiempo con curiosidad qué clase de mujer iba

á encontrar en su prima Juana. Hacía entonces cuatro años que no la había visto, y en esos años habían pasado tantos y tan graves acontecimientos, que parecían haber duplicado su duración. Así es que recordaba vagamente á aquella pobre prima, triste objeto de sus rencores y de su repulsión desde que había nacido.... Tan pronto aparecía á su imaginación tal como la había dejado la última vez que la había visto en el locutorio del convento, colegiala adolescente de largas manos y de ancha cintura, con un delantal lleno de manchas de tinta, como la veía (tanto había envejecido la niña en su imaginación) con las facciones ajadas y la cofia de su tía Angélica Paula.

En medio de todas estas impresiones, Felipe estaba asombrado por el próximo matrimonio de su prima, pues

él no había pensado jamás que se casase, sino, muy al contrario, se había hecho á la idea de que había de seguir siempre muriéndose de amor por él; y el amor propio es cosa tan susceptible, que el joven no renunciaba á esta ilusión sin sentir cierto despecho. Conocía al joven Chaville, con quien Juana se casaba: era un muchacho vulgar, un aldeano.

— ¡Vaya un matrimonio!.... ¡Bonita pareja!....

Corrían los primeros días de Junio, y la mañana estaba radiante. Los olmos de las avenidas, de plateados troncos, presentaban al sol del mediodía sus altas copas engalanadas de nueva verdura; los vallados y los escarpados fosos representaban, entre los helechos y el musgo, un mosaico de frescos colores, sobre el que los suaves olores de

las primaveras amarillas, los jacintos y las violetas medio escondidas en sus verdes pétalos, se mezclaban á los aromas salvajes.

Las praderas y los bosques cercanos, animados con los ruidos de los insectos y los cantos de los pájaros, despedían aromáticos efluvios. Felipe se detenía de cuando en cuando para escuchar, para aspirar y para recordar.

Á derecha é izquierda de la avenida que seguía el joven, se veían cercas formadas de montículos de tierra, que servían para separar los distintos prados. Al pasar por uno de aquellos prados, Felipe no pudo menos de detenerse á admirar el cuadro que se extendía á su vista. Entre los mazanos en flor, sembrados aquí y allí, había una fina y espesa vegada de margaritas y de botones de oro. Algunas vacas ru-

miaban con beatitud en aquella gran dehesa.

Al aproximarse más Felipe, vió que había una mujer en medio del prado: al principio creyó que era alguna criada que iba á ordeñar las vacas; pero se acercó más, y vió que su traje y su aspecto eran más distinguidos.

Parecía absorta en la contemplación de una hermosísima vaca blanca y negra, que se distinguía entre todas por el lustre de su piel y lo limpia y cuidada que estaba; cualquiera, al mirar, hubiera dicho que la joven la estaba hablando; después se puso á coger algunas hojas frescas, y volviendo al lado de la vaca, le presentó las frioleras que para ella había recogido. Cuando el animal hubo terminado su delicada comida, á la cual había asistido la desconocida muy seria, ésta

le pasó dulcemente la mano por la cabeza, acariciando un momento su fina y lustrosa piel. Después se dirigió en línea recta hacia el vallado, detrás del cual estaba Felipe. Mientras andaba, se bajaba de cuando en cuando y hundía sus dos manos en la hierba, aún llena de rocío, luego las frotaba la una contra la otra, y las levantaba, agitándolas al sol como dos abanicos.

Cuando estuvo á corta distancia del vallado y apercibió á un desconocido que la examinaba con curiosidad, cesó de agitar sus manos, y enjugándolas con el pañuelo, prosiguió su marcha.

Felipe tuvo de pronto la idea de que se encontraba á algunos pasos de su prima Juana, á pesar de que no podía conciliar con sus recuerdos la apariencia exterior de la joven que se adelantaba hacia él. Aún no distinguía bien

sus facciones; pero su actitud, su postura, y, sobre todo, sus graciosos movimientos, le asombraban. Llevaba la cabeza muy erguida, y andaba con esa especie de dignidad que caracteriza á las razas puras; con la grave elegancia de las jóvenes griegas y de las hermosas bretonas. Llevaba un velo de blonda con grandes flores, que había echado sobre sus magníficos cabellos. Cuando estuvo muy cerca de Felipe, el joven reconoció súbitamente su rostro, que animaban dos hermosísimos ojos azules, en los que se retrataba la bondad y la ternura. Debía ser algo míope, porque á medida que se aproximaba, entornaba algo los ojos, mirando con aire de sorpresa y de descontento al joven que se obstinaba en mirarla tan atentamente. Felipe, muy turbado, la saludó inclinándose. Juana se de-

tuvo, y sus mejillas, de un moreno pálido, se tiñeron de vivo carmín: reflexionó un momento; después, en voz baja y medio interrogando:

—¿Sois mi primo el de Boisvilliers?—dijo.

—¿Sois Juana?—murmuró el joven.

—Sí, primo mío (replicó, Juana alargándole la mano por encima del vallado). Me alegro mucho de veros. ¿Cómo está hoy vuestro padre?

—Mucho mejor; mil gracias: iba á vuestra casa.

—¡ Ah! (dijo Juana.) Voy á guiaros. Y pasando de la pradera á la avenida, tomó al lado de su primo el camino del castillo paternal.

—¿Es vuestra favorita esa hermosa vaca blanca y negra?—dijo Felipe, por decir algo.

—Sí, la he educado yo...., y, naturalmente, la quiero.

Su voz estaba un poco conmovida; pero acostumbrada desde hacía mucho tiempo á dominar sus impresiones más violentas, consiguió reponerse pronto, y habló á Felipe de la indisposición de su padre, de la guerra y de su herida, llegando á animarle poco á poco.

El joven continuaba mirándola á hurtadillas, con verdadero estupor. La metamorfosis que un corto número de años había operado en ella, era, no obstante, muy pequeña; sólo había crecido un poco, como suele suceder á los adolescentes; su talle era un poco corto, y tenía las caderas altas, como las estatuas de Diana.

Para atravesar la hierba húmeda, la joven había levantado su vestido con un broche, y calzado sus piececitos con

un par de zuecos, que sonaban ligeramente á cada paso que daba, lo que parecía realzar más aún la gracia singular de su aire. Tampoco sus facciones habían cambiado mucho; sólo el óvalo de su cara se había alargado algo. No podía decirse que fuera hermosa, pues tenía las cejas demasiado juntas y la boca muy grande; pero tenía encanto, tenía algo de sano y de robusto que se desprendía de toda su persona, y, sobre todo, una dulzura exquisita mezclada de algo que indicaba fuerza y energía. Un débil círculo azulado, que parecía acusar lágrimas secretas, era el único misterio de aquel joven y franco rostro.

Una vez roto el hielo, su conversación se fué animando por grados, haciéndose casi alegre. Cuando se aproximaron al castillo, la señorita de La Roche-Ermel se detuvo súbitamente

y levantó un dedo sonriendo, como para recomendar atención á Felipe. Estaban delante de una de las torrecillas agudas que flanqueaban los ángulos del pabellón central, y de la que salían dulces y armoniosos sonidos.

—¿Reconocéis la flauta de mi tío?— dijo Juana.

—Perfectamente (replicó Felipe); toca siempre con la misma afición.

—Siempre: ¡pobrecillo! Renunció á la música durante algún tiempo; pero, gracias á Dios, ya ha vuelto á sus antiguas costumbres.

Un instante después Juana volvió á detenerse delante de una de las ventanas abiertas del piso bajo, y levantando de nuevo su dedo, dijo:

—Escuchad ahora.... La canción de mi tía.... ¿Os acordáis? La de la pastor y Lucas.

«¡Lucas enamorado, reprime tus ardores!
 Imita á mi rebaño cuando en el soto entró:
 Que allí los altos olmos, las brisas y las flores,
 La onda pura, y la sombra de mágicos verdores,
 «¡Reprime tus ardores!» te dicen, como yo.»

Al recitar con un poco de énfasis esta poesía del *Almanaque de las Musas*, la señorita Juana de La Roche-Ermel hacía tal vez una alusión irónica á su primo, cuyo ardor, como sabemos, no tenía necesidad de ser reprimido; pero, alusión ó no, lo cierto es que en los extremos de sus labios se formó un pliegue burlón, que probaba que aquella grave jovencita no era incapaz de malicia.

En aquel momento el conde Leopoldo de La Roche-Ermel apareció en el principio de la escalera, y bajando rápidamente las tres gradas, se adelantó hacia ellos.

—Padre mío (dijo Juana): aquí tenéis á nuestro primo Felipe.

Y mientras hablaba, fijaba en su padre los hermosos ojos con una expresión que significaba claramente: «Le he perdonado, y deseo que hagáis otro tanto».

El conde Leopoldo estaba en la edad en que se siente con gusto el imperio de una hija cariñosa y adorada; así es que tendió cordialmente su mano á Felipe, informándose de la salud del señor de Boisvilliers, poniéndose después á hablar de cosas indiferentes, el joven con un embarazo visible, y el Conde con una política cordial, aunque reservada. Juana, entretanto, había entrado en el castillo.

Felipe notó sin trabajo que se evitaba con cuidado dar á su visita el carácter de un acontecimiento, y so-

bre todo de una fiesta de familia. Cuando fué un instante después á presentar sus respetos al caballero de La Roche-Ermel y á la señorita Angélica, fué acogido sin efusión, pero con amabilidad, y Felipe admiró el gusto exquisito que aquella buenísima familia rendía, no al uso refinado del mundo, sino á la natural elevación de sus sentimientos.

Cuando ya se retiraba, encontró en el patio al conde Leopoldo, que le dijo sonriendo:

—No podéis escapar á la fatal revista del propietario.... ¡Vamos, seguidme!

El conde de La Roche-Ermel, como su vecino el señor de Boisvilliers, y como muchos propietarios que viven en el campo, arrendaba la mayor parte de sus tierras, reservándose solamente

algunas, para distraerse, según él; pero al distraerse hacía un importante servicio á sus colonos y á toda la comarca, pues experimentaba en su labranza todos los nuevos procedimientos que se aplican en nuestros días á la agricultura y al cultivo. Esta clase de experimentos, algunas veces gravosos, aprovechaban al vecindario, el cual, sin que le costara nada, se instruía é informaba. Era esta una especie de casa rústica en actividad, que formaba en el país un cariñoso hogar de innovaciones y de sabios progresos.

El conde de La Roche-Ermel, mientras se paseaba con Felipe por los alrededores del castillo, le daba sobre la vida agrícola breves informes, que, explicados así, bajo la acción de la naturaleza viva, en la campiña florida y

bajo el sol del estío, tomaban gran interés y encanto á los ojos del joven, quizá más aún porque la imagen grave y graciosa de la señorita de La Roche-Ermel poetizaba aquellos sitios.

El Conde le condujo en seguida á las dependencias del castillo, que había extendido y mejorado mucho durante los últimos años.

—Creo que erais aficionado á los caballos,—dijo el Conde á Felipe.

—Sí, primo mío.

—Pues bien; mirad estos.

Al mismo tiempo abrió la puerta de una caballeriza, cuyos pesebres eran de roble y cuyas paredes estaban ornamentadas con astas de ciervo, y donde dos pares de magníficos caballos piafaban, moviendo la cabeza como cisnes.

—Aquí tenéis á mis discípulos (dijo

el Conde); en el prado habréis visto á sus señoras madres con dos potros, que llegarán á ser, ó mucho me engaño, tan buenos como éstos.

Después de las caballerizas visitaron el establo, el lavadero y el telar. Cuando recorrían todas estas diversas instalaciones, encontraron dos ó tres veces á la señorita de La Roche-Ermel, que parecía dar su vuelta de inspección regular, distribuyendo órdenes á sus servidores con acento dulce y breve. Al pasar su padre y su primo los sonreía, y continuaba andando á través de los cántaros llenos de leche, de los noques llenos de lejía, y de las pilas llenas de blanquísima ropa, siempre con aquel aire serio y grave que le era peculiar; muy sencilla, pero muy esmerada en todos los detalles de su traje y de su persona: tenía evidentemente

el cuidado de la limpieza minuciosa, y la hacía reinar hasta en las más humildes regiones de sus dominios.

Cuando Felipe se despidió del Conde, vió entrar en el patio un joven alto y de retorcidos bigotes, en quien reconoció al momento á su antiguo compañero Gastón de Chaville, el prometido de Juana. Le encontró mejorado, lo cual no le agradó, y después de cambiar con él un apretón de manos, se retiró.

Al dar cuenta á su padre de los incidentes de su visita, le dijo con una especie de timidez:

—¡Qué cambiada está Juana!

—¡Cambiada! ¿En qué?—preguntó fríamente el señor de Boisvilliers.

—En que ahora está muy guapa.

—Es una hija excelente.... Yo deseo con toda mi alma que sea dichosa....

Oye, ese Chaville con quien se va á casar, creo que no es ningún lince; pero dicen que es un buen muchacho.

—¿Y hace mucho tiempo que está decidido ese matrimonio?

—Creo que hace cinco ó seis días.... El martes último fué cuando Leopoldo vino á darme esta noticia.

También había sido el martes último cuando el señor de Boisvilliers había sido atacado súbitamente de su alarmante indisposición. Esta coincidencia de fechas hizo nacer en la imaginación de Felipe un pensamiento doloroso. Ya no volvió á hablar de Juana á su padre, ni tampoco la nombró en su carta á la Marquesa, á quien escribió aquel día, según la había prometido.

Felipe pasó una semana en Boisvilliers, ocupando la mayor parte de su

tiempo en renovar antiguas amistades con los amigos de su familia que habitaban en las cercanías y en un vecino pueblecito. Observaba en ellos las costumbres de una vida regular, tranquila y digna, de que su familia era el modelo y su prima Juana la poesía. Estas costumbres provincianas, en su especie de fijeza tradicional, habían en otro tiempo indignado su joven imaginación, ávida de movimiento y aventuras. En su interior, había calificado de necrópolis aquellas antiguas moradas patrimoniales, donde se ve al hijo sentarse sucesivamente en el sillón del padre y del abuelo, al mismo lado del hogar en el invierno, y al lado de la misma ventana en el verano. Como no existía allí esa actividad febril de las grandes poblaciones, Felipe los creía inactivos, muer-

tos; pues hay una edad en que sin movimiento no hay vida; ahora veía ya las cosas de otra manera. El tiempo, sin envejecerle aún, le había enseñado, y comenzaba á sospechar que, quitando de la actividad parisién todo lo inútil, lo deslumbrante, no quedaba cosa alguna esencial que no se encontrase en igual grado en aquel apartado rinconeito provinciano: allí las inteligencias eran más sanas y rectas, el espíritu más elevado y las costumbres más francas.

En fin, después de haber visto la vida de provincias bajo un prisma muy negro, la veía ahora quizá demasiado de color de rosa.... ¿Quién sabe si por culpa de la señorita Juana? Felipe, durante el tiempo que permaneció en Boisvilliers, no volvió más que una ó dos veces al castillo de La Roche-Ermel,

comprendiendo que había perdido el derecho de mostrarse allí asidua y familiarmente, y esta discreción le costó trabajo, pues su prima le inspiraba, según él, un vivo sentimiento de curiosidad. Para satisfacerla, tuvo que reducirse á los encuentros casuales que la proximidad de sus viviendas le proporcionaba. Juana iba con frecuencia en compañía de su padre á informarse de la salud del señor de Boisvilliers, y además la veía pasar algunas veces á caballo entre su padre y su prometido, llevando una amazona de paño azul obscuro, que la sentaba muy bien. En fin, un domingo le invitaron á sentarse en la iglesia en el banco de la familia, y luego tuvo el placer de escuchar á su prima hasta el castillo.... ¡Pero siempre con aquel demonio de Chaville! La noche en

que fué á despedirse al castillo de La Roche-Ermel, fué más dichoso. Partía al día siguiente, y sin duda á causa de esta partida Juana no observó la extremada reserva que anteriormente había guardado con él. El señor de La Roche-Ermel había sido llamado de improviso de casa de uno de sus colonos, y la joven estuvo bastante tiempo sola con Felipe. Á petición de éste, Juana se puso al piano, y tocó dos ó tres vales de una manera magistral, sin perder ni un instante la dignidad calmada de su fisonomía y de su actitud.... ¡Era una artista!.... Luego reveló otros talentos que Felipe no conocía. Su tía Angélica le había enseñado á pintar sobre porcelana, y se ocupaba entonces en decorar un servicio de mesa, en que todas las piezas eran de diferente ornamentación; era

un gran trabajo y una obra bellísima. Juana sacaba los dibujos y los colores, unas veces del natural, y otras de antiguas muestras, de que la biblioteca del castillo poseía una magnífica colección. La joven condujo allí á Felipe, y le enseñó aquellas riquezas, hojeándolas con aire de religioso respeto, y explicándole la supuesta procedencia de los manuscritos, precisando la época á que se remontaban y citando los personajes históricos á que algunos habían pertenecido; le decía todo esto, hablando con su manera breve y clara, pero sin una sombra de pretensión, aunque dejando adivinar una inteligencia clarísima y una vasta ilustración.

Entre tanto, el conde Leopoldo no volvía, y se hacía de noche; la entrevista de los jóvenes se iba prolongando

demasiado, y Juana empezaba á parecer algo turbada.

—¿Os parece que vayamos á buscar á mi padre?—preguntó de pronto á su primo.

—Como queráis.

Juana se cubrió la cabeza con su velo de blonda, y tomó con Felipe el camino de la granja, adonde su padre había ido. Casi al salir del castillo se abría un sendero que descendía con una pendiente muy rápida, rodeando la orilla de un estanque, pues La Roche-Ermel, como Boisvilliers y como la mayor parte de los castillos del país, tenía su estanque. Era éste bastante grande y profundo, y estaba situado en el fondo de una colina. Una de sus riberas estaba cubierta de monte bajo y grandes matorrales, y la otra por escarpadas rocas. La granja

estaba á poca distancia del valle, en el fondo del cual serpenteaba un pequeño riachuelo llamado *L'Ormaie*. Desde la escarpada orilla que dominaba el estanque, se podía admirar el valle y los frondosos horizontes, cuyas últimas tintas se confundían á la luz ya débil del crepúsculo.

Allí fué donde la señorita de La Roche-Ermel se detuvo para esperar á su padre, en compañía de aquel á quien tanto había amado. Se sentaron juntos sobre una roca, y permanecieron algún tiempo silenciosos, mirando las columnitas de humo que se elevaban desde las cabañas hasta perderse en el azulado espacio, y escuchando los ruidos de la noche que resonaban á intervalos en la sonoridad profunda de los campos. Los lejanos ladridos de un perro guardián, algu-

nos mugidos que salían del fondo de las praderas, vagos tañidos de campana y el canto de algún pájaro escondido en la enramada, turbaban el silencio, prestando un encanto particular á aquellos sitios.

—Esto debe pareceros algo triste comparado con París,—dijo Juana sonriendo.

—Esto me parece infinitamente dulce (respondió el joven, con voz conmovida). Aquí está la paz....; una paz encantadora, que recordaré toda mi vida.

—Creía que teníais otros gustos,—replicó Juana, después de una pequeña pausa.

—Sí.... (murmuró Felipe); debéis juzgarme severamente.

—De ninguna manera (dijo sencillamente). ¡Ah! Ved á mi padre.

La elevada estatura del Conde apareció en el principio del sendero.

—Padre mío (dijo); Felipe no ha querido marcharse sin estrecharos la mano.

—Perdonadme, querido hijo (dijo el Conde). Me han retenido más tiempo del que pensaba.

El Conde les contó entonces que había ido á una granja para ver un muro que se había desplomado, y les dijo que aquel pequeño incidente le había entretenido hasta su vuelta al castillo.

Al llegar á la puerta, Felipe se despidió, retirándose en seguida.

Se alejó con alguna precipitación hacia Boisvilliers; pero á la mitad del camino se detuvo bruscamente, recostándose sobre el vallado, delante del cual había tenido lugar su primera entrevista con su prima, y permaneció

allí soñando, hasta que se hizo de noche.

Retrocedió entonces lentamente, volviendo á tomar el camino de La Roche-Ermel. Cuando apercibió las luces del castillo, acertó aún más el paso; pareció dudar, y después continuó avanzando con precaución.

Las ventanas del salón del piso bajo se abrían, unas al patio, y las otras sobre un parterre con preciosos macizos. Entró en este jardín, y se aproximó á una de las ventanas.

La familia se hallaba reunida en el salón: el Conde leía con la cabeza inclinada sobre la mesa; enfrente de él, el *Caballero* clasificaba plantas, que colocaba ordenadamente en un semillero. La señorita Angélica bordaba una tira de tapicería; Juana, sentada un poco separada delante de un vela-

dor, pintaba uno de sus magníficos platos. Tenía el rostro vuelto hacia la ventana, y Felipe pudo contemplar á su gusto aquellas facciones enérgicas y dulces á la vez, en las que no parecía impresa en aquel momento su serenidad habitual. La joven estaba pensativa, y sus grandes ojos erraban algunas veces en el vacío.

De repente dos lágrimas se desprendieron de ellos como dos perlas y se deslizaron por sus mejillas: Juana las enjugó dulcemente con las puntas de sus dedos, y echó á hurtadillas una mirada inquieta á su alrededor, como para asegurarse de que sus lágrimas no habían sido vistas. Después prosiguió su trabajo con gravedad, frunciendo sus negras cejas. La señorita de La Roche-Ermel estaba descontenta de sí misma.

Felipe de Boisvilliers no debía tam-

poco estar muy satisfecho de sí; pues, dejándose caer en un banco del jardín, apoyó su cabeza en las dos manos, y se echó á llorar.

Al día siguiente por la noche entraba en París.

tiempo que debía casarse conmigo , y se acostumbró á esa idea.... Ahora la dicen que debe casarse con otro , y también se acostumbrará.... ; es así.

—Y su novio , ¿ qué clase de hombre es ?

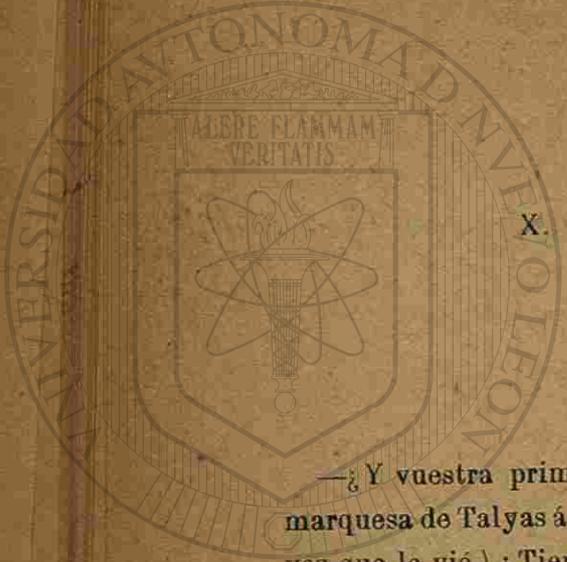
—En su género , un buen lugareño.

—¿ Pensáis ir á la boda?... ¿ Y cuándo será ?

—Dentro de seis semanas ó dos meses.... ; creo.... Iré , si mi padre lo desea y vos lo permitís.

—Me es igual , amigo mío.

Como se ve , Felipe había aprovechado la escuela de la Marquesa , y fingió , imitando el gran arte de que ella era maestra. Tenía necesidad de estar siempre sobre sí mismo para disimular el hastío y hasta el horror que le causaba su vida de pasión malsana y de continua traición , al salir



—¿ Y vuestra prima ? (preguntó la marquesa de Talyas á Felipe la primera vez que le vió.) ¿ Tiene siempre la misma facha ?

—Siempre.

—¿ Y la misma boca grande ?

—Sí.

—¿ Y los dedos llenos de tinta ?

—Y los dedos llenos de tinta.

—¿ Y qué efecto le ha hecho veros ?

—Ninguno ; la habían dicho en otro

de la purísima atmósfera que días anteriores había respirado en su país. Le parecía que la Marquesa se complacía con perversidad en buscar los incidentes que podían dar á sus amores un color más odioso. Una noche tuvo á Felipe escondido detrás de una colgadura, mientras que su marido atravesaba su habitación al volver del círculo. Otra noche inventó ir con gran misterio á un baile de máscaras que daba una extranjera de vida dudosa; presentándose bajo la máscara enfrente de su marido y al lado de su amante.

Felipe, que no encontraba el placer que ella en esta clase de diversiones, se figuraba muchas veces que la Marquesa había resuelto para sí, ponerle frente á frente con el Marqués; pero la verdad es que aquellas locuras la divertían, y nada más.

À medida que se agravaban para Felipe los disgustos y las angustias de aquel fatal amor, las impresiones de su estancia en Boisvilliers tomaban en su imaginación más viveza y encanto. La imagen de su prima Juana, sobre todo, se le aparecía cada vez más seductora y con más atractivos. Comparándola con la Marquesa, creía verla con el mismo purísimo esplendor de un ángel de amor y castidad. Cuando pensaba que la joven estaba adornada con tantos méritos, con tantas gracias y con tantos talentos para hacerse digna de él y para gustarle; que le había consagrado desde que existía tantos esfuerzos generosos, tanta fuerza de voluntad y tantas lágrimas; que habria podido pasar toda su vida unido á aquella dulcísima criatura, sostenido por ella en el bien, en el honor....; y todo esto

lo había desdeñado y perdido para siempre! Estos pensamientos inundaban su corazón de ternura y de pesar.

En medio de estas dolorosas reflexiones, recibió de su padre, poco tiempo después de su vuelta á París, una carta, que no era la más á propósito para calmarle, refiriéndole que el proyectado matrimonio de la señorita de La Roche-Ermel con el señor Chaville se había roto.

Esta ruptura, añadía por vía de explicación, se había hecho sin ruido y en condiciones igualmente dignas.

Felipe, ayudado por sus recientes recuerdos, se explicó en seguida este acontecimiento, imaginando causas que más tarde supo eran exactas. La señorita de La Roche-Ermel, al verle, había sentido renacer su afección por él, y no quería casarse con otro con

la mentira en los labios y en el corazón. Tal fué lo que pensó Felipe.

Esta noticia preocupó al joven de tal manera, que, á pesar de su fuerza de voluntad, dijo á la Marquesa:

—¡Pobre Juana!.... Verdaderamente es muy desgraciada.... ¡Se ha roto su matrimonio!

—¿Con qué motivo?

—No lo sé.... Supongo que el novio se habrá vuelto atrás en el último momento.

—¡Ah! ¡Tan fea es?

—Pecor que eso...., ¡ordinaria!

—¿Y cómo vuestro padre, que es una persona tan razonable, había pensado en casaros con ese monstruo?

—¡Oh! Ya sabéis que uno se acostumbra á ver á las personas de la familia, y no le parecen como son....; el cariño ciego, y á mi padre le ha pasado eso.

—¿Y por qué (dijo la Marquesa riendo) no se casa con ella él?

—Eso digo yo.

¡Juana era libre!.... ¡Casi con seguridad no tenía él más que decir una palabra para que aquella mano fiel y leal fuera suya, para que aquella dicha, que había sido antes el tormento de su vida, le perteneciese!.... Tuvo tentación de partir inmediatamente, arrojarse á los pies de la noble joven, y hacerla verter lágrimas de alegría!

Para lograr tanta felicidad no le faltaba más que una cosa, que desgraciadamente era muy difícil el obtener: el permiso de la Marquesa. Preseindir de él, no era ni digno ni seguro, y no pensó en ello.... Pedírselo, era inútil, y tampoco se detuvo en aquella idea.... ¡No tenía más remedio que continuar

en la desesperación, arrastrando su pesada cadena!

Casi al mismo tiempo, una complicación inesperada vino á hacer más angustiosa su situación.

El Marqués había tenido de su primer matrimonio con una inglesa una hija, Clotilde de Talyas, que había sido educada en un gran colegio de París, donde había estado hasta los diez y seis años. Luego la había confiado á los cuidados de una hermana de su madre, bajo el pretexto de perfeccionarla en la lengua inglesa, pero en realidad para evitar las rivalidades que la vida común hubiera podido hacer nacer entre la joven y su madrastra. Hacía dos años que Clotilde estaba en Inglaterra, y su padre, viendo que la época de casarla había llegado, fué á buscarla á Londres y la trajo á París.

Clotilde de Talyas era bajita, bien formada, de ojos cándidos, á pesar de lo cual era lista como una ardilla y traviesa como un muchacho. Tenía un ligero acento inglés, que no carecía de gracia.

Como su padre la había contado hacía mucho tiempo la historia de Felipe, no extrañó encontrarle tan en intimidad con la familia, y pronto pareció que, no sólo no la extrañaba, sino que era muy de su agrado. ¿Había concebido una pasión romántica por el joven salvador de su padre? ¿Se había enamorado de él á primera vista, ó adivinó con su instinto femenino que el medio de ser particularmente desagradable á su madrastra era ser agradable á Felipe? Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que desde los primeros días demostró á Felipe una pre-

dilección tan marcada, que no tardó en alarmar á la Marquesa. Si Clotilde no era todavía una rival, por lo menos era una muchacha muy inoportuna, pues no había día en que Felipe estuviese sentado en el gabinete de su madrastra, sin que llegase *incontinenti*, alegre y juguetona como una niña inocente.

—No os incomodo, ¿verdad, tía mía? —preguntaba, instalándose entre ellos. Pues la joven llamaba tía á la Marquesa por una amable deferencia que su padre le había impuesto; pero tenía una manera tan páfida de pronunciar «mi tía», que daba á esta palabra un aire de vejez y caducidad extraordinarias.

Confundido con las atenciones de la joven, torturado con las desconfianzas ofensivas de la Marquesa, y más torturado aún con su amor, del que no

participaba ya, Felipe entró entonces en una nueva fase, que en cuanto á disgustos, vergüenzas y peligros, no dejaba nada que desear.

Un día la Marquesa, fastidiada con las audacias de la señorita Clotilde, creyó deber advertir la inconveniencia de la conducta de su hija á su marido.

—Os aseguro (le dijo), que está poniéndose en ridículo con Felipe de Boisvilliers.

—¿Y Felipe, cómo está?—preguntó el Marqués.

—¡Oh! ¡Muy bien!

—¿Creéis realmente que Clotilde le ama?—replicó el Marqués.

—Yo no sé si le ama; porque como está educada á la inglesa, sus maneras familiares con los jóvenes no significan nada; pero en nuestra casa no se pueden consentir esas maneras.

—Pues bien, escuchad, querida mía (dijo el Marqués). Estoy contentísimo con lo que me decís, pues desde hace algún tiempo, mi idea fija es casarlos.

—¡Ah!—dijo la Marquesa.

—Ciertamente (prosiguió el Marqués); bajo el punto de vista de la fortuna, es un matrimonio muy ventajoso para Felipe, porque Clotilde tendrá un millón quinientos mil francos, que es un dote muy bonito; pero los Boisvilliers son de una excelente familia, y Felipe me ha hecho un servicio que nunca olvidaré. Además, he podido apreciarle en dos años que hace que le tratamos, y no puedo desear nada mejor para mi hija.... y como sé que es muy delicado y no se atrevería nunca á dirigirme semejante petición.... A fe mía que con un muchacho como él,

puede uno ir francamente, y seré yo mismo quien se la dirija.

—Hay un mal (dijo la Marquesa, frunciendo las cejas), y es que creo que rehusará.

—¿Por qué? Sería absurdo. Clotilde es muy agradable....; la dote es magnífica.... Sería una locura...., á menos que no tenga en otra parte algún secreto amor....; y, que yo sepa, no tiene ninguno.

—Os engañáis (dijo la Marquesa sonriendo): tiene uno.

—¿Dónde?... ¿En nuestra sociedad?

—No, en provincias....: una prima.

—¿Una prima? Pues nunca me ha hablado de ella.

—Á vos no; un hombre no da lugar á esa clase de confidencias; pero yo conozco sus secretos. Tiene una prima...., la señorita de La Roche-Ermel,

á quien ama desde la infancia...., y son novios desde el último viaje de Felipe....; creo que hasta la época del matrimonio está fijada.

—¡Oh! ¡Qué lástima!.... ¿Y tenéis seguridad de que eso es formal, querida mía?... Pero yo lo veré esta noche en el círculo, le preguntaré...., y sabré á qué atenerme.

El Marqués murmuró aún algunas palabras de desaprobación, y salió.

Media hora más tarde recibía Felipe de Boisvilliers una carta de la Marquesa, y leía con estupor estas palabras:

«Os casáis con vuestra prima.—Necesidad absoluta.—No me desmintáis.»

Á través del desorden de ideas en que le dejó aquella orden singular, pudo entrever confusamente la verdad. Comprendió que la Marquesa, en su celosa exaltación, había recurrido á

aquel recurso desesperado para alejarle de su hijastra.... ¿Quién sabe si preferiría renunciar ella misma á su amor, que verle sin cesar disputado por una rival con la que no podía luchar? Á este pensamiento, el corazón del joven se inundó de placer. ¡Qué! : sin escándalo, sin disgustos, ¿iba á ser libertado de aquel maldito yugo, á recobrar su independencia, su porvenir, á volver á ser dueño de su vida, para podérsela ofrecer á Juana?

Aguardó ávidamente la hora en que el Marqués acostumbraba ir al círculo, y corrió á su casa. Esperando su visita, la Marquesa había mandado á Clotilde á la Ópera con la señora de Libernay. Cuando llegó Felipe, le cogió las manos, y con un acento de ternura femenina que no la era habitual, le dijo :

—¡Perdonadme! Exijo de vos un gran sacrificio, lo sé.... Pero ¿qué hacer en semejante caso? Figuraos que mi marido quería casaros con Clotilde...., y no he tenido más remedio que decirle, para no despertar sus sospechas, que ya empezaban á renacer, que estabais comprometido con alguien.... y nombrar á ese alguien.... Vuestra prima vino á mi imaginación, y la nombré...., como hubiera nombrado á otra...., ó más bien, para ser franca, con preferencia á otra cualquiera...., porque de esa no tendré celos.... ¡Pobre niña!

Felipe presintió que las cosas no iban á ir tan bien como él había esperado, y sintió que la sangre se helaba en sus venas.

—Perdonad (dijo); pero no os he comprendido bien.

—Dios mío, pues es bien sencillo....

En cuanto os caséis, volvéis á instalarnos en París con vuestra esposa, y me la presentáis.

Felipe quedó callado un momento, y después dijo con energía:

—Yo no hago eso.

—¿Que no hacéis eso?

—No; no me casaré con ninguna mujer, sea quienquiera, con esa indigna premeditación de infidelidad.

—¿Pues qué es lo que yo hago por vos? (dijo la Marquesa.) ¿Ó creéis que á mí me agrada vivir en la traición?....

¡Vamos; basta de farsas, amigo mío!...

Decidme que vuestra prima os causa horror....; que el sacrificio que os pido es superior á vuestras fuerzas....; eso lo comprenderé....; pero entonces os diré:

¡Estoy perdida si me desmentís! ¡Mi marido va á adivinarlo todo!

Felipe pareció reflexionar durante

algunos minutos, y después replicó con alguna vacilación, como un hombre que pisa un terreno peligroso.

—Pero... cuando en otro tiempo se habló de ese matrimonio entre mi prima y yo...., una de las condiciones era que habíamos de vivir allí....; y es muy fácil que la familia la siga poniendo ahora.

—¡Eso nunca! (dijo la Marquesa.) Pero nada más improbable que esta exigencia, ahora que tenéis una posición en París.

Después exclamó de repente, lanzando á Felipe una mirada de desconfianza:

—¿Y... es tan fea vuestra prima, como me habéis dicho?

—¡Ah!—dijo Felipe.

—Pues bien, amigo mío; ¿no soy yo hermosa por las dos?

—Sí, sin duda... ; pero todo esto me ha cogido tan de improviso...., que os ruego que me dejéis reflexionar antes de tomar un partido.

Cuando volvió á su casa, Felipe se puso á meditar sobre la conducta que debía seguir en tan delicado asunto. Estaba desgraciadamente cogido en una de esas aventuras, de las que no se sale nunca más que por vías oblicuas, y eso cuando se sale. Vacilaba al dar aquel paso; pues aunque él deseaba ardientemente casarse con su prima Juana, no se encontraba digno de ella; pero no tuvo más remedio que tomar esta determinación, porque era la única solución que encontraba...., y, sobre todo, la que más le seducía.

En una palabra: resolvió no dejar escapar aquella ocasión inesperada de recobrar su libertad. Se casaría con su

prima, pero no la llevaría á París, y rompería todas relaciones con la Marquesa, alegando, para justificar su residencia en provincias, la voluntad de la familia y la salud de su padre; lisonjeándose con la idea de que el tiempo prepararía poco á poco á la Marquesa para aquel desenlace, y acabaría por aceptarle con resignación.

El éxito de este plan dependía de que la Marquesa conservase eternamente, ó por lo menos hasta el matrimonio, la idea de que Juana de La Roche-Ermel era una persona fea y una rival despreciable; pero Felipe no tardó en conocer que le sería muy difícil mantenerla en aquella dichosa ilusión.

Al día siguiente, cuando declaró que estaba dispuesto á cumplir aquel acto de abnegación que le imponía, y cuan-

do la Marquesa le dió las gracias con un calor que no era muy necesario, puesto que no lo hacía por ella, quiso hacerle saber algunos artículos de su programa, como el siguiente :

La señorita de La Roche-Ermel irá antes de la boda á París para ocuparse del *trousseau*. La Marquesa, como amiga de la familia, se pondría entonces á su disposición para acompañarla á todas partes, y establecería con esto la base de su futura intimidad.

Felipe no hizo ninguna objeción á esta terrible cláusula, reservándose el eludirla por todos los medios que estuvieran á su alcance.

Impaciente por escapar de aquel infierno, en el que no podía abrir la boca sin mentir, escribió el mismo día á su padre para anunciarle formalmente sus disposiciones, que muy pronto

había de confirmarle de viva voz. Dos días más tarde, después de haber confiado sus proyectos de matrimonio al Marqués, y haber recibido su enhorabuena, dejó á París, prometiéndose volver á él lo más tarde posible.

Cuando por la noche llegó á Boisvilliers, su padre le retuvo largo tiempo en sus brazos, y le dijo con una emoción que le hizo verter lágrimas:

— ¡Oh, qué dichoso me haces, hijo mío!

— ¡No es ningún mérito, porque la amo! (exclamó Felipe.) ¿Y lo sabe ella?

—añadió con alguna inquietud.

—Todavía no; solamente se lo he hecho traslucir á su padre.

—Es que Juana es muy altiva y muy digna....; podía guardarme rencor...., rechazarme.

—No lo creo (dijo el señor de Bois-

villiers); pero si queréis, hijo mío, vamos á asegurarnos inmediatamente.

Y partieron para La Roche-Ermel en el momento en que las primeras estrellas se mostraban á través de las altas copas de los árboles. Un criado que encontraron en el patio del castillo se encargó de ir á prevenir al conde Leopoldo, que salió en seguida á su encuentro.

—Amigo mío (dijo el señor de Boisvilliers), vengo á pedir os que realicéis el deseo de toda mi vida, concediéndome la mano de vuestra hija para este pícaro muchacho

El Conde se sonrió.

—Ya sabéis, amigo mío, que si de mi hubiera dependido, ese pícaro muchacho sería mi hijo hace mucho tiempo; pero, á Dios gracias, nada hemos perdido con esperar, pues ahora vuelve

purificado por el hierro y por el fuego.... Tengo que advertiros que mi hija ignora aún el honor que nos hacéis, y debo esperar su consentimiento. Así, pues, permitidme que hable con ella algunos minutos.

Y diciendo esto, les hizo entrar en un gabinete próximo al salón. Pocos instantes después volvió, seguido de Juana, que estaba muy pálida, pero tranquila.

—Felipe (dijo, adelantándose hacia él con su dulce majestad): he aquí mi mano.

las dulces sensaciones de su infancia. Cuando se vuelve allí ; fatigado de la vida y desencantado de las pasiones, ¡se siente un sentimiento de paz y de bienestar! Se respiran con dulce melancolía los aromas de otros tiempos ; se oyen los ruidos familiares de la casa, las voces misteriosas, los murmullos, las quejas que escucharon nuestros antepasados y que escucharán nuestros hijos.... Parece que en medio de esas tradiciones continuas, nuestra existencia se remonta al pasado y se prolonga en el porvenir, concediéndonos una especie de eternidad.

Durante los primeros días de su estancia en Boisvilliers, Felipe experimentó estas emociones con toda su fuerza, y aun realzadas con los encantos de un amor casto y purísimo. Al principio las disfrutó sin mezcla de

XI.

La vida de provincias tiene su parte buena y su parte mala. Nosotros no hablaremos ahora más que de la buena.

La buena es, ante todo, la casa de familia, que no tiene sustitución en París ; el viejo nido hereditario, que las generaciones sucesivas reparan, pero no cambian nunca ; donde el cabeza de familia se impone el piadoso deber de residir, y donde los pájaros que huyeron vuelven al año siguiente á buscar

sombra alguna, como el náufrago á quien una ola arroja sobre la playa no siente en las primeras horas más que el goce de vivir y de respirar.... Pero luego recordó que aquel retiro encantador no estaba al abrigo de incidentes desagradables.... ¡ Si hubiera podido, con una varita mágica, poner un abismo infranqueable entre París y La Roche-Ermel! ¡ Qué tranquilidad! ¡ Qué dicha!

Pero el agudo silbido de la locomotora, cuando el tren atravesaba los campos por las mañanas y por las noches, le recordaba que aquel abismo no existía, y que la Marquesa podía interponerse entre él y su prometida, como el ángel malo de su juventud.

Esta quimera le asaltaba bruscamente en medio de sus paseos y de sus conversaciones con Juana; le desve-

laba por la noche, y el nombre de Talyas, que tan dulcemente había sonado á su oído, atormentaba ahora su pensamiento con horribles pesadillas. El secreto que encerraba su pecho en la pura intimidad de la familia, le pesaba como un sacrilegio, y veinte veces estuvo tentado á confiársele á su padre y hasta á su prima Juana. ¡ Pero aquel secreto no le pertenecía á él solo, y no podía revelarle sin degradarse!.... Además, ¡ cómo llevar el disgusto y la tristeza que semejante revelación había de producir en aquellas almas tranquilas y dichosas! No, no debía darles ni el más pequeño motivo de disgusto, sino guardar para él solo su carga.

Más resuelto que nunca á romper sus relaciones con la Marquesa, se impuso desde entonces la difícil tarea de

engañarla en todo, hasta que se verificase su matrimonio. Se proponía viajar en seguida con Juana durante algunos meses, y llegar así, ganando tiempo, á una ruptura sin sacudida y sin escándalo. Entretanto, no quería despertar la desconfianza de la Marquesa, y continuaba escribiéndola continuamente, conforme la había prometido. Cada una de sus cartas le costaba horribles esfuerzos para que fuera cariñosa. ¿No podía llegar día en que las viese su prima Juana? Era preciso que pareciesen á la Marquesa muy expresivas, y al mismo tiempo que la señorita de La Roche-Ermel no pudiera encontrar en ellas una contradicción á las palabras de ternura que Felipe la prodigaba todos los días.

Por lo demás, no hacía ningún misterio, ni con su familia ni con Juana,

de la amigable correspondencia que sostenía con la Marquesa. Su aventura con el Marqués, la íntima unión que había entre ellos, y su confianza en aquella casa, eran, hacía tiempo, hechos muy conocidos en La Roche-Ermel. El señor de Boisvilliers en todos sus viajes á París había sido recibido por el Marqués y su mujer con una cordial simpatía, y guardaba de sus bondades para Felipe y para él el más grato recuerdo, profesando, en particular por la Marquesa, un culto respetuoso y entusiasta. Juana, á quien había hablado frecuentemente con admiración de la distinguida amiga de su hijo, le daba broma, diciéndole que estaba enamorado de ella. La idea de que la pasión del padre pudiera ser al mismo tiempo la del hijo, no le había pasado jamás por la imaginación, pues

había oído decir que la Marquesa tenía una hija en edad de casarse, y por esa predisposición natural á ver las cosas bajo su punto de vista más lógico, se figuraba á la amiga de Felipe como una persona que habría podido ser hermosa, pero que no podía ser ya más que una señora respetable. Esta ilusión duró hasta que un hecho que ocurrió algún tiempo más tarde la disipó.

La ansiedad continuada en que vivía Felipe; sus secretas angustias, sus accesos de melancolía, no podían continuar largo tiempo ocultos á los ojos de una mujer de un espíritu tan elevado como la señorita de La Roche-Ermel. Juana se inquietaba desde hacía algún tiempo por aquellos síntomas inexplicables, y se preguntaba si la dicha que había creído alcanzar no habría sido más que una ilusión; cuando

una preocupación más marcada aún en la actitud y en la conducta de Felipe, la ofrecieron ocasión de explicarse con él.

La fecha de su matrimonio estaba ya fijada, y debía tener lugar al cabo de seis semanas, hacia los primeros días de Setiembre. Quedaba apenas tiempo para proceder á las compras de la canastilla y á los preparativos del *trousseau*. La tía de Juana anunció un día, durante el almuerzo, que estaba dispuesta á ir á París con su sobrina, en compañía de los señores de Boisvilliers, para ocuparse allí de aquellos importantes detalles. La marcha se fijó para el jueves siguiente, y mientras que discutían sobre este asunto, Juana extrañó el silencio de Felipe y su aire pensativo y casi consternado. Después del almuerzo dieron un paseo á caballo

por el bosque, y el conde Leopoldo, que los acompañaba, quedándose discretamente, según su costumbre, á la retaguardia, los dejó ir delante. Juana aprovechó aquel momento, y tocando ligeramente con su fusta el brazo de su prometido:

—¿Qué tenéis, Felipe? (le dijo, mirándole con su aire grave.) Os ruego que me lo digáis.

—Pero... si no tengo nada,—dijo el joven, tratando de sonreír.

—Perdonad... Desde hace algún tiempo estáis triste, inquieto, silencioso, y estos síntomas se van acentuando cada vez más... Pues bien, Felipe; voy á ser franca: si os arrepentís ya, si habéis pensado de otro modo..., apelo á vuestro honor...; decidmelo claramente. Estáis perdonado de antemano... He sufrido mucho en

mi vida, y estoy dispuesta á sufrir más...; ¡me extrañaba mucho ser feliz!; pero hay un género de sufrimiento que me sería intolerable, y acabaría por matarme..., y eso no es lo perdonaría nunca: ser engañada; sentir el humillante dolor de que me amasen por lástima, y se casasen conmigo por deber... ¡Todo menos eso!

—Juana (dijo Felipe, fijando sus ojos en la joven, en los que ésta pudo leer la sinceridad más profunda), ¡os amo!... ¡Os amo con toda mi alma!... ¡Sois mi único pensamiento!... Si tuviese que renunciar á vos, se me destrozaría el corazón... Os juro ante Dios que he dicho la verdad.

—Os creo,—dijo la joven, y suspirando como si se la hubiese quitado un peso de encima, añadió:

—Pero entonces, amigo mío, ¿qué

es lo que tenéis?... ¿Queréis permitirme que lo adivine, puesto que no soy yo la que os da miedo?...

—¡Miedo! (murmuró el joven con voz baja y apasionada.) ¡Si os adoro!

—¡Muy bien hecho! (dijo Juana riendo.) Pero si no soy yo, es la vida de provincia la que os espanta..., ¿no es eso?... Cuando han hablado de ese viaje á París, he visto que habéis palidecido. Sin duda la idea de volver á vuestro querido París y abandonarle luego para siempre, os ha oprimido el corazón..., ¿no es cierto?... Pues bien: vamos, me será muy penoso abandonar á mi padre; ¿pero no podríamos dividir nuestra existencia, y pasar la mitad del tiempo en París y la otra mitad aquí? ¿Estaríais contento de ese modo?

—¡Ay, querida niña! (dijo Felipe.)

¡Cuán lejos estáis de la verdad!... Me encuentro en el paraíso en este rincón del mundo..., y no deseo más que vivir y morir en él á vuestro lado.... Aborrezco á París, y no tengo de él más que malos y miserables recuerdos....; el solo pensamiento de pasar allí algunos días me es insostenible.... Es una locura, una superstición, lo que queráis; pero, os lo suplico, alma mía, ¡renunciad á ese viaje!

Juana le miró.

—Tenéis una razón que no me decidís,— le dijo.

—Si, tengo una (respondió Felipe, acentuando enérgicamente sus palabras). Tened confianza en mí, y no me la preguntéis.

La señorita de La Roche-Ermel guardó silencio, y reflexionó.

Si le fué imposible penetrar el se-

creto de Felipe en todas sus extraordinarias complicaciones, al menos adivinó claramente, con su instinto femenino, el punto esencial. Comprendió que se había comprometido con alguna de las faltas de la juventud; cuyo remordimiento le pesaba, en algún lazo ilegítimo en que estaba aprisionado, y del que ella estaba llamada á libertarle. Ni por un momento pensó Juana identificar á su misteriosa rival con la marquesa de Talyas; quizá por lo mismo que aquel nombre la era familiar, y todos los días le pronunciaban delante de ella sin misterio.

Este descubrimiento agitó á la señorita de La Roche-Ermel; pero no dejó conocer á Felipe sus impresiones, explicándose todo lo que le había sido equívoco y sospechoso en su conducta.

Al mismo tiempo se daba á sí misma un papel salvador que lisonjeaba su imaginación, que satisfacía su conciencia y que excitaba todo lo que había en ella de noble y generoso.

—Pues bien (replicó dulcemente): está entendido. No iremos á París.... Yo no tenía gran interés en ello.... Vuestro amor propio será el que sufra, amigo mío.... Iré vestida como una novia de pueblo.

—¡Pero si vais siempre elegantísima, Juana!.... ¿Dónde os habéis vestido hasta ahora?

—Hasta ahora he tenido una modistilla que no carecía de gusto, y entre las dos lo hacíamos todo....; pero también acaba de casarse, y ha dejado el país.

—¿No sería posible (dijo Felipe) enviar algunos de vuestros vestidos como modelos?

— ¡Oh! Eso es muy delicado (contestó Juana, sonriendo). Aun las modistas más hábiles carecen á menudo de gusto cuando no se está allí para guiarlas. Además, un *trousseau* no se compone sólo de vestidos, primo mío... Por lo menos necesitaría en París una persona muy inteligente para dirigir los trabajos, y no conozco á nadie... ¿Sería vuestra amiga la marquesa de Talyas persona á propósito para hacerme este favor?

— ¿La Marquesa? (dijo Felipe, cuyo corazón latió con violencia.) ¡Oh! No; creo que no sería capaz.... Tiene un carácter muy indolente...., muy indolente...., y temería....

— ¿Ser indiscreto? Pues no hablemos más de ello.... Quiero decir que me casaré conforme estoy.

Y se echó á reir con su franca y hermosa risa, que entreabría sus la-

bios, dejando ver sus blanquísimos dientes, y formando dos encantadores hoyuelos en sus mejillas.

Felipe, entretanto, en el abismo en que luchaba, no podía salir de un peligro sin caer en otro. Apenas repuesto de la impresión que le había causado aquel proyecto de viaje que hubiera hecho que Juana y la Marquesa se vieran, se preguntaba con espanto si ésta consentiría que de una manera tan ostensible faltara á las condiciones que le había impuesto. Este viaje era una de sus imposiciones, y Felipe había prometido aprovecharle para presentarla á su prima. ¿Qué disculpa podría dar para justificar su falta de palabra? Además, ¿no concebiría sospechas, cuyos resultados podrían ser terribles? La idea que Juana le había propuesto, y que había recha-

zado al principio por delicadeza, acudió á su imaginación. Quanto más pensaba en ella, tanto más se persuadía de que el mejor, y tal vez el único medio de alejar las sospechas de la Marquesa, sería proponerla la misión que su prima Juana había pensado confiarla.

Después de haber dicho á Juana que aceptaba por completo su proyecto, escribió á la Marquesa una larga y bien pensada carta, en que la decía en resumen, que el señor de La Roche-Ermel acababa de ser atacado de un grave acceso de gota, y que su hija, no pudiendo abandonarle, tenía forzosamente que diferir su viaje á París; por cuyo motivo Juana había pensado rogarla que se ocupara de la compra y confección de los objetos de su *trousseau*.

Esta carta tuvo una consecuencia inmediata, que Felipe debía haber previsto, pero que no previó, y le aterró cuando la supo. La Marquesa respondió cariñosamente, pero no á Felipe, sino á Juana. He aquí su respuesta:

«Estoy muy agradecida, señorita, de la prueba de amistad que me habéis dado al acordaros de mí. Os ruego que desde luego me escribáis, enviándome lo antes posible un paquete con todos los modelos, muestras y medidas de lo que podáis desear, añadiendo algunas instrucciones; creed que desplegaré gran actividad por complaceros y comprar todos cuantos objetos puedan seros necesarios. ¿Queréis permitirme, niña querida, que os envíe un abrazo?»

»LUISA DE TALYAS.»

«*P. D.* No os olvidéis de enviar también un par de botitas y otro de guantes.»

Tres días después, la Marquesa recibía por la mañana una carta de la señorita de La Roche-Ermel, y al mismo tiempo una caja de grandes dimensiones que la joven la enviaba. Abrió al momento la carta, y leyó lo siguiente:

«Mis primos, los de Boisvilliers, señora, estaban tan orgullosos con vuestra amistad, que hubiera dejado de ser de la familia si, á mi vez, no la hubiera buscado. Puesto que queréis dárme la dentro de mi canastilla, vedme ya tan dichosa como indiscreta he sido: perdonad; pero habéis tenido la bondad de comprender que sólo la más viva simpatía y la más respetuo-

sa confianza, pudieron inspirarme la audacia que he tenido. Vuestra carta, aunque cariñosísima, no me ha sorprendido absolutamente nada: mi corazón no esperaba menos del vuestro.

»Me tomo la libertad, queridaseñora, de enviaros el encarguito que tuvisteis á bien hacerme. Todo lo encontraréis algo campesino; pero con vuestra inspiración y buen gusto sabréis hacer maravillas. También envió una pequeña lista indicando lo que me parece necesario en las solemnes circunstancias en que me encuentro, rogándoos la rectifiquéis á vuestro gusto, que no ignoro es el mejor del mundo.

»Besa vuestras manos con el mayor reconocimiento,

»JUANA DE LA ROCHE-ERMEL.»

La Marquesa, al leer aquella carta, frunció las cejas con aire enojado. Estaba demasiado bien escrita para ser obra de una tosea muchacha de pueblo, que era como ella se representaba á la señorita de La Roche-Ermel; pero se consoló imaginando que Felipe debía haberla llevado la pluma, para salvar el honor de su prima bajo el punto de vista ortográfico.

La Marquesa abrió después la caja, que había hecho llevar á su cuarto de tocador. Cuando levantó las hojas de papel de seda con que se ocultaban los objetos que contenía, se inclinó sobre la caja hinchando sus delicadas narices, y aspiró dos ó tres veces los delicados olores que desprendía.

—¡Qué cuidadosa y qué buen gusto

tiene para elegir sus perfumes! (murmuró.) ¿Y qué olor es este?... ¿Dónde le tomará?

Sacó después lentamente los objetos que contenía, dándoles vueltas, mirándoles uno á uno con la misma atenta curiosidad que miraría una fiera á la presa que acechase.

Juana enviaba dos de sus vestidos, el uno alto, y escotado el otro; la Marquesa los miró, los comparó, escudriñando sus menores pliegues, sus arrugas, y al terminar aquel examen, su rostro expresó el asombro.

—El talle es un poco corto (dijo); pero perfectamente formado.

Juana enviaba también varios objetos de lencería que revelaban costumbres personales de una elegancia escogida y hasta refinada. Los guantes estrechos y largos daban idea de una

mano aristocrática. Las botinas, por fin, no eran nuevas, dando por consiguiente la más perfecta idea del pie que las había modelado.

Acabado aquel minucioso examen, la Marquesa permaneció algunos minutos aún contemplando los diversos objetos de tocador que estaban esparcidos sobre la alfombra; después se sentó, cruzando sus manos sobre las rodillas, y dijo con voz sorda:

— ¡Me ha engañado!.... ¡Es bonita!

.....

.....

El cambio epistolar que había entre la Marquesa y Juana, no tardó en hacerse asiduo y casi cotidiano. La señora de Talyas, animada de un celoso interés en el servicio de su nueva amiga, la escribía casi todos los días, para darle cuenta de sus compras, de

sus gustos, y para preguntarle su parecer. Juana respondía con igual prisa, y su correspondencia tomaba de día en día un carácter más íntimo y expansivo. El señor de Boisvilliers y los La Roche-Ermel no escaseaban elogios sobre la extraordinaria complacencia de la Marquesa. Felipe, como comprenderá el lector, era el único de la familia que no participaba de aquellos transportes; desde el primer momento que había visto establecerse relaciones directas entre la Marquesa y Juana, había concebido sobre ellas el más triste de los augurios. Comprendía que la fortuna se volvía decididamente contra él, pues la dirección de los acontecimientos se le escapaba, y la puerta quedaba en adelante abierta á una catástrofe, tanto más alarmante á su imaginación, cuanto que no podía

prever en la forma en que se presentaría. Por lo demás, no tardó mucho tiempo en saber á qué atenerse sobre este punto.

Un día encontró á su padre y á los La Roche-Ermel deliberando sobre la cuestión de saber si no sería indispensable invitar al matrimonio de Juana á una persona que la demostraba tanto cariño. Esta pregunta se la dirigieron luego á Felipe, que le pareció que la tierra se hundía á sus pies, y buscó en vano objeciones, que no pudo encontrar, contentándose con insinuar timidamente que podían comprometer á la Marquesa con semejante invitación, pues no se atrevería á rehusarla; pero la incomodaría, haciéndola abandonar sus costumbres parisienses para ir al campo, que tanto detestaba. Juana intervino entonces, y declaró

que la parecía muy mal no dar á la Marquesa una muestra de gratitud tan natural, y que ella se encargaría de dirigirle la invitación, en términos que la dejaran toda su libertad.

En consecuencia, escribió aquel mismo día á la Marquesa una carta sumamente cariñosa, á la que su padre añadió algunas líneas. Se atrevían apenas á ofrecerle una modesta hospitalidad en su viejo castillo; pero su presencia y la del señor de Talyas en el matrimonio de Juana pondrían colmo á las muchas bondades que ya les debía la familia.

Felipe, en medio del desorden mental en que le había sumergido aquel desfavorable incidente, no vivía ya más que asiéndose á una frágil esperanza; esperaba que la Marquesa,

satisfecha y confiada por aquel proceder, tendría el buen gusto de responder con una negativa.

Su respuesta no se hizo esperar; llegó al día siguiente.... Hela aquí:

«Iba á pedirlos que me invitaseis, mi querida amigueta: así, pues, pasaré ocho días en vuestra compañía. El lunes por la noche llegaré con vuestros vestidos. Hasta muy pronto.

»En cuanto al Marqués, es muy posible que vaya á reunírseme más tarde. Decídselo á Felipe.»

Este billete, breve como un relámpago, no podía dejar ninguna ilusión á Felipe. No había duda de que la Marquesa tenía sospechas de haber sido engañada, de que Juana era una rival amada y digna de serlo, y aceptaba la invitación para asegurarse de ello, siendo su amenazadora posdata

un aviso, que el joven comprendió perfectamente.

De este modo la pesadilla se hacía realidad, y la quimera tomaba cuerpo.... ¡Ya no soñaba!.... ¡Oh, qué momentos tan terribles!.... ¿Qué hacer?.... ¿Confesar á su padre, al conde de La Roche-Ermel y á Juana toda la verdad?.... ¿Tomarlos por jueces y entregarse á su misericordia?.... Felipe sintió una violenta tentación de hacerlo así.... Tal vez entonces, teniendo en cuenta su sinceridad y sus sufrimientos, le perdonasen y le ayudasen en aquel terrible trance....; tal vez se unieran á él para luchar, para combatir á aquel terrible fantasma que se aproximaba.... Sí, esto era obrar como un hombre hábil y prudente....; pero también era una cobardía arrastrar el honor de una mujer que se le había entregado.

Felipe rechazó esta tentación, y se resignó á todo, antes que á perder la poca estima que le quedaba de sí mismo... El lector comprenderá lo que sufriría para conservar su aire tranquilo y alegre en presencia de su familia hasta aquel fatal lunes.

Pero, después de todo, ¿no le quedaba una última esperanza de salvación?... ¿No era posible que aquel encanto incomparable y particular de que Juana estaba revestida á sus ojos, pasase desapercibido á los de la Marquesa?... Acostumbrada como estaba á los tipos de la refinada elegancia parisién, ¿no podía esperar que viese en la señorita de La Roche-Ermel una fea más ó menos agradable, que no desmentía la descripción que él la había hecho?... Sobre este punto, Felipe tardó algo en convencerse.

La marquesa de Talyas llegó, como había anunciado, el lunes á las cinco de la tarde.

En provincias hay la costumbre de que las jóvenes no se muestren en público la víspera de casarse, y el conde de La Roche-Ermel, que era un severo tradicionalista, decidió que Juana se amoldase al uso y esperase á la Marquesa en la avenida del castillo, mientras él iba á la estación en compañía de sus primos los Boisvilliers para recibir á la señora de Talyas.

Cuando la Marquesa bajó del vagón y apareció en todo el esplendor de su belleza y juventud, el conde Leopoldo se quedó asombrado. Después de cambiados los primeros cumplimientos, la hicieron subir en el coche que les había conducido, y veinte minutos más tarde franqueaban en triunfo las

blancas tapias de La Roche-Ermel. Juana estaba á la entrada, entre su tío, el Caballero y la señorita Angélica. Al ruido de los coches se adelantaron, y el coche se detuvo. La marquesa de Talyas, apoyándose en la mano que el Conde la ofrecía, saltó ligeramete á tierra con la sonrisa en los labios, y se encontró frente á frente de Juana. La envolvió en una rápida mirada, y cogiéndole las dos manos, la dijo graciosamente siempre, sin dejar de mirarla:

—¡Sois como yo pensaba! ¿Queréis abrazarme, querida?

Juana quedó algunos minutos suspensa, en una actitud de vacilación, que bien podía ser atribuida á la timidez: sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, como si un espectáculo extraño é inesperado la hubiera dejado

petrificada; los latidos de su corazón levantaban con fuerza su pecho; por fin, reponiéndose, dijo con acento apenas perceptible:

—¡Oh, señora!.... ¡Qué hermosa sois!

Y sus mejillas se juntaron.

—¡Querida niña!—dijo la Marquesa, golpeando dulcemente su mano.

Y volviéndose á Felipe, que estaba muy atento á todos los detalles de esta escena:

—¡Venid aquí!—le dijo sonriendo.

La Marquesa dió algunos pasos, separándose un poco del grupo que formaba la familia, y pasando su brazo por el del joven, le dijo bajando la voz:

—¿Encontráis ordinaria á esta joven?

—Sin duda.

—Está muy bien....; pero os pre-

vengo, amigo mío, que ese matrimonio no tendrá lugar.

— ¡Pero si vos misma me lo habéis ordenado!

— Pues ahora pienso otra cosa.

— Es demasiado tarde.

— Os repito que ese matrimonio no tendrá lugar.

— ¡Ah! ¿Y qué haréis para impedirlo?

— ¡Todo!

Y separándose bruscamente de Felipe, volvió al lado de Juana.

— No tengáis celos, amiguita mía (la dijo con su más dulce sonrisa); le decía que sois encantadora.

Mientras llegaron al castillo, hablaron alegremente de diferentes cosas. Después la señorita Angélica y su sobrina fueron á instalar á la Marquesa en las habitaciones que la estaban destinadas, donde la dejaron con su don-

cella, previniéndola que la campana anunciaría pronto la hora de comer.

Durante la comida, á la que asistieron el señor de Boisvilliers y su hijo, Felipe, no teniendo ya nada que estudiar en la Marquesa, se preocupó únicamente en penetrar la expresión de la fisonomía de Juana. No había dejado de notar la especie de estupor que la invadió al ver á la Marquesa; y aunque no pensaba que por una luz sobrenatural podía haberlo adivinado todo en el primer momento, la expresión de su rostro le alarmó. ¿Qué podía haber sospechado?... ¿Qué clase de interpretación daba á su conducta? En vano trató de leer aquellos enigmas en el rostro de la joven. Juana tenía por costumbre y por dignidad un gran dominio sobre sí misma, y había recobrado su aire de calma, de dul-

zura y de energía; solamente notó Felipe que estaba más pensativa que de costumbre, y le pareció también que, por instantes, su grave belleza se iluminaba con aquella luz extraña que la aproximación del martirio ponía en la frente de las jóvenes cristianas.... ¡Nunca la había amado tanto! ¡Pobre niña! ¡Qué vida...., qué sufrimientos la aguardaban por su causa! ¡Qué iba á suceder?... ¡Á qué angustias, á qué escándalos y á qué sufrimientos desconocidos para ella la iba á arrastrar?

La Marquesa, entre tanto, parecía contentísima al encontrarse en tan amable reunión, y representaba admirablemente su papel de estrella parisién, con el aire de reina que le era propio, teniendo para todos frases graciosas, recordando al señor de Bois-

villiers las épocas que éste había pasado en París para ver á su hijo, hablando al conde Leopoldo del carácter noble y poético de su castillo, al Caballero de Beethoven, y á la señorita Angélica de pinturas y de flores. Así es que cuando fueron á tomar el café en el salón, la Marquesa pudo oír un murmullo lisonjero que corría por todos los miembros de aquella familia, en que la palabra *deliciosa* sonaba por todas partes.

En el curso de la noche, la marquesa de Talyas rogó á Juana que tocara alguna pieza en el piano, y la joven obedeció en seguida. Luego la dijo que la enseñara alguno de aquellos platos que tan bien pintaba, y la señorita de La Roche-Ermel se apresuró á presentarle uno, dándole sobre aquel género de trabajos algunas bre-

ves explicaciones, que terminó diciendo tranquilamente:

—¿Os gusta, señora?

— Muchísimo (dijo la Marquesa); tanto, que os tengo envidia...., ¡porque entendéis de todo!.... ¡Sois perfecta!.... Y no se puede estar á vuestro lado sin resultar inferior á vos.

La Marquesa se levantó, y disimulando un bostezo detrás de su abanico, se excusó con la fatiga del viaje, y se despidió de sus nuevos amigos.

Antes de salir estrechó la mano á Felipe.

—Hasta mañana, amigo mío,— le dijo.

Y añadió más bajo, pero siempre sonriente, y como si le hubiera dicho un cumplimiento:

—Os doy dos días para tomar un partido....; en seguida avisaré.... ¡Buenas noches!

XII.

Los dos siguientes días se invirtieron, en su mayor parte, en hacer los honores del país á la Marquesa. Se paseaban á pie por la mañana en los sotos de La Roche-Ermel y de Boisvilliers, y después del mediodía recorrían en carruaje los sitios más notables de los alrededores. En los intervalos se ocupaban en los preparativos del matrimonio y, en particular, en el examen y en la prueba del *trousseau*.

ves explicaciones, que terminó diciendo tranquilamente:

—¿Os gusta, señora?

— Muchísimo (dijo la Marquesa); tanto, que os tengo envidia...., ¡porque entendéis de todo!.... ¡Sois perfecta!.... Y no se puede estar á vuestro lado sin resultar inferior á vos.

La Marquesa se levantó, y disimulando un bostezo detrás de su abanico, se excusó con la fatiga del viaje, y se despidió de sus nuevos amigos.

Antes de salir estrechó la mano á Felipe.

—Hasta mañana, amigo mío,— le dijo.

Y añadió más bajo, pero siempre sonriente, y como si le hubiera dicho un cumplimiento:

—Os doy dos días para tomar un partido....; en seguida avisaré.... ¡Buenas noches!

XII.

Los dos siguientes días se invirtieron, en su mayor parte, en hacer los honores del país á la Marquesa. Se paseaban á pie por la mañana en los sotos de La Roche-Ermel y de Boisvilliers, y después del mediodía recorrían en carruaje los sitios más notables de los alrededores. En los intervalos se ocupaban en los preparativos del matrimonio y, en particular, en el examen y en la prueba del *trousseau*.

En estas circunstancias, el drama de que el castillo de La Roche-Ermel era teatro, quedaba en cierto modo reducido al representado por los tres principales personajes que estaban más ó menos enterados en el secreto. Parecía que se había establecido un tácito y mutuo acuerdo para respetar el mayor tiempo posible la seguridad de aquella familia; porque por indiferente que á la Marquesa le fuera el reposo de sus amigos, tenía, sin embargo, interés en evitar todo escándalo, y este interés era tanto mayor, cuanto que abrigaba la esperanza de un desenlace amistoso. A pesar de su gran saber en el arte del disimulo, se fatigaba de un esfuerzo tan continuo, y cuando se encontraba sola entre Felipe y Juana, se quitaba á medias su máscara, para respirar y reponerse. Parecía

entonces distraída, irónica y altanera. Los dos jóvenes, pálidos como ella, con el corazón oprimido y la mirada atenta, se preguntaban y parecían preguntarla cuándo querría romper aquella situación y abrir las mortales hostilidades que presentían.

Felipe no se había equivocado; Juana, desde la llegada de la Marquesa, tenía conciencia, y se daba cuenta perfectamente, de que había un peligro suspendido sobre su cabeza. Desde que había notado la tristeza del joven, comprendía que estaba llamada á representar junto á su prometido el papel de ángel guardián, salvándole de los remordimientos y de los martirios de unos lazos culpables. La deslumbradora belleza de la Marquesa, y quizá también la curiosidad apasionada que Juana había sorprendido en su primera

mirada, habían acabado de instruirla. Desde entonces no la quedó ninguna duda de que la Marquesa había sido el objeto de aquel cariño que parecía haber llegado á ser para Felipe una insoportable cadena; pero toda la penetración y el talento de Juana no pudieron ir más allá.... ¿Qué venía á hacer aquella mujer á La Roche-Ermel?.... ¿Qué podía meditar? Juana presentía un misterio terrible, y estaba muy alarmada, pero no abatida; pues, sin explicarse con claridad la conducta de Felipe en todos sus detalles, creía ver en sus palabras y en su rostro seguros indicios de sinceridad: la joven se acordaba de que en aquellos últimos días Felipe había opuesto vivas objeciones á los proyectos que de una manera ó de otra podían aproximarla á la Marquesa: sacaba en con-

secuencia de estos síntomas y recuerdos, que la presencia de la Marquesa era para su prometido, aún más que para ella, un motivo de repulsión y de espanto. Esta persuasión le inspiró el valor de sostener con firmeza la extraña prueba que la aguardaba, y esperar el desenlace con confianza. Estaba persuadida de que era amada, y este pensamiento la daba valor para todo. Tal vez hubo también en aquel alma generosa algún movimiento de piedad para aquella hermosa rival, que á su vez debía sufrir mucho, y á pesar de su secreta tristeza, Juana era dulce y buena para ella.

En la mañana del tercer día, cuando acababan de almorzar, la Marquesa se encontró en la escalera con la señorita de La Roche-Ermel, que estaba dispuesta para salir.

—¿Queréis tener la bondad de acompañarme, señora? (dijo Juana.) El tiempo es magnífico, y, además, voy cerca.

—Con mucho gusto (replicó la Marquesa); voy á ponerme el sombrero, y os sigo.

Algunos minutos más tarde se reunían en el patio del castillo.

—¿Dónde me conducís, querida mía?

—No temáis (dijo Juana, riendo); os llevaré por buen camino.

Dieron algunos pasos en la avenida principal, y luego se internaron á su izquierda en un tortuoso sendero que subía por una pendiente rápida, situada entre dos vallados con escarpados taludes. Las ramas entrecruzadas de los nogales y de las encinas proyectaban una semiobscuridad, que sólo turbaban algunos rayos de sol que lograban

penetrar por entre las ramas separadas. Las dificultades de aquel camino, que estaba cortado en algunos sitios por trozos de roca y grandes cantos que habían rodado de las vertientes próximas; los colgantes espinos que se prendían en sus vestidos, dieron lugar en las dos jóvenes á una conversación natural y casi alegre, que consistía sobre todo en exclamaciones. Juana separaba los espinos rebeldes para que pasara la Marquesa, y la ofrecía la mano en los sitios peores. Ésta aceptaba estos pequeños servicios, dándole gracias con un signo de cabeza. Después continuaba marchando detrás de su conductora, levantando sobre ella sus ojos irónicos, que parecían decir:

—¡Perdéis vuestro trabajo, pequeña!

Hubo un momento en que Juana, á su vez, se quedó un poco retrasada.

Habia apercibido sobre la hierba una planta de esas florecillas azules que son en el campo las últimas del estío. Juana hizo un ramito, y, atándole con un junco, se le presentó á la Marquesa, saludándola con una amable reverencia.

La señora de Talyas vaciló, la miró frente á frente, y no viendo en sus ojos más que una expresión de tierna bondad, enrojeció ligeramente, y tomó el ramo.

Cuando llegaron á lo alto del sendero, se encontraron repentinamente delante de la entrada de un pequeño cementerio, en medio del cual se elevaba una ermita. Estaba ésta situada en la cima de una montaña, desde donde la vista podía extenderse á lo lejos en el valle profundo en que serpenteaba el río del *Ormaie*, y en los

frondosos horizontes que se entrecruzaban alrededor en forma de anfiteatro. El sol del mediodía vertía su viva luz sobre aquel alegre y tranquilo paisaje, haciendo brillar aquí y allá, entre las obscuras masas de verdura, las blancas tapias de una granja, el surco de un empolvado camino, la pizarra y la elevada flecha de un campanario.

—¡Qué hermosol—dijo la Marquesa, sentándose á la sombra de un árbol secular, sobre una de esas tumbas bajas en forma de altar, que son los monumentos aristocráticos de los cementerios de aldea.

—¿No es verdad?—dijo Juana, cuyos ojos se animaron ante aquella hermosa naturaleza que tanto amaba.

Después de haber dejado algún tiempo á la señora de Talyas en su

vaga contemplación, la joven dijo:

—Voy á entrar un momento en la iglesia.... ¿No venís?

—No,—dijo fríamente la Marquesa.

Y añadió después de una pausa:

—No creo en nada.

—¿Me permitiréis al menos que ruegue por vos, señora?—dijo Juana sonriendo.

—¡Oh, eso sí!.... Os lo permito.... ciertamente.

—Pues bien: tened la bondad de esperarme aquí,—replicó la joven.

Y dejándola, franqueó la puerta de la ermita.

Aquel día era el que la Marquesa había designado á Felipe para saber sus resoluciones y hacerle conocer las suyas.

Felipe no lo había olvidado, y desde por la mañana determinó acabar lo

más pronto posible con la horrible incertidumbre que le torturaba. Se dirigió á La Roche-Ermel, y en el castillo le dijeron que la Marquesa había salido con Juana un cuarto de hora antes, y que las habían visto dirigirse por uno de los caminos que conducían á la iglesia.

—¿Las dos solas?—preguntó.

—Sí, las dos solas.

En medio de los mil pensamientos siniestros que desde la aparición de la Marquesa atormentaban la imaginación de Felipe, había uno, que desde luego había rechazado como una loca quimera, pero que poco á poco se había impuesto á su inteligencia. Cuando el joven la preguntó qué haría para impedir su matrimonio, le había respondido con esta sola palabra: «¡Todo!» Esta palabra terrible, en su vaga con-

cisión, se la repetía Felipe á sí mismo sin cesar: «¡Todo!» Sí; él la creía, en efecto, capaz de todo.... Conociéndola, sabiendo que no tenía fe en nada, romántica y aventurera por otra parte, loca de pasión y celos, ultrajada en su amor propio, la Marquesa debía abrigar entonces en su alma, bajo su aspecto grave y encantador, los furores salvajes de una bacante.

Sin poder dar una forma precisa ni imaginar siquiera el objeto de aquella entrevista solitaria entre la Marquesa y Juana, no podía apartar de sí la sospecha de que en ella pudiera ocurrir algo grave. Al saber que habían ido juntas á recorrer los campos, una terrible sensación le llenó de inquietud é hizo latir violentamente su corazón. Tomó precipitadamente el camino que ellas habían seguido; tardó muy poco

tiempo en recorrerle, y se encontró al momento delante de la verja del pequeño cementerio.

Apercibió entonces á la Marquesa, sentada sobre el mármol de la tumba en que Juana la había dejado, y mordiendo las azules florecillas del ramo. Al ruido de sus pasos volvió la cabeza.

—¡Ah! ¿Estabais ahí? (dijo.) Perfectamente.... La señorita Juana está en la ermita; estad tranquilo. Vamos, venid: sentaos aquí.

Y bajando un poco la voz:

—Explicaos claramente. ¿Qué habéis decidido? ¿Qué pensáis hacer?

—¿Pero qué es lo que me preguntáis?—dijo Felipe en el mismo tono.

—Quiero que rompáis ese matrimonio.

—¡Romper el matrimonio!.... ¡Á última hora!.... ¿Cómo?... ¿Bajo qué

pretexto?... ¿Queréis, pues, que mi padre, mi familia y todos nuestros amigos me crean un loco y un miserable?... Escuchad, Luisa; podría recordaros todavía, que vos misma me habéis impuesto, para salvaros de un peligro inminente, esta unión, en la cual yo no pensaba entonces; pero es inútil, lo sé; no perdonaréis..., no perdonaréis á Juana ser tal cual es.... Pues bien, sea: para separar á esta niña, á su familia y á la mía de las tristezas y escándalos con que nos amenazáis, estoy dispuesto á todos los sacrificios, incluso el que exigís; pero con una condición, y es que para hacer lo que deseáis inventéis un medio que no sea deshonoroso ni para Juana ni para mí..., porque yo no he podido encontrarle.

—Pues es muy sencillo (dijo la Mar-

quesa con acento burlón): que la ruptura parta de ella.... ¿No lo sabe todo?

—No, no sabe nada, al menos por mí,—dijo Felipe con altanería.

—Pues decídselo.

—¿Me autorizáis?

—Con mucho gusto....; entonces será la señorita Juana la que os rechace.

—Pues sea: yo la hablaré al volver hacia el castillo.

—Sí, sí, habladla al momento..., y en seguida id á decirme su respuesta.... Esperad, ya la oigo salir.

La Marquesa se levantó, y al ver un movimiento que hizo Felipe para acompañarla:

—No, no; permaneced ahí (le dijo). Hasta la vuelta, amigo mío....; en cuanto lleguéis, avisadme.

Y saliendo del cementerio, desapare-

ció en las sinuosidades del sendero.

Casi en el mismo instante la señorita de La Roche-Ermel cerraba la puerta de la pequeña capilla, adelantándose hacia Felipe.

—¿Cómo estáis aquí? (dijo un poco sorprendida.) ¿Y la Marquesa?

—Ha vuelto al castillo.... Es preciso que me concedáis algunos minutos, Juana.

—¡Ah! (respondió Juana, fijando una mirada inquieta en los extraviados ojos del joven.) Pues bien: decid...., ¿qué queréis?

Juana tomó á su lado el mismo lugar que había ocupado momentos antes la Marquesa.

—¿Qué sucede, Felipe?

—Querida Juana (respondió á media voz, con acento profundamente emocionado): hace tiempo que sabría

el secreto que voy á confiaros, si sólo me hubiera pertenecido á mí. Hoy me han autorizado para revelároslo.... ¡Quieren separarnos, mi pobre Juana!.... ¡Quieren obligarme á que no nos casemos!.... No quiero nombrar á la que cree tener derecho á ello. Si lo tiene ó no, vais á juzgarlo vos.

Felipe la contó entonces, bajo la forma más delicada que le fué posible, pero con toda sinceridad, el drama de su fatal compromiso, sus primeros escrúpulos, los arrebatos de su pasión; después los remordimientos y el horror, y por último el aborrecimiento que había llegado á inspirarle aquella mujer. La dijo también por qué serie de circunstancias había llegado á aconsejarle, casi á ordenarle, aquel matrimonio, y cómo, aprovechando esta ocasión inesperada, pensó recobrar con

su libertad la paz de su conciencia, y entregar por completo su vida á aquella que había llegado á ser el único objeto de su ternura, y cómo, en fin, las sospechas y los celos de la Marquesa la habían llevado hasta el extremo de venir á interponerse ella misma entre aquella unión.

—Por mi parte, Juana, ya la he respondido (añadió Felipe). Jamás, ni ruegos ni amenazas, arrancarán de mis labios una palabra que esté en desacuerdo con mi amor ó que pueda ofenderos.... Ahora, mi pobre y querida niña, pronunciad vuestro fallo. Si estáis celosa del pasado ó alarmada por el porvenir, y queréis rechazarme, hacedlo. Cualquiera razón que déis á vuestra familia y al mundo; sea cual fuere el pretexto de que os sirváis para despreciarme, no me defenderé

aceptándolo todo sin desmentir nada.

Juana le había escuchado con profunda atención, con la cabeza levantada y la vista perdida á lo lejos en el horizonte. Cuando cesó de hablar, se volvió hacia él.

—Felipe (le dijo): por mala que sea, es desgraciada, y la compadezco....; no conozco el miedo. Me amáis...., os amo....; no quiero abandonaros.

Y viendo brotar dos lágrimas de los ojos de su prometido, se enterneció y escondió el rostro entre sus manos. Después, levantándose rápidamente:

—Vamos (le dijo); no seamos niños. Acaso nos hará falta todo nuestro valor.... Vamos (prosiguió sonriendo); pensemos algo entre los dos de lo que podrá hacer.

Se apoyó sobre el brazo de Felipe, y tomaron entre todos los caminos el

más largo para volver al castillo, queriendo adivinar los proyectos de la que tanto les preocupaba.....

Media hora más tarde, Felipe era introducido en la cámara de la Marquesa. Ésta, casi segura de su triunfo, le preguntó:

—¿Qué noticias me traéis?

—Que la señorita de La Roche-Ermel, á quien he dicho toda la verdad, sigue, á pesar de todo, fiel á sus sentimientos y á sus proyectos.

Al oír estas palabras, las hermosas y delicadas facciones de la Marquesa se cubrieron de lívida palidez, y sus labios temblaron imperceptiblemente; se acercó á una mesa, y escribió dos ó tres líneas sobre una hoja de papel de cartas. Luego, dirigiéndose á Felipe, le dijo:

—Si en este mismo momento no renunciáis á vuestro matrimonio, nada me importaréis ni vos ni ella, y remitiré este telegrama dentro de una hora.

Felipe recorrió de una mirada el telegrama, que estaba concebido en estos términos:

«Marqués de Talyas.—París.

»Asunto grave y urgente. Vuestra presencia indispensable. Os espero mañana por la noche.»

—Y mañana, en cuanto llegue (añadió violentamente la Marquesa), le entregaré todas vuestras cartas, que á prevención he traído.

—Y os matará,—dijo Felipe.

—¡Oh! No le daré ese trabajo, amigo mío.... Tengo todo lo que me hace falta.... Cuando vine de París me figu-

raba lo que podría ocurrir.... Y en el momento en que le ponga vuestras cartas en la mano, tendré ya la muerte aquí....

Y se llevó la mano al seno con actitud siniestra. Después se sentó anhelante y como espantada.

—Vamos (dijo); id en seguida á consultarlo con la señorita Juana, para que esta situación termine pronto.

—¿Y qué queréis que diga á Juana?.... ¿Que le dé parte de vuestra amenaza? (exclamó el joven, con voz sorda.) ¿Queréis que la suplique que renuncie á mí para salvarme de la espada de vuestro marido?.... Está muy bien. No la diré una palabra. Enviad el telegrama.

La Marquesa llamó, y un criado se presentó en seguida.

—Decid que hagan el favor de poner

el coche, porque tengo que hacer algunas compras en la villa.

Cuando el criado se retiró, Felipe saludó gravemente á la señora de Talayas, y salió de la habitación.

Conforme habían convenido, Juana salió á su encuentro en el patio del castillo. Felipe la sonrió, y tomándola una mano, la dijo:

—Siempre vagas amenazas....; pero vacila, y hasta creo que prepara un telegrama para hacerse llamar de París.

—¡Estáis muy pálido, amigo mío!

—dijo tristemente Juana.

—Naturalmente: la entrevista ha sido penosa; pero lo que os he dicho es la verdad.

—Pues, ¡bendito sea Dios!.... ¡Qué! ¿Os vais ya, Felipe?

—Sí; porque mi padre y yo tene-

mos cita con el Notario hoy á las doce.

—Pero, ¿vendréis á comer?

—Sí, Juana querida.

Y Felipe se dirigió hacia la avenida, volviéndose á cada paso para sonreír á su prometida.

XIII.

Mientras que la Marquesa, bajo el pretexto que había alegado, se dirigía á la villa de A.... para poner ella misma su telegrama, Felipe, retirado á las habitaciones que habían preparado en Boisvilliers para pasar algunos días con su mujer después de efectuado su matrimonio, daba algunas últimas disposiciones. Decidido á no defenderse en su inevitable encuentro con el señor de Talyas, había de-

mos cita con el Notario hoy á las doce.

—Pero, ¿vendréis á comer?

—Sí, Juana querida.

Y Felipe se dirigió hacia la avenida, volviéndose á cada paso para sonreír á su prometida.

XIII.

Mientras que la Marquesa, bajo el pretexto que había alegado, se dirigía á la villa de A.... para poner ella misma su telegrama, Felipe, retirado á las habitaciones que habían preparado en Boisvilliers para pasar algunos días con su mujer después de efectuado su matrimonio, daba algunas últimas disposiciones. Decidido á no defenderse en su inevitable encuentro con el señor de Talyas, había de-

jado su suerte entregada á la casualidad. No hablaremos de lo que sufrió; pero cualquiera que hubiesen sido sus faltas, las expió en aquellos últimos días.

Hacia las cinco de la tarde, la marquesa de Talyas estaba ya de vuelta en La Roche-Ermel. Y como al bajar del coche en el patio viese á Juana que la saludaba por una de las abiertas ventanas del salón, se dirigió á ella.

—A mi vez (la dijo), quiero llevaros á dar un paseo.... ¿Queréis?

Juana la miró algo sorprendida, notando, al través de su forzada sonrisa, la extraordinaria agitación de su rostro, y vacilando un momento, exclamó por fin:

—¡Vamos, señora!

Había en los alrededores más in-

mediatos al castillo un paseo situado en uno de los lados del estanque, por el que la Marquesa había mostrado desde el primer día una predilección particular. Estaba éste hecho en lo alto de una colina, donde habían formado una especie de parque inglés, surcado por todas partes de frescos arroyuelos, pero cuyo carácter general era más bien severo y hasta salvaje. Habían puesto de relieve con gran arte las bellezas y las irregularidades de la naturaleza. Los tortuosos senderos se deslizaban por entre las malezas, costeano las viejas encinas aisladas; enormes rocas tapizadas de espeso musgo y grandes grupos de oscuros espinos formaban uno de los lados del estanque, ocultándole en parte, de que ya hemos hablado en horas más felices. Esta sombría ribera for-

maba encima del ancho y profundo estanque, que dominaba, un espeso soto húmedo y tenebroso, cuyo aspecto romántico y casi teatral contrastaba mucho con la agreste monotonía de la campiña normanda.

Allí era donde se dirigía la marquesa de Talyas, en compañía de la señorita de La Roche-Ermel. Su paso, generalmente tan ligero y gracioso, demostraba por su pesadez y brusquedad una extremada tensión nerviosa. De cuando en cuando se volvía para dirigir á Juana algunas palabras indiferentes, extrañándose la joven del ronco acento de su voz, de la extraviada expresión de sus ojos, y, sobre todo, del convulsivo movimiento que hacía temblar sin cesar sus párpados y cejas.

Bajo la impresión aún de aquellas palabras tranquilizadoras y de la dul-

ce méntira con que Felipe había creído deber calmar sus inquietudes, Juana atribuía con razón aquellos síntomas de sufrimiento á las angustias de un doloroso sacrificio, y sentía una tierna compasión por aquella desgraciada mujer.

Nosotros, mejor instruidos que ella, podemos adivinar con el lector la verdadera causa de las agitaciones de la Marquesa. Su primer impulso de cólera estaba satisfecho, y el despacho enviado....; pero ahora retrocedía ante el espectro que había evocado y ante el espantoso desenlace que su propia mano acababa de preparar. Había resuelto hacer un último esfuerzo para alejar aquel cáliz de muerte que helaba ya sus labios, y meditaba apelar directamente á la sensibilidad de Juana. Si conseguía conmoverla ó atemo-

rizarla, nada estaba aún perdido, pues ya encontraría medio de explicar á su marido la causa de su telegrama.

Habían llegado á la orilla del pequeño lago. La orilla en que se encontraban era adonde los habitantes del castillo tenían costumbre de ir cuando querían atravesar el estanque para respirar el fresco ó distraerse un rato.

Habían para esto formado entre las rocas una escalera de siete ú ocho peldaños, al fin de la cual estaba amarrada una barca blanca, que llamaban *la barca de la señorita*. La opuesta orilla era un paseo público.

La Marquesa, que desde hacía un momento contemplaba con aire pensativo la tranquila superficie del estanque, tocó el brazo de Juana, y la dijo:

—Señorita, tengo muchas cosas que

deciros.... ¿Queréis que demos un paseo por el agua, y hablaremos?

Juana contestó que sí con un signo de cabeza; y la Marquesa, bajando con precaución las escurridizas gradas de la escalera, entró en la barca. Juana la siguió, y cogió los remos.

—¿Dónde queréis que vayamos?— dijo.

—Donde estemos más seguras de no ser oídas (dijo la Marquesa). Allí....

Y al mismo tiempo indicaba con la mano una de las extremidades del estanque, á la cual una muralla de rocas muy elevadas, coronadas de espesas masas de verdura, prestaba un aspecto de profunda soledad.

La barca, diestramente gobernada, cruzó el estanque en línea oblicua, y, desliziéndose dulcemente bajo los saucos, se detuvo contra las rocas. Juana

dejó los remos en el bote, miró fijamente á la Marquesa, y esperó.

La señora de Talyas dejó caer una de sus blancas manos en el agua, moviéndola algunos instantes sin hablar. Después dijo bruscamente:

—Señorita de la Roche-Ermel, no os quiero; pero creo que tenéis un alma noble y generosa.... ¿Cómo, pues, podéis casaros con un hombre que sabéis es mi amante?

—Señora (dijo Juana): ¿por qué habéis buscado una entrevista tan penosa...., una entrevista en que mis palabras más inocentes os han de parecer una ofensa?.... Pues bien: sí; ya sé que habéis sido tiernamente amada por el hombre con quien debo casarme....; que tal vez lo sois aún....; que lo seréis siempre en su recuerdo, y este pensamiento será el martirio de toda

mi vida.... Pero, ¿qué podríais esperar ya de este amor?.... Ya no os daría, señora, permitidme que os lo diga, más que terribles disgustos; pues los sentimientos del deber y del honor, largo tiempo combatidos por una pasión...., muy disculpable cuando se os ve...., han llegado por fin á ser los más fuertes en el alma de Felipe.... Ellos le han hecho volver á su padre, á su familia y á la prometida de su infancia.... ¿Y queréis arrebatárnosle?.... En el estado en que está su alma, ¿qué haríais de él?.... ¿Qué intimidad, qué dicha serían ahora posibles entre ambos?.... ¿Habéis pensado en esto, señora?

—Señorita (respondió la Marquesa): vuestros argumentos son excelentes, y yo estaría muy dispuesta á someterme á ellos si amase de una mane-

ra tan tranquila como parecéis amar vos....; pero cuando yo amo, cuando yo me entrego, no conozco ya ni razón, ni deber, ni honor: no conozco más que mi pasión...., y la sigo hasta el fin, hasta la vergüenza...., ¡hasta la muerte, si es preciso!.... ¡Este es mi crimen, pero es también mi disculpa!.... Y vos, ¿qué disculpa tenéis?.... Tranquilidad completa, fríos razonamientos.... Ponéis la mano sobre un corazón que me pertenece, que he pagado con todo lo que una mujer tiene de más sagrado...., y me lo arrancáis sin remordimientos, me quitáis toda esperanza, ¡me matáis sin piedad!.... ¡He aquí la conducta que os inspira vuestra religión!.... Pues bien: ¡tanto peor para ella y para vos!

— ¡Ah, señora, perdonad!.... He tratado de aparecer tranquila, y eso

es lo que causa vuestra indignación....; pero yo también me precio de saber amar....; yo también tengo mi pasión, y estoy dispuesta á seguirla...., ¡no hasta la vergüenza, no!....; ¡pero sí hasta la muerte!.... Amo, desde que existo, al esposo que pretendéis arrebatarme; le amaba mucho antes de que vos le encontraseis en la vida.... ¡Me había desgarrado el corazón antes de impresionar el vuestro, y yo seguía amándole!.... ¡Me había hecho verter más lágrimas que vos verteréis en toda la vida, y yo le amaba siempre!.... Me ha abandonado, matando todas mis ilusiones, y no he tenido para él más que sentimientos de tierna afección, deseos de felicidad, ruegos y lágrimas de ternura.... Esta es mi manera de amar.... ¡Creo que vale tanto como la vuestra!

—¡Entonces queréis guerra.... (dijo la Marquesa), guerra sin piedad!

—¡Oh, no!.... No, señora (exclamó Juana, inclinándose hacia ella y tomando sus manos). ¡Os pido la paz.... la paz entre nosotros y con nosotros! ¡Os lo suplico de rodillas!.... Esa felicidad que se os escapa y que no podréis ya nunca....; lo sabéis como yo...., recobrar en un amor perdido, buscarla en sentimientos más puros...., más altos...., no en el arrepentimiento...., yo no me permito juzgaros, pero sí en la tranquilidad de vuestra conciencia...., en la energía de un sacrificio dignamente cumplido, en el pensamiento generoso de haber hecho el bien cuando podíais hacer el mal, de haber respetado el reposo de una familia honrada á quien podíais haber sumergido en el duelo y en la desespe-

ración!.... ¡Oh, hacedlo, señora, y os amaré tanto!.... ¡Os bendeciré á todas horas, os adoraré!....

La joven se había expresado con una efusión tan ardiente y tan conmovedora, que la Marquesa quedó sorprendida y confusa. De pronto rechazó las manos de Juana, y dijo:

—Sí....; ahora os hago justicia: creo que sabéis amar, señorita...., y Felipe es más dichoso aún de lo que yo pensaba.... Sólo que...., escuchad bien esto, ¡no será jamás vuestro marido!

—¡Señora!....

—¡Ni una palabra más!.... ¡Todo es inútil!.... Mi resolución está tomada; y puesto que vuestro prometido no os la ha comunicado, según veo, voy á decíroslo. Vais á renunciar á ese matrimonio hoy mismo; os dejo la elección

del pretexto. De lo contrario...., mi marido, á quien acabo de poner un telegrama, estará aquí mañana por la noche, y le entregaré las cartas de Felipe.... ¡Lo que suceda de mí, poco importa!.... Pero ya os podéis figurar lo que sucederá entre ellos.... ¡Ahora hablad!

— ¡Señora (dijo Juana, levantando fieramente su frente pálida), eso es horrible!....

La Marquesa la dirigió una mirada de odio mortal, y la dijo fríamente, después de una corta pausa:

— Señorita, me parece que ya es tiempo de que volvamos.

Juana, sin responder, dejó caer los remos en el agua. Atravesaron el estanque en silencio, y llegaron adonde estaba la escalera formada entre las rocas.

La señorita de La Roche-Ermel se levantó de su banco, y pareció esperar á que la Marquesa pasara delante de ella y desembarcase la primera.

— ¡Ah, Dios mío! (dijo la Marquesa de Talyas, que se había levantado también y jugaba con un remo); pasad.... ¡No estamos ahora para hacernos cumplimientos!

Juana, al oír este descortés apóstrofe, sintió el asombro mezclado de desprecio que sentiría un hombre de corazón al que su adversario dirigiera insultos sobre el terreno, dejando ver esta impresión en el desdeñoso pliegue que se formó en sus labios. La Marquesa sorprendió aquel gesto, y el torrente de odio y de cólera encerrado en su alma se desbordó.... Había jugado su amor, su honor y su vida....; ¡y lo había perdido todo!.... ¡Sintió el

vértigo de la desesperación y la tentación del crimen!....

En aquel mismo momento Juana, de pie en la barca, hacía intención de posar un pie en el primer peldaño de la escalera; entonces la Marquesa, tendiendo el remo que tenía en la mano, le apoyó contra las rocas, imprimiendo á la barca un violento movimiento de retroceso. Juana quedó como suspendida; sintió la inminencia del peligro, y echó el cuerpo hacia adelante con un movimiento tan desesperado, que su pie alcanzó el primer peldaño, pero se escurrió en la piedra húmeda; entonces la joven vaciló, y se agarró á las ligeras ramas que salían entre las rocas, encontrando en este frágil apoyo la fuerza suficiente para no caer hacia atrás; pero cayó sobre la escalera, dando con la

frente en el ángulo de un peldaño. Por un esfuerzo supremo, se levantó en seguida, y subió aturdidamente la escalera; después, volviéndose con la frente sangrando hacia la Marquesa, que estaba inmóvil en la barca, la dijo con voz entrecortada:

—¡Oh, señora!....

Y la pobre joven, después de haber buscado en vano algo donde apoyarse, cayó pesadamente al suelo.

La señora de Talyas había vuelto á acercarse á la orilla con precipitación nerviosa, y subió á escape la escalera, encontrándose delante de Juana, que había perdido el conocimiento; su rostro descolorido estaba vuelto hacia el cielo, y algunas gotas de sangre se escapaban de su frente herida, resblando por sus pálidas mejillas.

La Marquesa, con los ojos extraviados

dos, los cabellos sueltos y las ventanas de la nariz desmesuradamente abiertas, bella aún, pero con una belleza infernal, se encorvó sobre Juana y la miró; después miró al abismo abierto á dos pasos de aquel cuerpo inerte.... En aquel instante oyó ruido de ramas que crujían á su espalda; la Marquesa se volvió.... Era Felipe.

Á esta brusca aparición, la señora de Talyas tuvo un minuto de completo desvarío: adelantó las manos como para rechazar á Felipe y ocultarle el cuerpo inanimado de Juana. El joven clavó sus ojos en ella con una fijeza terrible; no dijo ni una sola palabra, y la separó violentamente; luego se puso de rodillas, cogió la mano de Juana, la tomó el pulso, y respiró con fuerza, como si se viese libre de una mortal angustia.

—Juana...., mi bien amado.... (dijo, aproximando su rostro al de la joven): ¡Juana, habládme por Dios!.... ¡Os lo ruego!

Felipe vió que sus pálidos labios se coloraban dulcemente y que sus ojos se entreabrían.

—¡Juana, soy yo!—la dijo.

La joven le miró con una vaga sorpresa al principio; luego le reconoció, y sonrió.

—¿Qué tenéis, ángel mío?... ¿Estáis herida?

—No...., no es nada.... (murmuró con voz débil como un suspiro): un arañazo en la frente...., nada más.... Ahora voy á levantarme, y nos iremos.

—No, esperad un poco...., esperad.... Decidme antes todo lo que ha sucedido. Y sus ojos se fijaron á su pesar en la Marquesa.

—¿Qué ha pasado?

Los ojos de Juana habían seguido la misma dirección que los del joven, y se detuvieron con insistencia sobre la Marquesa, que en pie, inmóvil, muda y cubierta de espantosa palidez, arreglaba maquinalmente sus desordenados cabellos.

—He estado torpe al desembarcar (dijo Juana, después de una pausa), y resbalé en la escalera, hiriéndome en la frente.

Después se dirigió á la señora de Talyas, y añadió sonriendo:

—Perdonad, señora, el susto que os he dado...., y tened la bondad de darme la mano para ayudarme á levantar.

Estas palabras inesperadas y generosas provocaron en la Marquesa uno de esos movimientos repentinos, uno de esos arranques violentos en que la

pasión queda vencida. De las mujeres como ella hay que temerlo y esperarlo todo: después de un minuto de confusión, se aproximó á Juana, y la sostuvo con los más tiernos cuidados, mientras se levantaba trabajosamente. Cuando ya la vió en pie, la cogió las manos, y la miró fijamente á los ojos; después la atrajo sobre su seno y la estrechó largamente, besándola con exaltación apasionada.

Luego se volvió hacia Felipe, que la miraba estupefacto.

—¡Ha mentido! (dijo.) ¡He querido matarla!

Y al mismo tiempo se sentó medio desfallecida en uno de los fragmentos de roca que estaban sembrados entre las malezas, y empezó á sollozar....

.....

.....

Cuando volvieron al castillo, entregaron á la señora de Talyas un telegrama que habia llegado para ella: era la respuesta de su marido, que la prometía estar en La Roche-Ermel al día siguiente por la noche. La Marquesa guardó para sí el verdadero contenido de este despacho; pero afectó mostrarse muy afligida, y dijo que su marido la llamaba inmediatamente á París, al lado de su hijo enfermo, y que debía partir aquella misma noche.

Juana, ligeramente indispuesta á causa de su accidente, habia tenido que guardar cama. Antes de irse á la estación, la Marquesa rogó que la dejaran un instante sola con ella. Cuando estuvo en la alcoba, se sentó al lado del lecho y retuvo largo tiempo, sin hablar, la mano de Juana entre las

suyas. Después se levantó por un movimiento súbito.

—Voy á haceros mi regalo de boda, querida mía,—dijo.

Y abriendo un estuche de viaje que habia dejado sobre la mesa al entrar, sacó un paquete de cartas, que la mostró sonriendo tristemente.

Las noches estaban ya frescas, y en la chimenea de la alcoba de Juana ardía un gran fuego.

La Marquesa fué arrojando en él las cartas una por una.

Luego volvió al lado del lecho, é inclinándose sobre Juana, besó con ternura la herida de su frente.

—¡Adiós!—dijo.

Y partió.

FIN.

